THE UNIVERSITY
OF ILLINOIS
LIBRARY

865H85
Oc 1917

ROMANCE
DEPARTMENT

CENTRAL CIRCULATION AND BOOKSTACKS

The person borrowing this material is responsible for its renewal or return before the **Latest Date** stamped below. **You may be charged a minimum fee of $75.00 for each non-returned or lost item.**

Theft, mutilation, or defacement of library materials can be causes for student disciplinary action. All materials owned by the University of Illinois Library are the property of the State of Illinois and are protected by Article 16B of *Illinois Criminal Law and Procedure*.

TO RENEW, CALL (217) 333-8400.

University of Illinois Library at Urbana-Champaign

APR 01 2002

DEC 11 2001

JUN 20 2003

FEB 17 2004

When renewing by phone, write new due date below previous due date. L162

Digitized by the Internet Archive
in 2016

https://archive.org/details/loscascabelesdem00hoyo_0

LOS CASCABELES DE MADAMA LOCURA

Es propiedad.
Queda hecho el depósito que marca la Ley.

Imprenta de V. Rico.—Paseo del Prado, 30.—MADRID

LOS CASCABELES DE MADAMA LOCURA

NOVELAS

POR

ANTONIO DE HOYOS Y VINENT

14453 7 ng
238

BIBLIOTECA HISPANIA
CID, 4.—MADRID

865-H85
Oc1917
Romance

OBRAS

DE

ANTONIO DE HOYOS Y VINENT

NOVELAS

Cuestión de ambiente.—Mors in vita.—Frivolidad.—A flor de piel.—Los emigrantes.—La vejez de Heliogábalo.—El horror de morir.—El monstruo.—El momento crítico.—Las hetairas sabias.—El oscuro dominio.

CUENTOS

Del Huerto del Pecado.—El Pecado y la Noche.—Oro, seda, sangre y sol.

NOVELAS CORTAS

La hora de la caída.—El retorno.—Los toreros de invierno.—La primera de abono.—La procesión del Santo Entierro.—Bohemia triste.—Mandrágora.—La torería.—Los héroes de la Puerta del Sol.—Las Cortes de la Muerte.—La zarpa de la esfinge.—El hombre que ven-

31 Ag 18 Reg
G.E. Jta. Granada 13 mar 18 Fe 50
10517.

dió su cuerpo al Diablo.—Estocadas y zapatetas.—¡Hoy torea Belmonte!—El secreto de la ruleta.—Bestezuela de amor.—La reconquista.—La estocada de la tarde.—Mi alma era cautiva...—La pantera vieja.—San Sebastián. Citerea.—La turbadora.—Memorias de un neurasténico.—El capricho de Estrella.—Los ladrones y el amor.—El martirio de San Sebastián.—La marquesa y el bandolero.—El caso clínico.—El crimen del fauno.—El amor prohibido. —Los ojos en la noche. — Mientras en Europa mueren..

TEATRO

Un alto en la vida errante.—Una cosa es el amor...—El fantasma.—Frivolidad.

EL MÁS ALLÁ

L'inconnu, c'est la part du lion.

FRANÇOIS ARAGO.

UNA NOCHE BAJO «EL TERROR»

La ciudad tenía el encanto arcaico, un poco convencional, de esos grabados que se encuentran entre las páginas de los libros del siglo XVIII, viejas plazas o jardines trazados por Lenôtre, que atraviesa pomposa carroza arrastrada por seis briosos caballos empenachados de plumas y enjaezados de terciopelo recamado de oro. Había un jardín lleno de parterres y de umbrías, que eran Pafos y Citeréas, en cuyas áureas verjas campaban en escudos azules, rematados por cerradas coronas, las regias lises doradas de los Borbones; había una plaza planeada por Mansard, que con sus columnas neoclásicas y sus frisos y montantes, llenos de vagas alegorías, recordaba la armónica severidad de la plaza Vendôme de París; había calles que tenían nombres llenos de candorosa poesía—calle de la Blanca Flor, del Bello Don-

cel, de las Dos Palomas y del Buen Amigo—; había...

Pero lo que me encantaba sobre las viejas calles, llenas de arcaico aroma y los borbonescos jardines, era la plaza en que se alzaba el palacio de los Rohan. Más que plaza era a su vez un jardín lleno de paganas estatuas y de grandes jarrones festoneados de marmóreas guirnaldas de flores y frutas, cerrado por alta verja de hierro cargada de frívolos emblemas, flanqueado por dos amazacotados edificios —caballerizas o dependencias en otros tiempos—y teniendo por telón de fondo la suprema elegancia del palacio cardenalicio. En la fachada de lo que fué residencia del galante Prelado, ostentábanse las armas principescas, bajo el romano *capelo* y la cerrada corona. Nobles columnas daban severidad y armonía al conjunto, en que era una nota frívola el alto relieve, donde Diosas y Amores se entregaban a sus juegos.

Retenido en la ciudad por la guerra, que no me había permitido proseguir mi viaje hacia el Sanatorio suizo, donde mis nervios, sacudidos por la neurastenia habían de encontrar reposo, perenne enamorado de la noche, gustaba, como siempre, de vagar por callejuelas laberínticas, soñar en los olvidados jardines y detenerme en las plazas desiertas a contemplar la luna. Convertido el

palacio, por obra y gracia de la República, en Museo de la Revolución, donde se guardaban trajes, muebles, armas y hasta una guillotina, profanado durante el día por el ir y venir de turistas y empleados, cobraba a las altas horas de la noche un prestigio de evocación.

¡El palacio del Cardenal Príncipe de Rohan! El solo nombre me hacia evocar la corte ideal, que en un paso de minué, resbaló hasta la guillotina. Pero no vista con la rígida frialdad de la Historia, sino buceando en las almas, buscando el misterioso *por qué* de las cosas. Y siempre la corte galante del gran patinadero de Versalles, de las artificiosas praderas del Trianón, llenas de corderillos lazados de rosa y de pastoras con chapines de raso, de la Galería de los Espejos y del Juego del Rey; la corte de las obscuras intrigas; la del Collar de la Reina y los artificios de Juana de la Motte Valois, la de la cubeta de Mesmer y los sospechosos experimentos de Cagliostro, reaparecía ante mí.

***

Vagaba yo una noche, como de costumbre, en busca de lo imprevisto, cuando mis pasos, sin saber cómo, me llevaron ante el palacio. La noche era clara, serena; en el cielo azul, muy obscuro, temblaban las es-

trellas y brillaba la luna con su magia de plata. En el prestigio de la claridad lunar, el palacio y el jardín tenían la vaga belleza de una evocación. Sobre los sombríos parterres, las estatuas erguíanse en pasos inverosímiles, con el pagano impudor de sus desnudeces de mármol, y las fontanas imitaban el susurrar de las voces que en los boscajes del Trianón suspiraron endechas de amor. Sentí vehementísimamente la tentación de entrar en el jardín y aspirar el malsano encanto que, con el aroma, conservaba el veneno del pasado. Busqué, inútilmente, un hueco por donde entrar, y no lo hallé; pero en mis exploraciones ví algo que en pleno día había pasado inadvertido para mí. Era un a modo de callejón o pasadizo, que se abría entre el edificio que formaba el ala derecha y unos viejos caserones, indudablemente del tiempo del palacio. No había en él farol ni luz ninguna, y como la luna no podía filtrarse entre los altos muros, formaba un boquete sombrío, lleno de intranquilizador misterio. Sentíme atraído por él, y sin encomendarme a Dios ni al diablo, interném resueltamente.

Debía aquello haber sido en otro tiempo entrada para uso de la servidumbre, pues iba estrechándose para abocar a cierta puertecilla de cristales. Contemplábalo yo curiosamente, cuando vi brillar una luce-

cita mortecina tras la puerta de cuarterones.

Sugestionado por el misterio de aquella claridad, me aproximé y miré dentro. Estuve a punto de lanzar un grito, e instintivamente retrocedí un paso. Al través de los espesos vidrios emplomados, un espectáculo extraño se ofrecía a mis ojos. En reducida estancia, con honores de antesala, había una mujer. El fondo era inquietante: techo abovedado, paredes ennegrecidas por la humedad, y en torno a ellas viejas banquetas de laca blanca, con almohadones de terciopelo azul porcelana. La luz de un velón, pendiente del techo, hacía aún más temeroso el ambiente. Pero si el fondo era raro, la figura que sobre él se destacaba, superábalo con creces.

¡Aquella mujer! Prolongación caricaturesca de una vida de frivolidad, figura de un viejo museo de feria, rico en muñecos de cera, sangriento sarcasmo de la belleza y la elegancia, macabra irrisión, Lamballe de pesadilla... ¡La Princesa de Lamballe! ¡Justamente! La figura alucinante y ridícula que tenía ante mí era la Princesa de Lamballe, la amiga de Marie Antoinette, la que jugó con ella a Filis y Amarilis en las praderas del Trianón, la que lloró en la guillotina.

***

Alucinado, hipnotizado por el horror y la curiosidad, volví a mirar. Alta, esquelética, envuelta en galas del siglo XVIII, unas galas de museo, marchitas y desvahidas, el busto encorvado, muy estrecho de hombros, envuelto en un chal de tejido de plata, aún más viejo y desvahido que el resto, destacábase la cabeza con todo el espanto de esos trofeos que pasearon los *sans-culotte* en la punta de sus picas. Demacrado, cadavérico, la piel como viejo pergamino se arrugaba en torno de la boca sin dientes y de los ojos hundidos, negros y relucientes como carbunclos, mientras la nariz ganchuda parodiaba el pico de un ave de rapiña en el rostro atroz. Y sobre aquella cara de vieja muerta, los labios pintados de bermellón y dos cínicos rosetones, ponían una máscara irónica de coqueta casquivana. Completaba la figura altísima peluca blanca, coronada de marchitas rosas de trapo.

Petrificado, meciéndome entre la razón y la locura, me preguntaba yo si vivía realmente o si vagaba por los terrenos de la pesadilla, cuando la figura alucinante volvióse hacia mí, y después de un movimiento de temor, esquivó un gesto de enamorada que ve al fin llegar el objeto de su deseo. Entonces me alejé a grandes pasos, y no paré de correr hasta el hotel.

***

Y sin embargo, volví. Todos mis propósitos del día, todo el acopio de serenidad y buen sentido, hecho a plena luz, evaporáronse apenas llegaron las tinieblas nocharniegas. Inútil que me repitiese una y otra vez que con aquellas correrías no hacía sino exacerbar mi neurastenia, inútil que lo achacase todo a fantasmagorías de mis nervios sobreexcitados, una fuerza más poderosa que mi menguada voluntad me arrastraba hacia el viejo palacio, donde vivía aquel misterio. Al fin, la atracción pudo más que yo, y al filo de la media noche, me encaminé a la antigua residencia de los Rohan. Como la anterior, la luna, madre de la hechicería y de la locura, paseaba su traje de brumas y su corona de ópalos por el firmamento espolvoreado de oro; como la anterior, también los dioses de mármol dormían en el recato de las frondas y las fontanas salmodiaban brujerías. Al extremo del callejón brillaba la lucecita, y decidido a todo, avancé resueltamente.

Ahora la figura alucinante asomaba su carátula, de burlesca tragedia, por los acuosos vidrios, y apenas me divisó, la mano sarmentosa, cargada de viejas sortijas de *ensaladilla,* enmitonada de seda, con los puños prisioneros en brazaletes de negro terciopelo, enriquecidos con miniaturas, hizo un gesto de llamamiento, agitando un pañuelo de encajes.

La puerta, como en los ensueños del opio, abrióse sin ruido; sentí que una mano glacial, huesuda y áspera, cogía mi mano y tiraba de mí, y halléme en un recinto húmedo y frío, en que reinaba violento olor de humedad.

—Señora... —balbuceé.

Pero la incógnita se inclinó a mi oído, y mientras llevándose un dedo a los labios iniciaba una imperación de silencio, murmuró con voz cascada:

—¡Cuidado! La Reina está hablando con el Cardenal-Príncipe.

No pude contener un gesto de asombro, y entonces ella, bajando aún el tono y hablando siempre con la voz rota, burbujeante, explicó:

—Hace mal, ¿verdad? Pero qué queréis... el asunto del collar...

Y como creyese leer en mí cierto desencanto, animó:

—¡Bah! Acabará pronto. Todo son intrigas de esa infame de Juana de la Motte Valois; pero el Cardenal no la interesa... —y añadió con una sonrisa de *preciosa,* en que mostraba las desmanteladas encías:—Si fuese el caballero de Férsen...—Y a otro gesto mío, que ella interpretó como de reprobación, insistió:—Sí, hace mal; pero es joven, y el Rey no se ocupa más que de sus relojes... Claro que ayer el caballero de Charny, hoy

el conde de Férsen... Se compromete...—Y frívola:—Mejor es ser como yo, que me basta con mi belleza.

Y soltando mi mano y apartándose un paso de mí, esquivó una reverencia que era casi un paso de minué. Después, abriendo una puerta y llamándome, metióse en el salón contiguo.

Había en él vestidos del reinado de Luis XVI, armas, muebles y un trineo reproducción del que se guarda en Versalles. Junto a él se detuvo mi guía.

—Hoy—explicó—hemos patinado en el estanque grande. La Reina ha ido en trineo, que empujaba el caballero de Tabernay. Iba vestida de terciopelo azul, con pieles de armiño, y parecía contenta; pero ha flirteado demasiado, y la Corte tendrá murmuración para unos días. Yo patino muy bien... Verá...

Y la figura de aquelarre comenzó a deslizarse con gestos de una monería pueril. El pomposo traje de tejido argentado con grandes ramos de rosas pálidas y desvanecidas, se hinchaba en exagerada campana; los bucles iban de un lado para otro, y la alta peluca, coronada de rosas, se bamboleaba.

Pasó al cuarto siguiente, y maquinalmente la seguí.

Era mayor que el anterior y contenía libros—viejos manuscritos miniados, obras

impresas en gruesos caracteres con grabados en madera, autógrafos—mapas, esferas, estatuas, aparatos de física, retortas y alambiques para uso de alquimistas en busca de la piedra filosofal. La dama se acercó a mí, y con temeroso secreto murmuró a mi oído:

—¡Estamos en la cubeta de Mesmer!

Confieso que sentí un escalofrío recorrerme las espaldas. ¡La cubeta de Mesmer! El extraño recinto en que por rara fatalidad se representaron las primeras escenas de la Revolución; el cubil donde la Reina frívola y orgullosa fué, en no sé qué envilecedoras promiscuidades, a interrogar al Destino.

Pero mi extraña compañera parecía presa de un paroxismo de horror. Con grandes aspavientos de espanto daba vueltas en torno del hondo recipiente de metal instalado en el centro de la estancia. De pronto me llamó:

—¡Aquí! ¡Aquí! ¡Ay, Dios mío! ¡Qué espanto! ¡Qué espanto! ¡¡La cabeza de la Reina!!

Sin poderlo remediar me aproximé, y mis cabellos se erizaron, mientras se helaban mis espaldas y mis piernas temblaban. ¡Allí, en el fondo de la redoma, se veía la truncada cabeza de Marie Antoinette!

***

Desde aquel momento perdí ya la noción de la realidad y viví unas horas en plena pe-

sadilla. Llevado por mi esotérica compañera de sala en sala, viví con ella los episodios todos de la Revolución. Las crudezas de aquel atroz invierno; las grandes nevadas; el pueblo hambriento que iba a Versalles para pedir pan; el terror de la Corte sorprendida en los frívolos pasatiempos del juego del Rey, en las obscuras peripecias del asunto del collar y en las amorosas intrigas de Monseñor el Conde de Artois; la apertura del Parlamento; las turbas famélicas; la huída; la prisión; toda la espantosa odisea del Terror.

Mi compañera lloraba, gemía, se retorcía las manos, imploraba y amenazaba alternativamente pasando, como si en vez de estar en las salas de un Museo viviésemos en los días trágicos, del orgullo a la cobardía. Súbitamente se detuvo: ¡Estábamos ante la guillotina! Ahora la caricaturesca Princesa imploraba misericordia, se humillaba, se hacía pequeña y miserable; pero todo inútil: la mano inexorable de su verdugo la obligaba a tenderse sobre el temeroso artefacto.

Y se ofreció a mis ojos grotesca, espantosa y alucinante en el claro-obscuro de la inmensa estancia. Las sayas pomposas, marchitas y descoloridas se desbordaban del aparato de muerte; las manos sarmentosas se crispaban de horror mientras, sostenida por un cuello rugoso y descarnado, la cabeza, coronada

por inmensa peluca, oscilaba sobre el cesto.

Maquinalmente tendí la mano y apreté el resorte. Brilló un relámpago azulado, resbaló silbando la cuchilla, y la cabeza cayó tronchada.

***

Cuando desperté a la mañana siguiente era muy tarde, y el sol entraba a raudales por las ventanas abiertas de par en par. A mi lado estaba la bandeja con el desayuno y los periódicos. Renuncié al café frío, por la larga espera, y cogiendo los diarios me puse a leer las últimas noticias de la guerra. Cansado, soñoliento aún, con esa sensación de inquietud que dejan las pesadillas, obsesionado por las horas vividas en el misterioso mundo del pasado, no encontraba fuerzas para concentrar mi atención en las peripecias de la campaña, y mis ojos comenzaron a vagar distraídamente por el impreso, leyendo retazos de sucesos, cuando de pronto me detuve, interesado vivamente, ante un rótulo: «Tragedia misteriosa.»

Leí: «Una vulgar tragedia, uno de esos dramas que tienen, sin embargo, todo el espanto de una narración de Poe, ha tenido lugar anoche en el antiguo palacio del famoso Cardenal de Rohan.

Sabido es que por acuerdo del Municipio el soberbio edificio se ha convertido en Mu-

seo de la Revolución. Encargado de su custodia y vigilancia hallábase un portero, persòna honradísima, funcionario modelo. Con él habitaba su anciana madre, señora de más de ochenta años, que padecía ataques de enajenación mental. El carácter leve de éstos hacía que la dejasen en completa libertad.

Y llegamos al drama: habiendo tenido que ausentarse el portero por cuarenta y ocho horas, quedó sola la anciana. La primera noche nada de anormal se dió, y tan sólo los empleados que hacen la limpieza encontraron un ligero desorden en el vestuario antiguo que guarda el Museo; pero hoy, al entrar, hallaron todas las puertas abiertas de par en par, y al llegar alarmados al salón de la guillotina, un cuadro espantoso se ofreció a sus ojos. Tendida sobre el terrible aparato, vestida de fantásticas galas, ajadas y polvorientas, yacía la anciana ¡¡decapitada!! Un hilo de sangre...»

No pude leer más. De un salto me puse en pie. Los cabellos erizados, los ojos fuera de las órbitas, miré a todas partes buscando la solución del horrendo enigma. Súbitamente me tambaleé, y tuve què cogerme a un mueble para no caer.

¡¡Sobre uno de los puños de mi camisa, tirada en una silla, brillaba como un rubí maldito una gota de sangre!!

Burdeos, Agosto 1914.

UNA AVENTURA DE AMOR

Cuando Lorenzo Torreón llegó a su casa, de vuelta del baile, aquel martes de Carnaval, amanecía. La luz que en la calle descomponíase en glaucas transparencias de acuario, en la vasta antesala que recibía su claridad del patio por amplia vidriera, tomaba tonalidades lívidas que daban un aspecto siniestro a todas las cosas.

Al contemplarse en el espejo que ocupaba uno de los testeros, Lorenzo casi sintió miedo. Tenía, realmente, así, el rostro muy pálido, ajado y verdeante por la noche de juerga; los ojos mortecinos en el fondo de las violáceas ojeras; los labios descoloridos, caídos en las comisuras; los cabellos ocultos por el negro casquete, y el cuerpo fofo, blando, desarticulado, bajo el blanco atavío de amante de la Luna, el aspecto de uno de esos trágicos *pierrots*, que ríen ante una

botella de *champagne*, sellados por el beso inexorable de la Pálida. Inquietante su aspecto, bajo los amplios pliegues del traje de raso blanco, sus gestos eran a la vez rígidos y fofos, como los de esas *marionetas* abandonadas en la embocadura de los *guignols*. Un escalofrío de temor un poco pueril y otro poco supersticioso, corrió como una gota de mercurio por sus espaldas.

Para no verse, volvió la espalda al azogado cristal, y entonces sus ojos tropezaron con una carta colocada en la bandeja de plata que sobre la gran mesa Renacimiento del vestíbulo estaba destinada a tal uso. Cogióla, y con esa curiosidad pueril que nos hace estudiar un sobre antes de abrirlo, empezó a darle vueltas. El papel era recio, un poco amarillento y apergaminado, y exhalaba un aroma raro, un sutil perfume a tierra mojada, a flores marchitadas por el calor de los cirios, y, tal vez, un levísimo hedor a podredumbre. Intrigado, rasgó el sobre y leyó:

«Si Lorenzo Torreón es el caballero enamorado de todas las aventuras extrañas, el galán de todas las tapadas, el Tenorio clásico que ignora el miedo al misterio, sepa que mañana, miércoles de Ceniza, a las doce de la noche, en la calle de Santa Isabel, esquina a San Cosme, le esperará una máscara que desea fervientemente entrevistarse con él.

Si el más ligero temor puede albergarse en su esforzado corazón y las aventuras tienen poder para asustarle, quédese en casa al amor de la lumbre.» Y nadie firmaba tan rara misiva, en que había no sé qué arcaico empaque altisonante.

Lorenzo leyóla y releyóla, y cada vez encontraba un detalle nuevo que le producía inexplicable malestar. La letra era firme, tan enérgica, que al final de cada trazo formábase como un pequeño punto, que daba a toda la misiva la apariencia de un macabro capricho en que se hubiesen dibujado las letras con minúsculas tibias; la tinta parecía vieja y amarilleaba, y el olor marchito hacíase cada vez más intenso. Al fin; impaciente Torreón, decidióse a llamar al criado.

—¡Manuel! ¡Manuel!

Soñoliento, atándose el delantal, hizo éste su aparición.

—Señor...

Lorenzo interrogó:

—¿Quién ha traído esta carta?

Con asombro, como si no entendiese bien, balbuceó:

—La carta... ¿Qué carta?

Lorenzo impacientóse; no se sabía si con la torpeza del criado o contra una oculta inquietud que germinaba misteriosamente en su espíritu:

—¡Qué carta ha de ser! La que estaba en la bandeja.

Decididamente, el fámulo no comprendía. Desvelado del todo, abrió unos ojos tamaños como platos, y afirmó rotundo:

—¡Si no había ninguna!

Exasperado Lorenzo, apostrofóle:

—¡No sea usted animal! Si la acabo de coger de ahí ahora mismo.

—Pues yo no la he puesto... Como no haya sido el portero...

—Llámelo usted.

Mientras llegaba, Lorenzo paseaba nerviosamente. Si hubiese venido por el correo interior era más fácil que se les olvidase a aquellos bárbaros; pero en mano...

Entró el portero. Al abrirse la puerta de la escalera, una coriente glacial, impregnada de ese escalofriante olor a moho y a humedad que tienen los recintos largo tiempo cerrados, olor de mansión abandonada, de convento en ruinas y de sepultura, llegó hasta él, y la gota helada de mercurio volvió a resbalar por su espalda.

El portero presentóse medio dormido, tiritando de frío. No sabía nada, ni había visto a nadie traer una carta para el señor.

—¡Si yo no tengo la llave del piso, y Manuel no ha salido!

Ya solo con su criado, y tras de leer una

vez más la amorosa esquela, volvió a interrogarle:

—La calle de San Cosme, ¿dónde está?

Meditó el otro un momento, recapacitando sobre sus conocimientos topográficos, y al fin, ya orientado, explicó:

—¿La calle de San Cosme?... En la calle de Santa Isabel, una de las últimas bocacalles, a mano derecha, frente al Depósito de cadáveres.

Por tercera vez, Lorenzo Torreón sintió el estremecimiento de frío que ondulaba por su medula.

Convencido de la inutilidad de sus indagaciones, penetró en el despacho. La habitación, tan íntima, grata y confortable de común, mostrábase ahora hostil, fría, extraña a él. No podía decir si era la luz del amanecer o el cansancio de sus ojos, por la cegadora claridad del baile, pero los objetos todos, se destacaban duros, sin matices ni ambiente, como si una colosal máquina neumática hubiese hecho el vacío en derredor. Lorenzo, nervioso, turbado, con un mal humor en que había una minúscula partida de miedo, abandonóse en una de las hondas butacas de piel, y con la carta en la mano, dejó vagar su pensamiento por todas las perplejidades.

¿Quién sería la incógnita? ¿Una enamorada discreta? ¿Un bromista? ¿Una encerrona con vistas al *chantage?*

Poco a poco, la imagen de tantas aventuras banales, encantadoras, risueñas o peligrosas como habían llenado su vida, iban desfilando ante él. ¡Ah, las horas divinas de Venecia, los paseos en góndola, a la luz de la Luna, con aquella casi irreal Iliana de Is! ¡Las horas románticas del Rhin, con Gretchen Clum, la rubia cantante alemana! ¡Las canallescas aventuras de París y Londres y las locas juergas de Sevilla! Y todo el maravilloso cortejo de criaturas bellas, espirituales, frívolas o apasionadas que habían desfilado por su vida, desfilaban ahora por su memoria como una teoría de fantasmas. ¡Bah! Había tenido tantas, tantas aventuras que una más no significaba nada. Y, sin embargo, algo conturbador, que era como un presentimiento o una advertencia de ese secreto instinto que nos avisa de un peligro, volvía sobre su valor con la monótona persistencia de martilleo.

Entre tanta escena de amor, precisamente las dos o tres trágicas, que eran como calvarios en el jardín de su vida, volvían a su memoria. Y veía el cadáver de Manola, la de Naranjeros, con una faca clavada en el corazón, y Floria Floriani en el lecho, rodeada de rosas, muerta de una inyección de morfina, y Dorotea Carr, flotando sobre las aguas del río, como una Ofelia pecadora.

Con un esfuerzo ahuyentó las sombras; y, resuelto, se puso en pie:

¡Bah, iría!

***

El reloj del convento cantó en la noche doce campanadas, y Lorenzo, que descendía por la calle de Santa Isabel, sintió frío, un frío atroz, que le llegaba hasta la medula de los huesos y le hacía castañetear los dientes. La noche era glacial; pero serena; en el cielo, muy azul, la luna se asomaba como una faz de muerto. En la amplia vía no transitaba nadie; arriba, pasado el palacio de Cervellón, veíase el farol de un sereno. Al primer momento, y aunque sus ojos escrutaron desde lejos, Torreón no vió a nadie en la esquina de la calle de San Cosme, y respiró satisfecho, como si acabasen de quitarle un peso de encima. ¡Una broma! Y en vez de sentir odio hacia el inoportuno bromista, un buen humor imprevisto hízole encontrar el lance muy chistoso. Iba ya a retroceder, cuando quedó clavado en tierra, petrificado, yerto. En la esquina removía una forma humana. El manto negro en que se arropaba hacíala confundirse con las sombras, y los blancos atavíos, vaporosos y flotantes, que, bajo el negro manto se entreveían, hacíanla vaga, como un rayo lunar. Rápidamente, Lorenzo dirigióse a ella; pero, cuando casi

llegaba, la figura hízole un gesto, invitándole al silencio; otro, de vaga llamada, y echó a andar por la calle de San Cosme adelante.

Lorenzo la siguió.

Iba tan deprisa, que algunas veces costaba gran trabajo no perderla de vista. Su paso era aéreo, ágil, graciosísimo; unas veces con la vaguedad de una columna de incienso que ondula en el aire; otras, menos armoniosa, con leves saltos de pájaro. Aparecía esbelta, muy delgada. Un corpiño inverosímil oprimía su talle, y la falda abríase pomposa como la de la *Tirana* que pintó Zuloaga; otras veces, menos violenta y más elegante, con algo del diez y ocho francés. Debía ser muy rubia, porque al través del velo que envolvía su cabeza, el pelo amarilleaba, dando la extraña sensación de un casco de marfil o un cráneo pelado.

La figura inquietadora, siempre con rapidez inverosímil, cruzó callejones, desembocó en la Ronda de Atocha, cruzóla rápidamente, y después de atravesar el Paseo de las Delicias, metióse, campo atraviesa, por unos vericuetos. Ya allí, se detuvo, y con un gesto de su mano aristocrática, delgadísima y alargada, como sólo se ve en algunos cuadros de los Primitivos o en algunos fúnebres caprichos de Goya o de Durero, llamóle.

Jadeante por la rápida marcha, Lorenzo

aproximóse a su misteriosa enamorada, y ella tendióle la enguantada diestra. La apariencia no le había engañado. Bajo el guante de Suecia sintióla atrozmente delgada, fría, hasta helar la mano que la estrechaba, y clavar en ella sus sortijas.

El muchacho hizo un esfuerzo, tratando de ver el rostro al través del velo; pero aunque éste parecía leve, la cabeza envolvíase en una neblina vaga que esfumaba los contornos por completo.

Tal vez más que por pasión, por huir del mortuorio silencio, comenzó él a hablarla con vehementes razones de pasión, a trenzar en su oído la perpetua letanía de amorosas frases, y a tratar de hacerla romper su incógnito; pero ella nuevamente esquivó el mismo gesto vago de discreción, y cogiéndole del brazo echó a andar campo atraviesa.

¡Ah, la atroz delgadez de aquel brazo que le hacía daño al través del traje, como unas tenazas de hierro, y le helaba los huesos! ¡Ah, el vago y misterioso encanto de aquella mujer que tenía irrealidades de fantasma! ¡Ah, el acre y misterioso aroma de campo santo que la misteriosa hembra exhalaba!

La noche tenía una claridad maravillosa. Bajo la luz espectral, la campiña tendíase blanca e igual, cual si estuviese cubierta de un sudario de nieve, y al fondo alzábanse, como en un aguafuerte de Boecklin, unas

tapias medio derruídas, sobre las que se erguían negros cipreses.

La desconocida caminaba rápidamente, sin pronunciar una palabra, y Lorenzo mismo sentía trabada su lengua por una misteriosa fuerza que le robaba el habla. Realmente sentía miedo, un miedo sordo y escalofriante que por momentos le dominaba, ahuyentando su fanfarronería y su seguridad en sí mismo. Hubiese querido detenerse, pero ya no podía; la desconocida, con una fuerza absurda, imposible en una mujer tan flaca y leve, le arrastraba mal de su grado al través de los campos desiertos. Un frío mortal enseñoreábase de su cuerpo y las ideas se le hacían confusas.

Al fin, en el paroxismo del terror, encontró aún energías para preguntar:

—¿Dónde vamos?

No respondió ella y siguió arrastrándole. Entonces trató de detenerse:

—¡Yo, no sigo!

Pero todo inútil. La sombra aquella, mujer o demonio, muerta o viviente, podía más que él, más que sus músculos distendidos, más que su voluntad rota.

Entonces, Lorenzo Torreón recordó un puñalito que a prevención llevaba en el bolsillo, y con la mano libre buscóle. Lo halló. ¡Allí estaba! Y sus dedos temblorosos acariciaron el puño.

Pero, ¿y si era un fantasma? ¿De qué le servía el puñal? Trató de rezar y hallóse con que todas las oraciones, como por arte de embrujamiento, se le habían olvidado. Aún imploró:

—¡Déjame! ¡Déjame! ¡Me haces daño!

Y como ella, sin hacerle caso, siguiera arrastrándole, enloquecido, ciego de pánico, sacó el cuchillito y asestóla una puñalada. La acerada lámina chocó contra un hueso y el fantasma desplomóse a tierra.

Al sentirla caer, sin pararse a mirar, notándose al fin libre del raro sortilegio, Lorenzo echó a correr, y así, jadeante, medio muerto de pavura y de cansancio, no paró hasta su casa.

***

Sentado en el palco contemplaba distraidamente la sala llena de máscaras que se movían a los lentos acordes de los valses y tangos. Estaba solo, acodado al barandal. Sus amigos habían bajado todos en busca de fáciles conquistas; pero él, sin humor, preocupado, triste, pensaba involuntariamente en su aventura de la víspera.

¿Sueño? ¿Realidad? ¿Imágenes de una terrible pesadilla o hechos ciertos?

Había dormido todo el día, sin pensar en nada ni acordarse de nada. Al despertarse a las seis de la tarde había sentido el pánico

de la soledad y se había ido en busca de Perico Fuensanta y de otros amigos, y con ellos, para olvidar aquello que no sabía si era realidad o alucinación, al baile de trajes, que prometía los más gratos y risueños atractivos.

De improviso, unas palabras escuchadas en el palco contiguo despertaron su atención. Oíanse dos voces de hombre. Una decía:

—Poe, Hoffmman, Baudelaire, Lorraine... ¿Alucinados? No lo crea usted. En la vida real se dan casos tan inexplicables como los que ellos nos cuentan...

Y la otra:

—¡Hombre, me parece una exageración! Eso no es más que literatura... Tal vez en las casas de locos...

Su interlocutor le interrumpió con vehemencia:

—¿En las casas de locos?... Y en la vida. Ahí tiene usted lo que ha sucedido ayer, aquí en Madrid, a dos pasos de nosotros. Ya ve usted qué cosa más rara... ¡El cuerpo de una mujer que dejan en el Depósito de cadáveres y por cierto con las sortijas puestas para que pueda ser reconocida, y que aparece con una puñalada en el pecho, sin que nadie haya entrado allí!

LA MANO DE LA MUERTA

Hubo una breve pausa; después, la duquesa Julia, con su voz—la divina voz musical que le había hecho ser aplaudida tantas veces en los salones aristocráticos de la villa y corte—suave y persuasiva, un poco empañada por la emoción, formuló lentamente:

—No hay que exagerar las cosas... Sin embargo, tampoco puede negarse en absoluto la realidad de ciertos fenómenos que, si no fuera de nuestra comprensión, están, por lo menos, en las fronteras... Ya ven ustedes lo de mi pobre hermana Flor...

Hubo otra pausa. La duquesa permanecía ensoñadora, como si la evocación de la hermana muerta despertase en ella dormidas tristezas. Los demás habían vuelto instintivamente los ojos hacia el retrato de Flor Carreño, duquesa de la Florida, que, pintado por Winterhalter, presidía el salón. Re-

presentaba el lienzo a una mujer muy joven y bella, sobre el fondo de jardín convencional de moda en aquella época. Era alta, delgada y rubia; tenía ojos azules, esos ojos de porcelana o de turquesa, de un candor absurdo; piel blanca, tan pálida, que hacía pensar en las figuras de cera; los labios descoloridos, y en todo el rostro el misterioso sello de tristeza de las personas *que parecen saber*. Vestía a la moda del segundo Imperio: ancha saya, de gasa rosa enguirnaldada de florecillas campestres, picudo corpiño de redondo escote caído en los hombros, y sobre los cabellos de miel una amplia pamela de paja de Italia, adornada de amapolas y margaritas, y con largas cintas de terciopelo negro. Pero lo mejor del retrato no era, ni la belleza del conjunto, ni la altiva melancolía, ni el misterioso aire de adivinación; lo mejor eran las manos. Abandonadas sobre el regazo, rotas, tronchadas, tenían la belleza afinada de dos amuletos de marfil, la transparencia cerúlea de dos ex votos. Eran unas manos admirables, maravillosas, manos que en la inercia habían encontrado una belleza definitiva, de esas manos que sólo vemos en las salas de los museos, en algún desconocido primitivo o en la inquietud de mutilada estatua. No llevaba guante, brazalete ni adorno ninguno, como no fuese una soberbia sortija que, con grue-

sa perla, ostentaba en el anular de la izquierda.

La duquesa, como si prosiguiendo el hilo de una recóndita idea se hablase a sí misma, repitió:

—Sí; lo de mi pobre hermana Flor... Yo no digo que fuese algo sobrenatural... Extraño, muy extraño, sí...

Pero el general Paisanero no conocía la historia, y Julia hubo de contarla:

— ... Pues, nada. En realidad, la cosa no es extraordinaria, pero como rara, no puede negarse que lo es... Mi hermana llevaba siempre una sortija, esa sortija con que la retrató Winterhalter cuando fuimos a París a ver a Eugenia de Montijo. Para Flor, el anillo era casi un amuleto; lo quería mucho, y no se separaba nunca de él. Verdaderamente, era bonito y original. Tenía una perla y un brillante, colocados frente a frente, y en el brillante labradas las dos efes de las iniciales de los novios. De Viena se lo traía Fadrique Fernández de Segovia, su prometido, cuando murió en la catástrofe del tren. La familia de Fadrique se la dió como recuerdo, y, desde entonces, Flor no se la quitó nunca. Llevábalo con la perla al exterior y el brillante en la palma de la mano. Pero ya saben ustedes cómo enflaqueció la pobre en los últimos tiempos, con la consunción que se la llevó a la mejor vida; vino un mo-

mento en que estaba tan delgada, que la sortija se la caía, y entonces tuvo que ponerse un sujetador de oro. Pues, bueno—y aquí entra lo incomprensible—; cuando murió Flor, extinguiéndose como un pajarillo, fuimos a quitarle la sortija, y resultó que era imposible arrancársela. Todos los esfuerzos, todas las artimañas, se estrellaron contra la dificultad material de desprender el anillo que para la pobre muerta había sido el espejo en que se reflejaba todo lo que fué dicha y alegría en su vida—su idilio, los días de amor, de salud y de ensueño—como si Flor quisiese llevarse a la tumba aquella sortija que era el regalo nupcial de un muerto, y que acompañóle a ella misma en su largo calvario. Me propusieron cortar la sortija, arrancar las piedras..., qué sé yo qué horrores; pero me parecía una profanación y, ¿por qué no decirlo?, hasta una falta de caridad para mi querida muerta, y me opuse siempre. Y así la enterraron: con su sortija.

Calló la duquesa, y mientras sus últimas palabras, en que la voz habíase empañado de emoción, perdíanse en la inmensidad del salón señoril, hízose un silencio temeroso, en que hubo esas vagas miradas que engendra el miedo, y que, en los momentos en que las gentes se han acercado demasiado al *más allá*, dirigen a los rincones, como inquietas de ver surgir el fantasma evocado.

Felisa Brocamps, frívola y banal, en su traje de raso corinto, brochado de flores de terciopelo gris, que después de rasgarse en cuadrado escote, descubridor del firme repujado de los senos blanquísimos, alzábase en enorme *puf* lazado de plata, sostén del descomunal polisón, comenzó a arrepentirse de haber provocado la conversación. Venía de América la moda del espiritismo, y en los salones madrileños, por ese servil espíritu de imitación que en la última centuria les ha caracterizado siempre, hablábase mucho de mesas giratorias, mediums, flúidos simpáticos y apariciones luminosas. La Brocamps, por snobismo, por su perenne prurito de decir y hacer cosas extraordinarias, había comenzado a contar aventuras de ese género, y la conversación había prendido, aunque realmente la concurrencia no era la más apropiada para tales motivos.

Ni la Marquesa viuda de San Antonio, a quien la moda de los polisones había indignado, por considerarla provocativa y descocada, y que con sus trajes anchos, muy anchos, evocaba la Corte de Isabel II; ni la joven Baronesa de Beniperlet, que pese a su traje de Worth, muy exagerado en su tono azul turquí, sus *petites motives* y sus lazos de gro negro, tenía un aire provinciano de pánfila, y se escandalizaba de tales prácticas por considerarlas pecado mortal; ni los

hombres, más dados al trasnocheo, al juego y a las hembras que a las indagaciones del misterio, eran público para tomar aquello en frívolo, y hablaban muy seriamente, poniendo unas caras que daban miedo.

Felisa maldecía de la descabellada idea que le había llevado a provocar tales divagaciones, y sin poderlo remediar, a cada momento volvía con menudos gestos de jilguero su cabeza, peinada en bucles de oro, a todas partes, como si temiera la súbita aparición de un espíritu.

En honor de la verdad, el fondo no era nada tranquilizador. Aunque se hallaban en el gabinete de confianza de la duquesa, decorado a la moda Regencia y profusamente alumbrado por los quinqués de aceite con bomba de tallado cristal, al través de las puertas, abiertas de par en par, veíase la interminable flla de salones del Palacio de los Fruelas, adornados con tapices de Gobelinos, cuadros de Velázquez, Carreño y Pantoja de la Cruz, y armaduras históricas que, mal alumbrados por los mecheros de gas, tenían un aspecto imponente.

Decidida a disipar el malestar, Felisa empezó varias conversaciones, que, como heridas de misterioso sopor, languidecían mientras el tema obsesionante volvía sin cesar.

A su vez, el general Paisanero habló con su voz engolada de guerrero-poeta:

—Hay que creer en algo misterioso y extraño que nos rodea...

En aquel momento, como si hubiesen abierto una ventana, una ráfaga de viento, venida de no se sabía dónde, hizo oscilar las luces y escalofrió de horror a los concurrentes. La duquesa, muy pálida, se reclinó en el respaldo de la butaca, lanzando un grito agudo de angustia. Todos acudieron en su auxilio, y con fervoroso interés la interrogaron:

—¿Se ha puesto mala, duquesa?

—¿Agua y azahar?

—¿Un vahido?

La dama, siempre muy pálida, parecía recobrarse lentamente. Con voz débil gimió:

—¡Mi hermana!...

Todos se miraron aterrados, y luego miráronle a ella, como si esperasen una explicación. Julia iba serenándose poco a poco; al fin murmuró, presa de hondo terror:

—¡Mi hermana! ¡Mi hermana Flor!... ¡He sentido su mano!... ¡Su mano que apretaba la mía!... Y cerrando los ojos para no ver, les tendía la diestra.

Escuchóse una exclamación general de espanto, de sorpresa, de loca interrogación. Sobre la piel blanca, suave y transparente, veíase pequeña huella roja y redonda en que se adivinaban dos efes enlazadas.

En torno de la lámpara volteaba enloquecida una mariposa negra.

LA MUECA DEL MISTERIO

Como un ave de encantada conseja, como uno de esos hechizados príncipes que, revestidos por una hada maligna de irisados plumajes, cantan, ocultos, entre las frondas de un jardín, Julián Gayarre entonaba, con su portentosa voz, el aria de *El pescador de perlas*. Era como el canto del ruiseñor en la espesura; como el murmurar de un surtidor oculto entre rosales; como el suspirar del viento al pasar entre los bosquecillos de laureles de un jardín.

Prisionero en la peregrina magia de aquella voz, el público entero escuchaba, conteniendo hasta la respiración, las divinas armonías que salían de la garganta de su artista predilecto. La suntuosa sala del Real ofrecía magnífico aspecto, uno de esos fastuosos golpes de vista que son retrato y compendio de una época. El que viera una

vez el *Coloseum* romano en tiempo de los Césares, un auto de fe en Valladolid o Toledo, por los días del segundo de los Felipes, el *skating* del estanque grande de Versalles, cuando era surcado por el trineo de María Antonieta, o el Teatro Real en los días del reinado de D. Alfonso XII, si tuviera algo de observador, habría visto la vida de una época y de un pueblo entero, sus gustos, sus pasiones, sus intrigas y sus miserias.

***

Mientras el gran cantante imitaba los trinos y arpegios del ruiseñor, los del palco de *la Infantil* pasaban revista a la sala. Realmente no podía decirse cuál de los dos espectáculos ofrecía mayores atractivos: si el que se desarrollaba en el escenario o si la feria de bellezas y elegancias realzadas por fantásticas galas. Triunfaba el polisón, y con sus mangas cortas, sus talles inverosímiles y los pomposos bullones de sus faldas, tenían las mujeres el aspecto de extrañas flores invertidas. Así, salvo alguna excepción de fealdad realmente agresiva, la mayoría estaba *muy bien* con su peinado, que, partido por una raya sobre la frente, formaba alto promontorio y caía luego en bucles sobre la nuca; sus redondos escotes, que dejaban los hombros al descubierto; sus cin-

turas quebradizas en las corazas de raso o gro, de esos tonos, muy falsos—azul turquí, rosa-malva, crema, verde nilo—, en boga entonces, y sus faldas, en que la fantasía de Worth o de madame Dée, se desbordaba en pufs atrevidos, milagrosamente alzados por guirnaldas de flores y broches de pasamanería, para a su vez sostener otros *petites motives* de gasa, terciopelo y tul. Y todas, rubias o morenas, en ese matiz de cutis un poco amarillento, que dominaba en aquellos tiempos en que las pinturas no estaban de moda, con sus labios pálidos, vagamente violáceos, tenían de común, en la forzada inmovilidad de la audición, cierto aire de familia con las muñecas de los peluqueros de la rue de la Paix.

Pero aquella noche, no. Una noticia volaba de palco en palco, subía de las butacas al paraíso, y volvía de allí a bajar a las butacas, y parecía apasionar a todo el mundo, removiendo fangos de viejos ludibrios, historias novelescas, chismes escabrosos, haciendo, en fin, revivir de las cenizas que parecían cubrirlo para siempre, el formidable escándalo del hundimiento de una de las más nobles, altas y poderosas casas ducales de la nobleza española.

¡La duquesa Federica de Sigüenza había muerto!

Y desde las señoritas de Presilla, a quie-

nes el destino del papá en Hacienda permitía el lujo de un abono a delantera de anfiteatro, hasta la duquesa Angela de Medinaceli, que, toda de blanco, y enjoyada de portentosas esmeraldas, triunfaba en la apoteosis de su belleza admirable, todo el teatro parecía asombrado, curioso e inquieto. Hasta el mismo Rey habíase inclinado hacia la Reina, que, muy bella, en su noble y frágil belleza de archiduquesa austriaca, realzada por el traje rosa pálido, bordado de cristal; y las soberbias perlas que rodeaban su garganta, parecía extrañada, inquieta, por las intrigas de una Corte que aún le era desconocida.

¡La duquesa Federica de Sigüenza! Nunca vióse en salón madrileño figura más noble y elegante. No era una belleza en el vulgar sentido de la palabra; pero era tan airosa, tenía un aire tal de gran dama, emanaba en todos sus gestos y en todas sus palabras tan noble señorío, que, cuando ella entraba en un sarao, las demás figuras parecían hacerse más pequeñas, más vulgares, más insignificantes. En pleno esplendor de la casa ducal había sido una loca; después, arruinada, mal vista en la sociedad de Madrid, aislada, con un cordón sanitario en nombre de la Moral, en vez de resignarse, había luchado bravamente y habían sido entonces los escándalos del collar de rubíes y el incendio

del *chateau*, enclavado en las campiñas de Escocia.

En el palco de *la Infantil* comentábase, con más calor que otra alguna, la sensacional noticia. Algunos de aquellos caballeros habían tenido vagos devaneos con ella, y... Sólo Pancho Balbás, espatarrado sobre el diván del antepalco, fumaba cigarro tras cigarro, sin mezclarse en la conversación de los otros. Estos, al principio, creyendo en una borrachera, harto frecuente, por otra parte, habíanle dejado en paz; pero, como al fin y al cabo, era el verdadero conde, pues que era el único que oficial y probadamente tuviera amores con ella, decidiéronse a tirarle de la lengua, y delegaron para ello a Escipión Fuentes y Teobaldo Acuña.

—¿Qué te pasa? ¡Vaya unos aires que tomas! ¿Te han sentado mal los buñuelos de anoche, o estás con la filoxera?

El interpelado hizo ademán de enviarlos noramala, y bruscamente dióles la respuesta:

—¡Qué recuerno me va a pasar! ¡Que me ha escrito Federica Sigüenza!

Los otros, confirmándose en su hipótesis en que el vino jugaba papel principal, echáronse a reir. Pero Pancho indignóse con ellos.

—¡Si os iréis a creer que estoy borracho, majaderos! Desde anoche no he tomado ni

una copa de vino. Ya sé que Federica se ha muerto, y justamente eso es lo que la cosa tiene de raro.

Teobaldo y Escipión comenzaron a interesarse; los demás del palco acudieron también.

—¿Pero si se ha muerto, cómo ha de haberte escrito?

Balvás revolvióse airado:

—Claro que después de muerta no me ha escrito; pero figuráos que al ponerme el frac esta noche me he encontrado un papel que se conoce que estaba allí desde hace tiempo, pero que no me había tropezado nunca, y que por más que hago no puedo acordarme cuándo me lo escribió.

Y sacando del bolsillo una esquelita se la ofrecía a sus amigos.

Era un papelillo rugoso y amarillento, con ese matiz que toman las cartas olvidadas durante mucho tiempo en el fondo de un bolsillo. La tinta, parduzca, clareaba en algunos sitios; la letra, vaga y sin firmeza, como los escritos de las sonámbulas. Decía: «Ves esta noche, sin falta, a casa de Gonzalo.—Federica.»

Hubo un momento de silencio, durante el cual, pese a la fanfarronería de aquellos caballeros, cierta inquietud flotó sobre ellos.

Al fin Escipión, queriendo con su habitual

frivolidad echar a broma la rara aventura, preguntóle a la víctima:

—¿No faltarás, eh?

Muy serio, con una seriedad ajena a él, afirmó Pancho:

—No, no faltaré.

***

La tertulia de Gonzalo y Clorinda Portafuerte, condes de Portafuerte y de Cabanillas, era una cosa muy *chic*.

No daba la impresión de elegancia estable, igual para todos los tiempos, de una casa de Medinaceli, Fernán Núñez o Alcañices; pero si no, era, a lo menos, algo arbitrario, tocado de ese *snobismo* efímero que tiene que transformarse perpetuamente para no anticuarse, y que casi siempre dura lo que el sueño de una noche de verano.

Aquella casa, sin embargo, constituía un refugio delicioso, donde se comía a maravilla, se encontraban siempre mujeres guapas y hombres inteligentes; se hablaba de todo con una *sans façon* de muy buen tono, y a la salida de los teatros y de otras tertulias de más peso se topaban siempre novedades interesantes a más de un suculento chocolate a la española con riquísimos buñuelos, migas y picatostes, porque el dueño, muy madrileño, no sólo por carácter, sino por *pose*,

gustaba ser castizo en todo, y guiaba jacas enjaezadas a la jerezana, era apasionado de los toros y servía en su mesa el clásico cocido.

Al entrar en la antesala, tapizada de tela roja (por lo demás como todo el resto de la casa) y adornada con muebles de cuero de Córdoba, bargueños y trofeos taurinos, sorprendióse del silencio y tranquilidad que reinaban en aquellos lugares, de común llenos de risas y voces alocadas.

Sólo en un rincón, Violeta Garci González, muy mona, muy frágil, muy menuda, toda envuelta en tules de color rosa y guirnaldas de *muguet*, hablaba con Melchor Rinconada que, atrozmente fanfarrón en su uniforme de húsar, se atusaba la negra barba partida por una raya.

Pancho les interrogó:

—¿Pero qué pasa? ¿Estáis velando a un muerto?

Fué Violeta la que, turbulenta y burlona, dió la respuesta:

—¡Peor! Figúrate tú que en el salón están evocando a los difuntos o al demonio, o qué sé yo qué trapisonda.

Muy sorprendido, muy interesado y, ¿por qué no confesarlo?..., un poco sobrecogido por la peregrina coincidencia, Pancho Balvás apresuróse a entrar.

El cuarto, forrado también de encarnado

y adornado con cuadros de cacerías, panoplias de armas y un retrato admirable de Madrazo, representando la dueña de la casa, hallábase sumido en una semipenumbra propicia. Las mesas de tresillo y *besigue* yacían abandonadas con las cartas en desorden, mientras en el centro del amplio salón, bajo la araña de bronce y cristal, siete personas agrupábanse en torno de un velador.

Ejercía de operadora Sofía Nejeski, princesa de Invernnaro, la dama cosmopolita, prisionera en Madrid por el cargo que su marido ejercía en la Embajada de Rusia. Era una mujer alta, delgada, finisima, de tez muy pálida, cabellos de lino y ojos grises, tan claros, que algunas veces parecían borrarse y otras ardían con la vaguedad de un infiernillo de alcohol. Vestida siempre de negro, con blancas gardenias por todo adorno, tenía, a pesar de la pompa del polisón, de las colas inacabables y de las excéntricas exageraciones en que incurría, algo de ultratumba. Los demás eran Gonzalo y Florinda, los Roldán Roldín, matrimonio de amables parásitos insustituíbles para los *but de table;* Genoveva Osian, virtuosa, chismosa, curiosa y pegajosa, y Angelito Rozas, jugador, mujeriego y muy español, muy majo también, de tipo y espíritu.

No sé si porque, sin confesarlo, comenzaban a inquietarse con las prácticas de espi-

ritismo, o si sencillamente porque se aburrían, acogieron al recién venido con los brazos abiertos.

—¡A ver, tú, Pancho! ¿Con quién vas a hablar?

—¿Qué quieres preguntar al Misterio?

—Aquí han estado ya Sócrates y Platón, y Carlos Segundo y Calomarde...

—...Y la Montespán y Carlota de Nápoles...

Cuando pasó la avalancha, Sofía Nejeski interrogóle a su vez:

—Seriamente: ¿quiere usted evocar a alguien?

Todos prestaron curiosa atención a su respuesta.

Balvás sentía que esperaban de él algo sensacional, una barbaridad muy gorda, como aquellas que le hicieron famoso en los castillos ingleses, donde a lo mejor se paseaba en calzoncillos, con gabán de pieles, sumiendo en profundo horror a las púdicas *ladyes*, algo que sirviese de conversación un mes e hiciera exclamar a las gentes: «¡qué bruto!», y, por otra parte, sentía una curiosidad malsana, un vago e irrazonado deseo de interrogar al Misterio, estableciendo confusamente secreto nexo entre la carta hallada por azar en un bolsillo del frac y aquella evocación de macabros personajes.

La atención de los otros estaba fija en él, y comprendía que era preciso tomar su par-

tido y contestar algo. Al fin, con súbita decisión, afirmó:

—Sí; quiero hablar con un espíritu.

Los ojos de cuantos allí estaban alzáronse a él, esperando alguna chuscada o graciosa desvergüenza, y hasta comenzó a dibujarse una sonrisa en todos los labios.

La *medium* volvió a interrogarle:

—¿Con quién quiere usted hablar?

—¡Con Federica Sigüenza!

La cosa era tan enorme, tan violenta, tan despiadada y cruel, que las sonrisas iniciadas se apagaron en un súbito malestar, y todos bajaron los ojos al tablero, mientras Sofía Nejeski comenzaba sus manipulaciones.

Al fin, con voz impersonal, afirmó:

—Ya está aquí. ¿Qué quiere que le pregunte?

Con menos firmeza en la palabra de la que él hubiera querido, murmuró Pancho:

—¡Que cuándo nos veremos!

La voz de la Nejeski se hizo lejana, como si en vez de salir de la garganta, bajase de lo alto.

—¡Muy pronto!—afirmó.

***

Cuando Bautista, el ayuda de cámara de Pancho Balvás fué al otro día a despertar a su amo, le encontró muerto, tendido sobre el lecho.

UN CADÁVER SIN IDENTIFICAR

Si en pleno día nos hallásemos ante los misteriosos personajes con quienes hemos tenido escalofriantes encuentros en el silencio sonoro de la noche, tal vez todos ellos nos parecieran estrafalarios fantoches un poco pasados de moda y no nos hiciesen más impresión que la de un espantapájaros contemplando al sol en medio del campo o un maniquí observado al través de la luna de un escaparate. Y, sin embargo, esos raros personajes hechos de trapos, de claro-obscuro y de silencio, nos han llevado de la mano hasta las fronteras de la locura.

Yo no sé si por vicio imaginativo, por fatalidad o por raro azor, para mí la noche ha estado siempre poblada de fantasmas.

De chico, apenas mi aya apagaba la luz y salía dejándome al parecer dormido, el cuarto llenábase de una incongruente concurren-

cia en que no faltaban ni los héroes de Anderssen ni los genios de *Las mil y una noches,* pero en que dominaban seres adivinados o presentidos, seres que luego encontré como a viejos amigos en los cuentos de Hoffman. Sí, ahora no puedo ya dudar: aquellos eran los burgomaestres, los generales, los gordos burgueses habitantes de arcaicas urbes alemanas a quienes sucedían aventuras pueriles, estrafalarias y espeluznantes. Decididamente, las gentes que visitaban mi habitación no eran ni Caperucita, ni el Gato con Botas, ni Pulgarcito. Pero entre los que venían no faltaba nunca, y siempre conservo de él un recuerdo así como la sensación de haber tocado a un muerto, un sér incorpóreo que no me dejaba ver de su persona sino la cabeza enorme, redonda y blanca, especie de luna grotesca, que se asomaba siempre por el montante de la puerta y me hacía taparme los ojos con las sábanas y santiguarme muchas veces.

Después ese fantoche me ha hecho compañía en interminables horas de insomnio.

***

A pesar de que mis nervios debían hallarse distendidos por la noche de correrías en compañía de alegres camaradas al través de las encrucijadas de la vieja urbe castellana,

donde habíame detenido en aquel viaje al través de Castilla—peregrinación por el escenario de las glorias pretéritas—, no sé cómo al separarme de ellos en la calle de Santiago e internarme por los tortuosos callejones que llevaban al hotel, la imagen de aquel misterioso crimen volvió a obsesionarme.

Verdad que la ciudad entera, como toda España por otra parte, estaba llena del suceso misterioso. En calles, casinos, cafés, oficinas, teatros... no se hablaba sino de la desaparición de aquel pobre caballero pueblerino con sus puntas y ribetes de usurero y sus ínfulas de hombre de negocios. Comentábase su avaricia, sus manías, sus amistades con sospechosos agentes, su ida a Madrid, su salida de la posada muy de mañana y las correrías equívocas por los barrios extremos, y, por fin, su misterioso eclipse y el hallazgo de unas ropas que parecían suyas en un tejar de traperos. Aquí perdíanse los rastros, y todas las pesquisas de la policía resultaban estériles para descubrir lo que había sido de él. Quién decía que él mismo había preparado todo aquello con objeto de despistar, y con los miles de duros traídos para la compra de una casa, desaparecer para gozarlos tranquilamente con una cupletista; quién que sus deudores habíanle asesinado; quién hablaba de un sui-

cidio, y aún había personas que le pretendían descuartizado viajando dentro de una maleta.

Con tales cavilaciones llegué al hotel y subí a mi cuarto. Era el albergue un viejo edificio provinciano, destartaladote y grandísimo, con largos pasillos que formaban laberintos, escaleras tortuosas y cuartos de alto techo y paredes enyesadas.

Aunque había luz eléctrica no bastaba a disipar las temerosas tinieblas de las galerías, y como al mismo tiempo las puertas de cuarterones, muy gruesas y bajas, más que de fonda eran de casa embrujada, una leve sensación de temor me sobrecogía todas las noches al cruzarlos.

Aquélla, mientras me encaminaba a mi habitación, sentí que algo anómalo sucedía, que alguien venía tras de mí. Pareme en firme y miré atrás. Nadie. Las sombras que se apelotonaban en los rincones y en las revueltas del pasillo fingían mil fantasmas atrabiliarios, pero real no había nada. Seguí. Otra vez la sensación angustiosa y otra vez torné a mirar. Nada. Llegué a mi cuarto y dí vuelta a la llave de la luz. Debía haberse roto, pues no pude hacerla funcionar; busqué las cerillas y no las encontré. Entonces tomé una determinación. ¡Bah! Me acostaría con la luz de la luna.

Aunque fanfarroneaba conmigo mismo, te-

nía miedo, un miedo sordo y angustioso que me oprimía y me hacía mirar sobresaltado a todas partes. Abrí las maderas de la ventana y retrocedí, pero al retroceder ahogué un grito de espanto, y con las piernas temblorosas y erizado el cabello me detuve. Sobre la segunda de las camas que había emplazadas en mi habitación y que permanecía libre, había un bulto.

Con la lividez espectral que el satélite vertía dentro de la estancia podía distinguírsele perfectamente. Era un cuerpo de hombre, o mejor dicho, un esqueleto de hombre todo desnudo y rematándolo la cabeza del viejo, la cabeza alucinante que hacía ocho días habían publicado todos los periódicos, pero no tal y como la daban en las hojas ilustradas, sino vista por *Valdés Leal;* una cabeza amarillenta, tumefacta, manchada de redondeles amoratados, los labios violáceos entreabiertos y los ojos cerrados, es decir, cerrados no, porque por debajo de uno de los párpados asomaba un repugnante y tenebroso gusano verde.

Y, sin embargo, no tuve valor para gritar ni para pedir socorro, sino que, desnudándome muy de prisa, muy de prisa, me metí en el lecho y cerré los ojos para dormir.

***

Al llamarme, muy entrado el día, la criada del hotel, me dió una noticia sensacional:

—¡Han encontrado el cadáver!... Estaba todo desnudo, tirado en la cueva de una casita cerca de Madrid.

En un relámpago siniestro se me apareció el raro lance de la noche anterior. Miré ansiosamente a un lado y a otro y sentí la sensación de un sudario de hielo que me envolvía. ¡Las maderas de la ventana estaban abiertas, y en la otra cama se veían las huellas de un cuerpo que había descansado allí!

EL HOMBRE DE PLATA

—¿Telepatías? ¿Sugestiones? ¿Influencias inexplicables e inexplicadas?... Si fuésemos a ver tanto caso extraño, tanta coincidencia rara... Yo, por mi parte...

Era, como siempre, Nieves Sigüenza la que, enamorada del Misterio, provocaba la atrayente y equívoca conversación, sin perjuicio de, más tarde, en la soledad de su alcoba, en el temeroso silencio de la noche, agazaparse entre las sábanas y rezar un credo.

Julito Calabrés, con su sensibilidad afinada, que le llevaba *a ponerse en situación*, y que, arrastrándole insensiblemente por una pendiente de exageraciones, conducíale a ese terreno en que es casi imposible separar la realidad de los delirios imaginativos, empezó a explicarse:

—En cuanto a mí, creo ciegamente en la

sugestión, en la influencia de algunos espíritus sobre el nuestro, y en las coincidencias. ¡Ah! ¡El misterioso horror de algunas coincidencias!... Estando yo en Kandy...

Nieves escuchábale con atención demacradora del rostro de traslúcido alabastro, a que un extraño peinado javanés, que tiraba del pelo de macizo ébano, desguarneciendo frente y sienes para formar enorme moño clavado por adorno exótico, peineta o puñal de concha, daba, sin saberse el por qué, perfil judaico. En la maceración de aquel interior esfuerzo, los ojos de ámbar, dorados y luminosos, se dilataban, y en su fondo parecía reflejarse una cábala que robábale a la vieja Europa para devolverla al Oriente misterioso y magnífico. El kimono negro, florecido de blancos lotos, aumentaba su aspecto lejano.

Anochecía, y los cuatro amigos, reunidos en el *boudoir* de la Sigüenza, sentíanse un poco desencantados y un poco tristes. La pieza más que saloncito, era a modo de minúsculo pabellón o amplio mirador, que, como la proa de un navío ideal, avanzaba sobre los macizos del jardín. Era semicircular, y grandes cortinas de damasco violeta cubrían con sus amplios pliegues los muros, y, luego, como en una tienda de campaña, iban a reunirse en el centro del techo, formando estrella o rosetón, del que pendía

chinesco farol de ébano con paredes de papel miniado. Sobre mesitas arábigas de ébano incrustado de marfil y sobre raros muebles de laca de Coromandel, juguetes obscenos, traídos del Japón o del Celeste Imperio, adornaban el cuarto, alternando con nigrománticos amuletos venidos del Afghanistán, algunas viejas joyas litúrgicas y unos aparatos de tormento que procedían de la Inquisición española. Y por todo mueblaje, un diván enorme, de seda morada, con almohadones de terciopelo negro, rodeado de taburetes de maderas preciosas incrustadas de nácar, plata y marfil.

Eduardo Morey, envenenado de opio y de morfina, que en su frecuentación de los venenos del ensueño había adquirido una tristeza armoniosa y una gran serenidad ante el Misterio, tenía la palabra:

—No sería yo el que negara la existencia de los presentimientos, de las adivinaciones súbitas, y, sobre todo, de las predilecciones; pero...

—¡Lo ves! ¡Si tú mismo, con tu frialdad filosófica, tienes que acabar por confesarlo!—interrumpió vivamente Nieves.

—Yo creo—afirmó Morey sin hacerla caso—que las cosas que una sonámbula o una gitana nos predicen, o que sencillamente creemos deletrear entre las incongruencias de un sueño, nos acontecen, porque

nosotros, perseguidos, obsesionados por esa idea fija, hacemos que nos sucedan; porque, sin darnos cuenta, andamos los pasos del camino que nos lleva a ellas; en una palabra: por autosugestión.

Y, como los otros, un poco desencantados de verse arrancar así a lo sobrenatural, inicianse vagos gestos de protesta, continuó él:

—Esto no quiere decir nada en contra del misterio turbador de ciertos casos... Yo los he visto espeluznantes, verdaderas tragedias de maleficio, capaces de poner espanto en el ánimo mejor templado. Por ejemplo: el caso de Florentín Pizarro...

Todos volvieron a hablar, atropellándose. Ellos le habían conocido mucho; había sido admirador de la una, compañero de excursiones equívocas del otro, pintado con Nino...

Nieves encaróse con el fumador de opio, e interrogóle:

—¿Y cómo llegó usted a saber?... Yo no creí que tuviesen ustedes una gran amistad...

—Y, efectivamente, no la teníamos—reanudó él—. Pero ya saben ustedes que no mostramos el fondo de nuestra vida a las personas que nos inspiran mayor confianza, sino a las que aciertan a estar a nuestro lado en el momento en que sentimos la nece-

sidad de descubrir este fondo misterioso que hasta entonces ocultamos a todos.

A estas palabras siguió una pausa. Sus interlocutores escuchábanle ahora con apasionada atención. Eduardo volvió a hablar:

—A mí, Florentín parecióme siempre interesante. Sospechaba (y por lo visto con fundamento) que había más profundidad en su espíritu y más intensidad en su pensamiento de la que la perpetua afectación de enfermizo decadentismo permitía pensar. De vez en cuando iba a su estudio. Charlábamos de mil cosas, al través de las cuales creí en varias ocasiones entrever un misterioso anhelo. Una tarde (recuerdo que era un día de invierno gris y neblinoso, de esos en que plomiza tristeza pesa sobre nosotros anonadándonos), me encaminé al estudio de Pizarro. Recibióme inquieto, nervioso, y mientras la conversación languidecía, me daba la impresión de hallarse lejos de allí, en regiones que sólo su pensamiento exploraba. Súbitamente mostróme un rincón de su mundo interior en una pregunta absurda que nada tenía que ver con nuestros *motivos:*

«¿Has leído el libro de Job?»

—Les confieso—prosiguió el narrador—que la interrogación formulada así me inquietó y desconcertó. Pero Florentín no pareció darse cuenta de mi sorpresa, o por me-

jor decir, tenía el aspecto de un sonámbulo que hablase para sí mismo, y continuó:

«No hay obra en el mundo que posea el poder de sugestión de la Biblia. ¿No recuerdas el versículo XX del capítulo XIX del libro de Job? «Mis huesos, consumidas ya las carnes, están pegados a mi piel, y sólo me han quedado los labios en torno de mis dientes». Para mí, el libro de Job ha sido una revelación; me ha mostrado una vida de miseria, de espanto y de renunciamiento. Te juro que nunca, nunca había pensado de verdad en el horror de la muerte, mientras que ahora...»

—Créanme ustedes que Florentín me pareció transformado. Siguió:

«¿Tú te imaginas nada más espantoso, más alucinante, más trágico que la lepra? Morirse es siempre terrible, pero ¡morirse así! ¡Ir día por día, hora por hora, pudriéndose, descomponiéndose, viendo caer las propias carnes en piltrafas, sintiendo el espanto supremo de los gusanos fermentar, convertirse en montón de podre en plena juventud, en pleno triunfo de vida y conservar la inteligencia y el albedrío para asistir al drama de ultratumba!»

Habíase cubierto el rostro con las manos, y en esa postura permaneció unos segundos; después alzó la cabeza, y excitado, muy pálido, los ojos espantados llenos de lágrimas

y la piel fría y áspera, me habló en una confidencia absurda:

«... Pues bien, la lepra, el azote de Dios, la plaga del mundo antiguo, el viejo mal que se cebara en el pueblo de Israel, me ha inspirado un cuadro. Yo, el pintor frívolo y amanerado de bellezas de salón y de elegancias mundanas, he pintado al *Hombre de Plata*. Ven.»

Seguíle al través de unas cuantas habitaciones banales, y por fin llegamos a aquella en que se hallaba la pintura. Yo no sé si era la sugestión de sus palabras, el caso es que al entrar en la estancia que hacía las veces de estudio, retrocedí un paso, espantado. ¿Genial? ¿Mediocre? No lo sé; tan sólo puedo afirmar que en aquel momento me dió la sensación, la rara, la absurda sensación de que había sido súbitamente arrancado a la serenidad de la existencia actual y vivía en los tiempos de las plagas horripilantes que asolaban a la humanidad. Sobre un paisaje de Judea, un paisaje de desolación infinita—gris, ocre, azul—veíase un grupo de lazarinos. Eran parias miserables; el azul añil de la mañana de Oriente hacía aún más trágico el estercolero lleno de inmundicias, la viviente putrefacción. Había allí varias y a cuál más espeluznantes formas del tremendo mal; veíanse piernas monstruosamente hinchadas, rostros tumefactos, llagas asquerosas...

Y presidiendo la asamblea de monstruos, el *Hombre de Plata.* La biblica evocación era realmente turbadora; más que sér humano semejaba obsesionante fantasma con el cuerpo cubierto de menudas escamas blancas que tenían reflejos argentados y el rostro espantoso, inflado, tumefacto, con las facciones tan atrozmente agrandadas y deformadas, que tenían el aspecto de una cara de león. El narrador continuó.

—Miré a Florentin y... les aseguro a ustedes que sentí miedo. ¿Era la taumaturgia del cuadro? ¿La sugestión nerviosa? No sé lo que era; pero súbitamente vi en su cara la huella del misterio, *de lo que ha de ser,* un sello hermético e indefinido.

Hubo una nueva pausa en que la atención fué en aumento.

—Ocho días después me inquietaron con un recado urgente. Florentín Pizarro necesitaba hablar conmigo inmediatamente. Al verme precipitóse a mi encuentro, y cogiéndome las manos empezó a decirme cosas incoherentes y absurdas.

«... el Destino... la Fatalidad... ¿Te acuerdas de nuestra conversación del otro día? ¿De mi cuadro? Verás qué coincidencia más absurda, qué cosa más extraña...

Hablaba con voz entrecortada por la emoción.

«Anoche no dormí; sentía que algo fatal,

irremediable, venía hacia mí. Y esta mañana me ha llegado por correo esta carta.»

Cogí la que con torpe mano me tendía, y pasé los ojos por ella. Era de una monja española, perdida en un rincón de China, en un hospital de leprosos, que invocaba la caridad de nuestro amigo para sus pobres enfermos.

Realmente tratábase de una coincidencia peregrina, pero en el fondo una de las muchas coincidencias que se dan en la vida, inquietándonos por un momento y cayendo luego en el olvido. Así se lo dije a Pizarro; pero él movía la cabeza tristemente y parecía anonadado, como si la sibila acabase de revelarle en su horóscopo no sé qué espantoso porvenir.

«¡Ves!, ¡ves! ¡Es la fatalidad, lo irremediable, que llega para mí!»

—Traté de consolarle lo mejor que pude, y al fin le dejé, aunque si he de decir la verdad, no me pareció que muy tranquilo. Un mes pasó sin que supiese de él, y al cabo recibí recado llamándome a su casa. El estudio estaba sumido en una semipenumbra, que no me permitió al primer momento darme cuenta exacta de las cosas. Desde las tinieblas oí la voz de Florentín, que ronca de espanto, me decía cosas escalofriantes, sin nexo ni sentido.

«¿Comprendes? El arte no es más que una

válvula de algo que vive en el fondo de nuestro sér... es un presentimiento... una adivinación o clarividencia súbita... No somos capaces de crear nada... en un momento dado adivinamos, y luego la luz interior se apaga y caminamos en las tinieblas. Recuerdas mi cuadro, la carta de la monja... ¡Pues tengo lepra!»

De un salto se puso en pie, y descorrió, por mejor decir, arrancó las cortinas, y se me apareció en plena luz. Estaba espantosamente demacrado, el rostro lívido y los ojos brillantes, hundidos en el fondo de las ojeras violeta... ¿Lepra? Realmente, aquella ligera erupción que le cercaba la barba y le enrojecía la nariz, sin tener aspecto muy agradable que digamos, distaba mucho del espanto de la lepra. Le interrogué: «Y los médicos, ¿qué te dicen?» Hablóme con desaliento. «¡Los médicos! Cuando somos ricos, encuentran palabras bonitas para todo. Dicen que es un poco de erisipela... la primavera... ¡tonterías! Es lepra, estoy cierto de ello. Lo siento, lo adivino...» Hice inauditos esfuerzos para llevar un poco de paz a su espíritu, aunque todos fueron baldíos. Se iba a China. En Europa, la lepra era demasiado espantosa, y no tenía valor para arrostrarla...

—Y después...—interrogó la Sigüenza.

—Pasaron meses sin saber de él, y al cabo

de año y medio llegó a mis manos una carta, con sello chino, y sentí un escalofrío de miedo. ¡Era de la monjita! El pobre Florentín Pizarro había muerto allí de una enfermedad espantosa, ignorada hasta entonces. No era lepra, por lo menos en las manifestaciones hasta el momento conocidas del mal; pero era algo tremebundo que pudría en vida y hacía nacer gusanos. Al morir, habíale encargado me avisase, y cumplía su encargo.

Al concluir Eduardo, hízose un silencio temeroso. Nieves Sigüenza respiraba anhelante, como ante un espectáculo terrorífico. Nino tiritaba de frío, y Julito Calabrés sonreía irónico.

Nieves fué la que puso el comentario:

—¡Pobre Florentín! Digamos con el poeta:

¡Todo está escrito; lo que está escrito se cumplirá!

Julito dió la vuelta a la llave de la luz eléctrica, y los chinitos del farol se inclinaron en pomposas reverencias, junto a los árboles inverosímiles y las casas de juguete, menores que ellos.

LAS TRES MÁSCARAS DEL MISTERIO

I

Comenzaba a anochecer cuando Salvador Barrera, cansado, aburrido y asqueado de la estupidez del festejo popular, dejando la tribuna del Club, dirigióse hacia el centro de Madrid. La tarde era fría, gris, oprimida por una amenaza de lluvia que no acababa de caer. Un cielo plomizo, muy bajo, pesaba abrumador sobre la ciudad, causando vaga sensación de angustia y haciendo aún más trágicos los desnudos árboles de la Castellana y los que tras de las negras verjas de los jardines retorcían sus ramas esqueléticas como brazos imploradores de misericordia. Una atmósfera espesa, hecha de polvo, de porquería, de vaho de caballos y humo de automóviles, esfumaba todas las cosas, aumentando la angustia del cuadro. Y sobre aquel fondo trágico desfilaba una multitud hórrida, harapienta, sucia, cruel y sádica,

borracha de idiotez, de vino y de brutalidad. Y de trecho en trecho, hendiendo la masa humana, precedida y seguida de su cohorte de golfos y trotacalles, que se tiraban al suelo y allí entre el lodo y el polvo batallaban para recoger los mustios ramitos, las serpentinas y los puñados de *confetti* que volvían a arrojar manchados de barro o inmundicia, desfilaba rota, desvencijada, colgada de jirones de tela que dejaban ver el armazón de madera, una carroza llena de máscaras.

Salvador sentía cansancio físico, mezclado con esa rara repugnancia moral que podríamos llamar desgana de la vida. Aunque parezca paradógico, en el alma del artista injerto en elegante, vivía la misma tristeza desencantada que conturbó la de los monjes medioevales y que se llama acedía. Sin fe y sin ilusión, aquejado de atroz escepticismo, cansado el cuerpo y cansada el alma, Barrera sentía la vida como un vacío inmenso.

Comenzó, pues, a bajar el paseo de Recoletos con un malestar que era como un deseo de irse, inquietud de arrancarse de allí, esa inquietud que nos asalta cuando pasada la hora de una cita frustrada no nos decidimos, sin embargo, a partir.

Oscurecía; por las aceras un río humano desfilaba, apretándose, empujándose, avanzando y retrocediendo, con incoherentes vai-

venes de oleaje. De tiempo en tiempo, grupos de máscaras mugrientas, pingajosas, groseras y procaces, con disfraces de un hermafroditismo repugnante o simplemente sucias, hendían la muchedumbre profiriendo gritos agudos que un momento dominaban la general algarabía. Por el arroyo, en apretada procesión, desfilaban los coches cubiertos de polvo y de *confetti;* una carroza bamboleábase en la luz roja y verde de las bengalas, a cuya claridad sangrienta o lívida los encapuchados, con sus grandes gestos bruscos e inútiles, parecían, más que gentiles mascaritas, trágicos herejes camino de las hogueras de la Inquisición.

Comenzó a lloviznar. Salvador Barrera alzóse el cuello del gabán y dispúsose a ganar el Prado, cuando tres enmascarados le rodearon. Eran los tres parecidos de estatura, los tres llevaban vulgares capuchones negros, de ese negro parduzco que podríamos denominar *negro de franela para forrar féretros pobres,* y tapaban los tres su rostro con plebeyas caretas de una fealdad repulsiva. Rodeáronle, pues, las máscaras con grandes gritos y grandes aspavientos. Sus gestos eran duros, bruscos, de rigidez mecánica; sus voces opacas y lejanas, con extraños hervores de puchero o estertor de agonizante.

Parte por librarse de sus achuchones, par-

te porque era aquel el itinerario que se marcara de antemano, metióse por los jardinillos que guardan el galante encanto de la fontana de las Cuatro Estaciones. Allí le siguieron sus perseguidoras con esa pesadez a que autorizan las Carnestolendas. Salvador no les hacía gran caso y limitábase a evitar sus acometidas, pues las dichosas mascaritas eran duras y descarnadas como esqueletos. Ellas, sin parar mientes en el desdén de su víctima, seguían gritando tonterías absurdas que, pese a los esfuerzos de Barrera para remediarlo, comenzaban a aprisionar su atención. Era el caso que entre el barboteo de sandeces las máscaras rumiaban palabras extrañas y exotéricas que, ¡cosa rara!, había dicho él en aquellos cuentos estremecidos de misterio que escribía.

Para sacudir la necia sugestión de las tres máscaras, rechazóles airado.

—¡A ver si me dejáis en paz!

Las tres a coro afirmaron:

—¡No puede ser!, ¡no puede ser! ¡Tenemos que acompañarte siempre!

Salvador, con risa forzada, afirmó:

—¡Pues sí que va a ser un bromazo!

Una de ellas, la más alta, salmodió con solemnidad casi litúrgica:

—Desde que naciste vamos contigo y contigo iremos hasta que te mueras.

El interrogó:

—¿Quién sois?

La máscara que había hablado antes dió la respuesta:

—Somos la Tristeza, la Vejez y la Muerte.

En vez de reirse, en vez de tomar la cosa a broma, Salvador Barrera detúvose a contemplar a sus interlocutoras. Las figuras que momentos antes pareciéranles vulgares, hacíanse misteriosas e inquietadoras; mientras una de las máscaras parecía muy alta y delgada, la otra se encorvaba hacia la tierra como si no pudiese con el peso de invisible fardo. Los capuchones *color paño de féretro* tomaban vaguedades de niebla y hacían destacarse las caretas atroces. ¡Porque eran atroces aquellas caretas! Una amarillenta y demacrada con negras oquedades en los ojos, las mejillas y la nariz; la otra toda rugosa y apergaminada, con la boca tan hundida que la nariz ganchuda y la barbilla en punta casi se tocaban; la tercera, doliente, macerada, por no sé qué interior sufrimiento.

Y Salvador sintió que la acedía huía, que el tedio fundíase y que una emoción agitaba sus nervios relajados, ¡la suprema emoción del misterio que se entronizaba en su vida!

II

¡La emoción del misterio!, ¡la única, la excelsa, la maravillosa emoción del misterio!

Ella había sido la sola que había conseguido flotar sobre el tedio abrumador que consumía su existencia. Dos habían sido sus pasiones: el fasto y magnificencia evocadores de una vida remota, y la sonrisa escalofriante del no ser. Ellas dos habían llenado sus días y sus obras, y si sus joyas de Sátrapa habíanle hecho famoso en Madrid, sus obras, rivales de las de los más audaces, eran buscadas por los amantes de las grandes sacudidas nerviosas. Y he aquí que cuando comenzaba a desesperar de que *aquello* existiese más que en sus libros, surgía como por ensalmo ante él.

Quince días apenas iban transcurridos desde la publicación de su novela *Las tres máscaras del misterio,* e inopinadamente sus fantasmagóricos personajes tomaban realidad. ¡Y de que eran ellos no cabía la menor duda! Cuanto más les contemplaba más firme era su certeza. Caminaban junto a él, no como disfrazados amigos que dan una broma, sino como guardianes que custodian a un prisionero. Salvador les estudiaba detenidamente; no, no podía tratarse de una broma; sólo la Señora Muerte tenía aquella serena y horripilante nobleza; aquel era el paso abrumado y cansino de la Vejez y aquel el desencantado caminar de la Tristeza. Unicamente un detalle desentonaba de la macabra armonía: las manos. Eran unas manos ple-

beyas, grandes y achatadas, rojas y de uñas mal cuidadas, manos de chulo o de criado, manos de gestos innobles. Por un momento, Barrera lo pensó así y echó de menos las manos de marfil largas y finas de la Muerte.

Caminaban ahora por las Rondas. Allí el espectáculo carnavalesco era más innoble, más burdo y triste. Diablejos sucios, astrosos, con los cuernos caídos y el rabo arrastrando por el lodo, frailes sacrílegos, pierrots carcelarios, destrozonas inmundas corrían y brincaban profiriendo gritos estridentes. Mujeres del pueblo, carreteros borrachos, chulos y soldados bailaban y cantaban a los destemplados sones de las estudiantinas callejeras. La lluvia arreciaba y Salvador, apasionado por la aventura, no pensaba sino en seguirla hasta el fin. Había olvidado el baile de aquella noche en casa de la marquesa del Solar de las Victorias, el reuma acechador y hasta sus joyas; el maravilloso bracelete cincelado por Benvenuto e incrustado de esmeraldas que oprimían su muñeca, el solitario y la perla rosa que lucía en uno de sus dedos y la cadena de perlas, diamantes y viejos esmaltes traslucidos, que perteneció a una Dogaresa, y que, para él, hacía las veces de leontina.

Súbitamente, ante una taberna, la Muerte se detuvo.

—¡Vamos a tomar una copa!—propuso.

La Vejez esquivó un gesto involuntario para detenerla; luego dominóse y con voz cascada rió:

—¡La hermana Muerte tiene sed, tiene sed siempre!

Salvador, un poco extrañado, interrogó:

—¿Pero la Muerte bebe vino, así, en una taberna?

La Vejez volvió a reir con sarcasmo.

—La Muerte bebe en todas partes. Ha bebido en la copa de Nabucodonosor y en la copa de Lázaro, el leproso.

Por cuarta o quinta vez Salvador sintió el aviso de la extrañeza. ¿Hablaban por cuenta propia, o no hacían más que recitar trozos de sus libros? Las cosas cabalísticas que en sus palabras creía ver, ¿lo eran realmente o, como las antiguas sibilas, poníalas él un sentido oculto?

Pero la Muerte había salido ya del chiscón y proponía:

—Vamos...

Echaron a andar; dejaron a un lado las rondas y metiéronse por lúgubres calles que llevan al campo. Salvador interrogó con recelo:

—¿Pero dónde vamos?

—Vamos al reino del reposo—fué la respuesta de la Vejez.

¡Cosa más rara! Aquella aventura era la pareja de su última narración en que el

Caballero, llevado por las tres Hermanas, llegaba ante la puerta de bronce del Alcázar Silencioso.

Un vago temor asaltóle. ¿Sería una encerrona? Paróse.

—¡Yo no sigo más! Para broma...

La Muerte, con voz natural en que había un vago anhelo de convencer, aseguró:

—¡Si estamos a un paso ya!

Pero la Vejez, más dueña de sí, acudió a arreglarlo:

—¡No te irás: de la Tristeza, de la Vejez y de la Muerte, no escapa nadie!

La curiosidad fué más fuerte que el temor, y Barrera siguió avanzando.

Más que calle era aquello un camino de herradura abierto entre tapias y vallares lleno de baches, hoyos y charcos; reinaba una oscuridad absoluta, y al ruido de la ciudad había sucedido un silencio profundo. Entre dos nubarrones asomó una luna de cobre rojiza y enorme. De improviso Salvador perdió pie y sintió que se hundía en un abismo de maleza. Al mismo tiempo oyó la voz de la Muerte que decía:

—¡El golpe, fuerte, en la cabeza!

III

Unos viandantes, horas después, encontraron a Salvador Barrera tendido en el sue-

lo sin sentido y cubierto de sangre. ¡Las joyas portentosas y la cartera, con siete mil francos, habían desaparecido!

NOTA.—En estas narraciones de «El Más allá» se ha asomado la luna muchas veces, y algunas la noche ha tendido entre dos acontecimientos su desierto silencioso y blanco. ¿Qué hacerle, si la luna es la cómplice del misterio, y el sueño la tregua?...

LA SONRISA, LA MIRADA
EL GESTO

LOS OJOS DE LADY REBECA

—¡Bah! Creyentes o escépticos, temblando ante cualquiera de los rumores que pueblan la noche, o caminando con fanfarronería de matasiete en las tinieblas, ninguno de nosotros escapa una vez en su vida de la visita del Misterio...

—Hombre, eso de que ninguno...—objetó Carlos Quiñones.

—Ninguno—aseguró con profundo convencimiento Jesús Valsera—. Claro que el Misterio no ejerce la misma influencia sobre los frívolos comensales del Cardenal Richelieu o sobre las curiosas damas que acuden en busca de los secretos del futuro a casa de Madame de Thebas que sobre cualquier viejo hidalgo del XVII español, a quien malos deseos arrastraban a las altas horas de la noche por las laberínticas callejuelas de las viejas urbes; pero atribuyámoslo a causas

naturales o sobrenaturales, en la vida de cualquiera de nosotros ha habido el milagro, el hecho sobrenatural que bastaba a convertir al andariego D. Juan en santo venerado en los altares.

Estaban en una sala del Club, un saloncito muy frívolo, sin carácter, decorado a la moda del siglo XVIII, con esa banalidad amable que acaba por convertirse en uniformidad. Como era un Círculo de excepción y el número de socios limitado, no había adquirido ese aspecto especial de los lugares que frecuentan gran número de hombres, y con sus paredes blancas con molduras, y sus cortinas de damasco prelado, tenía ese no sé qué de inhabitado de los cuartos de hotel. Por las puertas abiertas veíanse otros varios salones discretamente iluminados y desiertos, y al final, en uno pequeño, cuatro caballeros que jugaban al *bridge*. Eran las dos de la madrugada, y después de aburrirse un rato en casa de la Solar de las Victorias y otro rato en el Real, el vetusto marqués de Montería, Carlos Quiñones y Jesús Valsera, charlaban cómodamente repantigados en los grandes butacones de cuero. Por esa misteriosa atracción que ejerce sobre nosotros lo sobrenatural, sobre todo a las altas horas de la noche, la conversación había ido a parar a los raros acontecimientos en que el Misterio parece asomarse

un momento a la prosa anodina de nuestras vidas, y Jesús Valsera contaba *su caso*.

—No sé si ustedes, menos enamorados de Cosmópolis que yo, habrán conocido a lady Rebeca Wintergay.

—Tengo una idea confusa—insinuó Carlos—. Creo que pasó una *season* en Biarritz; pero yo nunca la encontré la belleza admirable que decían. A mí me pareció siempre una muñeca bien vestida, pintada, enjoyada; pero siempre eso: una cosa artificiosa, falsa, es la palabra exacta: una muñeca.

Con aires de confidencial misterio, aseguró Jesús:

—Es cierto; tenía algo de muñeca, algo de la Eva futura de Barbey d'Aurevilly, y, sin embargo, sus ojos...

—Sí; me pareció que tenía una mirada interesante...—asintió Carlos.

—No, no—interrumpió Valsera con más vehemencia de la precisa—; una mirada, no, unos ojos—. Y prosiguió explicando su idea—. La mirada es una cosa y los ojos otra. Hay personas que nos atraen, despiertan súbitamente en nosotros una gran simpatía, nos conquistan y hasta llegan a dominarnos por su mirada, y si vamos a estudiar, sus ojos son vulgares, insignificantes, y alguna vez, hasta feos. En cambio, hay ojos admirables, pero fríos, inexpresivos, muertos, como los ojos de las estatuas. Los

ojos de lady Rebeca—prosiguió el narrador—eran de éstos. Dos esmeraldas o dos zafiros (eran cambiantes, como las aguas del mar) de cabala; dos gemmas portentosas incrustadas en un trozo de jaspe de un extraño blanco azulado; dos peridotas robadas en el sumergido palacio de la hija del Rey de Is. Porque la única comparación que aquellas divinas pupilas sugerían era la de las piedras preciosas. Como ellas, tenían brillo, y, sin embargo, estaban muertas; detrás de ellas no lucía esa misteriosa luz de inteligencia, que es amor, odio, ambición entusiasmo o tristeza; no había nada, nada más que el vacío.

A las últimas palabras sucedió una pausa silenciosa. Los otros dos, interesados por la historia, le escuchaban sin interrumpirle ya; él continuó:

—Nada más fácil en la vida frívola de Biarritz que acercarse a ella. Su lujo, su *chic*, aquella perpetua ostentación de joyas fabulosas y de trenes magníficos, me atrajeron, primero; sus pupilas me clavaron, después. ¡Y me enamoré perdidamente de ella! Lady Wintergay, como todas las damas de la loca caravana emigrada al través del mundo, era una gran flirteadora. Persona acostumbrada a tales homenajes, acogiólos con amabilidad; mundana experta, seguía el devaneo sin falsos sobresaltos de pudor,

pero también sin peligrosos desfallecimientos. Y aquí estábamos, de la novela, cuando una noche...

—¿Una noche?...

—Una noche de estío, una de esas maravillosas noches de Biarritz. en que mar y cielo son como un prodigioso palacio de ópalos en la lechosa claridad del satélite, hablábamos, lady Rebeca y yo, acodados al barandal de su Villa Sans Soucci. Había habido una fiesta de trajes, y Rebeca, vestida de Scheherazada, toda envuelta en tules y gasas recamadas de plata y perlas, cuello y brazos cubiertos de perlas enormes, de portentoso oriente, estaba bellísima. La magia de la noche, la hermosura de la dama, el cansancio morboso del fin de fiesta, y tal vez, ¿por qué no?, el *champagne* envolviendo mi espíritu en auras de melancolía, pusieron acentos de tristeza en mi voz, bañaron mis palabras de contenida pasión, y vertieron en ellas, como un ungüento maravilloso, la amargura de los grandes dolores sin esperanza. Lady Wintergay parecía escucharme con un anhelo hasta entonces desconocido para mí, vencida, mal de su grado, por una súbita ráfaga de pasión. Las manos destrozaban involuntariamente una flor; el pecho palpitaba, y en las pupilas muertas, en las misteriosas gemas de embrujamiento, brillaba una mirada húmeda y apasionada.

Súbitamente habló. Su voz era suave y musical, llena de inflexiones, de amor y de tristeza. «¡Jesús, por misericordia, por caridad, por compasión, no me hable usted así! ¡Ah! ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Si supiera el horror, el misterioso espanto de mi tragedia! Estoy condenada a ser así siempre, a ser una estatua de mármol, algo admirable, bellísimo, divino, pero que sólo puede contemplarse en la desolada glaciedad de las salas de un museo. Mis ojos, para que vivan, es preciso que sean siempre eso: dos piedras preciosas, que nunca, oye usted, nunca, pueden reflejar lo que siente el espíritu. El día—continuó trágica y fatal—en que mis ojos se alumbren con la llama divina de la pasión, ese día la llama misma los consumirá.»

Calló Jesús para encender un cigarro, sin que sus amigos, cautivos en el interés de la peregrina historia, osaran interrumpirle, y al fin reanudó:

—Asuntos de gran interés para mí, alejáronme al siguiente día de la playa francesa, y perdí de vista a la interesante criatura, que por un momento estuvo a punto de turbar mi serenidad espiritual. Pasó tiempo; de tarde en tarde tenía vagas noticias de su vivir andariego y, por fin, un día supe que lady Rebeca Wintergay, abroquelada en una gran pasión, se había decidido a desafiar la terrible fatalidad que, según ella,

pesaba como un conjuro sobre su existencia.

—¡Bah!—rió Carlos, irónico—. ¡Que tú no le gustabas... y se acabó!

Cuando sus interlocutores esperaban una explosión de amor propio, oyéronle decir con voz timbrada de tristeza:

—¡Ojalá! Así, por lo menos, no hubiese dejado una huella imborrable en mi recuerdo. —Después continuó: — Fué pasando el tiempo, reanudé mis correrías por Europa, y un día, al entrar en el comedor de Montreux-Palace, me detuve yerto. ¡Sentada a una mesa, frente a mí, acompañada de un caballero de aire discreto, comía lady Rebeca Wintergay! En la suntuosidad fastuosa del *dining-room*, en la reverberación de las luces, en la escenografía de las plantas tropicales, entre las mujeres cubiertas de sedas, de plumas, de pieles y de encajes, destacábase, como una reina de leyenda, la inglesa. Toda vestida de chantillíes blancos, sobre los que temblaban los fulgores de los diamantes y las esmeraldas, permanecía serena, estática como un icono. Estaba bella, infinitamente bella, pero con la belleza muerta que me inquietara en otros tiempos. Sus pupilas maravillosas tenían aún menos vida que antaño, y permanecían inmóviles, fijas en un punto imaginario. Inútil que me inclinase cortesmente, inútil que en todo el trans-

curso de la comida no apartase mis miradas de ella, lady Rebeca parecía ausente, lejana.

—Acabada la comida, corrí al *Bureau* del hotel, y pedí los libros de viajeros. Allí estaba lady Rebeca Wintergay. Y, tras su nombre, otro nombre que puso en mi espíritu una inquietud irrazonada: el doctor Nanetti.

Hízose otra vez el silencio. Carlos y Montería escuchaban con esa inquietud con que oímos las historias de aparecidos. Jesús parecía presa de gran excitación. Siguió la historia:

—Durante unos cuantos días viví pendiente de aquella rara mujer. Veíala en el comedor, en el concierto, en el *auto,* siempre en compañía del misterioso doctor, siempre inmóvil, con los ojos fijos en un punto imaginario siempre. Inútil que buscase una ocasión de hablarla a solas, inútil que acechara la salida del médico, que jamás parecía dejarla. Al fin, un día...

Los cabellos de Jesús se erizaban, y helado sudor corríale por la frente.

—Al fin, un día, al atravesar una galería, vi la puerta de su cuarto abierta de par en par. Miré dentro, y... ¡lady Rebeca! Estaba sola y vuelta hacia el balcón; parecía abismarse en la contemplación del lago. Resueltamente entré. ¡Más me valiera haber huído! Al sentir el ruido que hice, lady Wintergay

lanzó un débil chillido, y volvióse hacia mí, tendiendo las manos, como hacen los ciegos que temen desplomarse en un abismo.

—Retrocedí mudo de horror. ¡En el rostro de belleza estatuaria, en el nácar rosado de la piel, en que la boca era como una flor de pasión, los ojos habían desaparecido, y dos negros agujeros ponían el horrendo sarcasmo de la Muerte, la atroz ironía de las calaveras! ¡Sobre una mesilla, como dos gemas de alucinación, brillaban los ojos azules!

Montreux, Septiembre 1913.

LA MIRADA DE LA MUERTA

I

Caminaba lentamente, *boulevard* Saint-Germain arriba, tarareando una canción obscena. El aire canalla, un aire de ritmo monótono y pegajoso, que invitaba a danzar esos modernos danzones evocadores de los bailes salvajes, rimaba mal con su andar vacilante de borracho; pero aquella falta de armonía entre la música y el paso teníale sin cuidado, y el hongo, caído sobre una oreja, el cuello de la americana subido y las manos en los bolsillos del pantalón, encaminábase al catre alegre y satisfecho.

¡Libre, libre por fin! Ya no oiría nunca la voz agria y chirriante atronarle los oídos con reproches peores que todas las injurias, ni escucharía las palabras hipócritamente gimoteras plañendo sobre el jornal gastado en la *tasca,* sobre los miserables francos disueltos en los frascos de vino, y por ende,

sobre la miseria que, como justo cortejo, padecerían toda la semana.

La voz obsesionante que vibraba en su oído a todas horas, hasta cuando estaba lejos de *ella,* la voz que le hacía eco en la taberna cuando pedía vino y surgía del fondo de las copas, llenas de sangriento licor de cepa, y del dorado poso de las botellas, se había apagado para siempre. Ya no le mortificaría con sus ásperas estridencias, ni le perseguiría con infames reproches, ni amargaría las pobres alegrías de su vida miserable.

Y, además de no escuchar su voz, no vería tampoco sus ojos. Porque todas las discordancias de su garganta, toda la acidulada acritud de sus geremiadas, no eran nada comparado con la mirada atrozmente reprochadora de sus pupilas castañas. Algunas veces la tal mirada habíale causado tanto daño, que él, incapaz de matar a un mosquito, había sentido un loco deseo de estrangularla.

¡Libre, libre por fin! Libre de ahogar sus penas en vino, de permanecer en el *cabaret* hasta las altas horas de la noche charlando con sus compadres, con esa verbosidad que prestan unas copas de más, no teniendo que oir, al volver a su chamizo, gemidos, ni que tropezar con la mirada de las pupilas reprochadoras; libre de dormir por la mañana, sin

que le llamasen poltrón, y de ambular por la tarde, sin que le apodaran perezoso, y de no lavarse los pies, sin que por eso le llamasen sucio; ¡libre! Aquella mañana la habían enterrado, y, realmente, cuando acabada la fúnebre ceremonia, volvió a su casa y abrió las ventanas para que se fuera el olor a cadáver y a cera quemada, respiró mejor.

Porque la libertad es una gran cosa para un artista, y él era un artista. Claro que no iba a hombrearse con Miguel Angel: pero en su oficio de vaciador en yeso, ¿a ver dónde había otro más hábil cuando se ponía a ello? Lo malo es que no se ponía nunca, o casi nunca. Las tardes de estío, tan bellas, invitan a pasear y a humedecer el gaznate con unas copas de vino bien refrescado en alguna cueva misteriosa, y en cuanto al invierno, hace demasiado frío y hay que templar el estómago con un frasco de mosto tibio y reconfortante. Así que, sólo por absoluta necesidad, realizaba el trabajo necesario para no morir de hambre, y aun así y todo, pasaban las de Caín, por causa de la pícara bebida, que se llevaba el jornal casi íntegro.

Pero ¡bah! Al fin y al cabo, eso le tenía sin cuidado. En el fondo era un estoico, con sus puntos y ribetes de epicúreo, y la vida se le mostraba fácil. ¡Si no hubiese sido por las palabras amargas y los ojos reprochadores, que le seguían a todas partes como un re-

mordimiento!... Pero ¡pelillos a la mar! El verdugo, disfrazado de mártir, yacía bajo tierra. El mismo, a la distraída, había pisado su tumba para que quedase la tierra bien firme, y no pudiese escapar, y no volvería más.

Sin darse cuenta hizo una pirueta, tropezó y estuvo a punto de darse una costalada, pero se irguió, dió algunos pasos muy derechos, hizo una ese y se detuvo. ¡Libre! Ahora mismo cuando volviese a su casa podría dormir a pierna suelta sin oir el sempiterno plañido: «¡Ay, Jesucristo bendito, qué cruz!»

Justamente aquella noche el chiscón había estado más animado que nunca. El, como es justo, habíase creído en el caso de celebrar el fausto suceso invitando a sus amigos a unas botellas; en cuanto a ellos, con una delicadeza que dice mucho en su favor, consideráronse obligados a desenterrar (nunca más justa la palabra) unas cuantas historias de ultratumba. La conversación deslizóse primero sobre toda clase de motivos funerarios; pero como allí había dos afiliados al espiritismo (un tratante de pompas fúnebres y un librero de viejo) pronto fué a parar al destino del alma humana.

El negociante en funeraria contó algunos casos de evocaciones a que él había asistido, y aún aventuró la atrevida hipótesis de que

después de la muerte el alma queda vagando por los lugares que en vida le fueron familiares. El librero por el contrario era partidario de la metempsícosis, y suponía que después de perecer nuestro cuerpo, el espíritu pasaba al de otros animales, que variaban según la conducta observada en este bajo mundo. Así el alma de una virgen inocente pasaría a una paloma blanca, la de un usurero a una garduña y la de una suegra a algún animal dañino y feroz. Aquella idea le hizo mucha gracia al buen Facundo Huerto, que se figuraba ya a la parienta tan pequeña, tan rabiosa, toda nervios y bilis, metida en el cuerpo enorme de un hipopótamo. Aquella idea del hipopótamo con su corpachón pesado, sus ojos hinchados y su cuerno en la punta del hocico, le hizo desternillar de risa, hasta revolcarse por las banquetas y echar el vino por la nariz. Alguien hízole notar que dada la acritud de la difunta mejor estaría en una mica o una perra rabiosa, pero él estaba encariñado con lo del hipopótamo y nadie consiguió hacerle cambiar de opinión.

Aun ahora mismo, parado en medio del *boulevard,* volvía a reirse solo. ¡Tenía gracia! ¡Ja! ¡ja! ¡ja! Y se reía, se reía. Al fin consideró que no por ser libre dejaba de estar obligado a la compasión; hizo un esfuerzo y continuó su camino contoneándose. De

vez en cuando vacilaba, hacía algunos arabescos, parecía que iba a caer y nada, seguía tan campante.

Era un viejo de regular estatura, atrozmente flaco, tan desgarbado en sus movimientos que piernas y brazos parecían desconyutados. Tenía el rostro curtido, amarillento; la piel rizábase y formaba grandes bolsas en el cuello y debajo de los ojillos negros y relucientes; los labios colgantes mostraban la boca desdentada como un abismo negruzco, del que saliese un vaho insoportable a alcohol; su nariz era la nariz clásica de todos los borrachos, una nariz larga, fofa, penduliforme, pintada de vivo color rojo. Vestía con desaliñada pobreza; su traje de luto llenábase de caspa en el cuello, de yeso en los codos, de grasa y vino en el pecho y de barro en los bajos del pantalón; su camisa sudada y llena de lamparones y su sombrero grasiento, colocado de un modo picaresco sobre el cráneo herizado de pelos grisosos, nada tenían que envidiar al traje.

De improviso, en uno de los vaivenes, sus pies tropezaron con una cosa blanduzca, que a su contacto lanzó un quejido lastimero. Agachóse para ver de lo que se trataba, y alzó en sus manos un perrillo.

Era un bicharraco de raza vulgar, que debía de ser muy joven, pues apenas podía valerse. Tenía la pelambre canela y el hoci-

co color de rosa, y tiritaba de frío. A pesar de sentirse en manos de un extraño, no había alzado los párpados, y el buen Facundo dispúsose a dejarlo allí, según su destino, cuando el perro abrió los ojos y fijólos en él.

Sufrió como un choque eléctrico. ¡Aquella mirada! ¡Eran sus ojos! ¡Era ella, ella, que le miraba con la misma tristeza reprochadora que en vida; ella, que parecía implorarle.

Entonces sintió remordimiento, y cogiendo al perro, se lo llevó a su casa.

II

Entró en el estudio, encendió una vela, y abandonando su fardo sobre el diván, recubierto de un trozo de alfombra vieja, que ocupaba uno de los ángulos, dejóse caer en el suelo, sudoroso y jadeante. Allí púsose a espiar ansiosamente el momento en que abriera los ojos; pero el perrillo parecía haberse dormido en el tibio refugio, y sus párpados permanecían caídos.

El estudio era una pieza, en parte aguardillada, en parte cubierta por una claraboya de cristales, que dejaba filtrar la fastasmagórica claridad lunar. La miseria y el desorden reinaban por doquiera, presididos por la suciedad. Los muros, enyesados, estaban

llenos de manchas de grasa y de humedad. Decorábanles, alternando por todo adorno, con letreros indecentes o chocarreros, algunos vaciados de yeso, representando manos, pies o cabezas de las que sirven para modelo en las clases de Dibujo de los colegios. En un ángulo, un sofá de paja, cojeaba de un modo lamentable; dos o tres sillas, atacadas también de cojeras hiperbólicas, hacían juego con el sofá, arrimadas a las paredes, mientras, sobre la mesa central, manchada de aceite y de pintura, entre frascos de medicinas vacíos y platos llenos de colillas y restos de comida, alzábase triunfante la Venus de Milo, asomaba una cabeza, de Medusa, y un Mercurio, de Juan de Bolonia, a quien faltaba una pierna y un brazo, intentaba levantar el vuelo. En un rincón veíanse algunos paños negros y unos cuantos cirios, que habían servido para la ceremonia fúnebre de aquella mañana, y por las puertas entreabiertas de la alcoba divisábanse los pies del lecho donde *ella* agonizara.

Facundo Huerto esperaba, anhelante, el despertar del bichejo. Dos o tres veces había tendido la mano para sacudirle, y otras tantas habíala retirado tembloroso, presa de invencible pánico. ¡Estaba perdido! Cuando creíase libre para siempre de la atroz obsesión, he aquí que, extrañamente, del fondo del misterio surgía la mirada fatal que pe-

sara como un maleficio sobre su pobre vida miserable.

Facundo Huerto pertenecía, por su nacimiento, a la burguesía acomodada. Su madre, hija de modestos comerciantes, recibió al casarse una pequeña dote, y su padre, tras una carrera concienzuda, llegó a desempeñar destinos de relativa importancia. Pero él, Facundo, nunca se hizo del todo a la vida mediocre de los suyos, y siempre soñó con más amplios horizontes. La quimera vivía en su alma, y quiso ser artista. Realmente, desde niño tuvo una gran disposición para la Escultura, y la gloria de Rodin le deslumbró, como una esperanza realizable. Sería un genio, el orgullo de los suyos, el más preclaro blasón de su nombre. Su entusiasmo era contagioso, y aun su mismo padre, tan sereno, tan paciente, tan bien equilibrado, dejóse ganar por él, y haciendo un sacrificio pecuniario le envió a París. Al principio todo fué bien, y realmente el muchacho prometía, hasta que un verano, estando de vacaciones con su familia, conoció a Gertrudis. Gertrudis Gamonet, hija de una familia amiga, era una muchacha vulgar, más bien fea que guapa, bajita, flaca, angulosa, de color bilioso y cabellos de un rubio desteñido. Tenía los labios secos y pálidos, y los ojos... Sus ojos, a decir verdad, no tenían nada de particular: ni grandes ni chi-

cos, ni claros ni obscuros; eran unos ojos, ni más ni menos, que infinidad de ojos que vemos todos los días.

Facundo, por aquel entonces, si no podía decírsele arrogante, no estaba mal tampoco. Un poco desgarbado, tenía una cierta dejadez, un abandono muy de artista, subrayado por la melena bohemia, los amplios sombreros *rembrants* y las corbatas *lavalière*. Con sus *posses* de genio traía locas a todas las damiselas de la localidad, pero él sabía desdeñarlas, coqueteando con unas y con otras sin conceder preferencias a ninguna y manteniendo así el fuego sagrado en sus corazones, cuando un día...

La fatalidad por vez primera mezclóse en su existencia. Habíanse reunido varias familias vecinas para una jira campestre; después de opíparo almuerzo, y mientras las personas mayores jugaban a las cartas o dormían la siesta, los muchachos y muchachas corrían por el cercano bosque, cuando Facundo, en los azares del juego, encontróse a solas con Gertrudis. Facundo había bebido mucho, hacía calor, los árboles daban una sombra tenue y regalada que poetizaban las cosas, y sin saber por qué, el muchacho sintió la tentación de besar los labios de su compañera. Fué un impulso irrazonado, más fuerte que él; sin que la niña pudiese evitarlo estrechóla entre sus brazos y sus bo-

cas se unieron. Cuando el galán apartóse un poco tropezó con su mirada. ¡Ah, el reproche sobrehumano de aquella mirada! Los ojos vulgares habíanse bañado en la sombra de una tristeza infinita, una tristeza punzadora, cruel, lacerante, una mirada de reprobación, la mirada que una víctima puede lanzar a su verdugo en el cadalso. Facundo era una buena persona en el fondo, y sintió atrozmente el reproche. De seguro habría preferido que ella prorrumpiese en amargos dicterios e inclusive que alzase la mano para castigar al atrevido. Pero Gertrudis ni gritaba ni menos le agredía; limitóse a permanecer silenciosa, envuelta en una tristeza peor que todos los lamentos. Entonces el muchacho perdió la cabeza, y desesperado, ansioso de verse libre de la obsesión de aquella mirada, comenzó a plañir su ligereza, su necedad, el momento de obcecación que le arrastrase, y acabó por revolcarse por el suelo y golpearse la cabeza contra los árboles. Todo fué inútil; la mirada triste parecía estereotipada para siempre, y Facundo Huerto, con tal de no verla, acabó por prometer a Gertrudis casarse con ella.

Desde entonces aquella mirada fué como una claridad diabólica que agostó su vida. A su reflejo todas las flores que vivían en su alma, la gloria, el amor, la ilusión, la esperanza se marchitaron. El destino fué impla-

cable, le persiguió con saña, y a cada nueva derrota, a cada nueva caída, al volver a su casa, dolorido, triste, temblaba ante la idea de aquellos ojos que le mirarían reprochadores.

Gertrudis era de pocas palabras; los años y los contratiempos fueron secándola y encogiéndola, hasta hacer de ella una muñequilla antipática; su cutis había tomado un tinte verdoso y sus labios un pliegue amargo. Hablaba poco; cuando lo hacía era para lamentarse con inacabables plañidos que encerraban ocultas censuras para su marido. Su voz había ido tomando un sonido geremiante, angustioso, de animal que martirizan. Facundo, exasperado por la injusticia de sus reproches, gritaba, entregábase a locas violencias para oir su voz, para a fuerza de alaridos apagar el eco quejumbroso que le crispaba los nervios. Ante su ira callaba ella; pero sus ojos, sus ojos reprochadores le perseguían por doquiera, y entonces él, enloquecido, arrancábase los cabellos y se golpeaba con los muebles. El infeliz, que jamás había bebido, púsose a beber para no pensar. Fué peor; en vez de dejarle dormir y olvidar, la voz de ella sonaba toda la noche como el lamento de un alma en pena. Un día por fin, furioso, perdida toda noción de las cosas, había cogido un cuchillo para asesinarla; pero la mirada triste, reprochadora,

la mirada lacinante se le había clavado en el alma, y arrojando el cuchillo, huyó. Desde aquel momento fué su esclavo. Siguió emborrachándose porque aquello era más fuerte que él; pero sus borracheras fueron melancólicas y temblorosas, y al retornar al hogar de madrugada iba temblando, y algunas veces, sentándose en un banco, lloraba desconsoladamente como un niño.

¡Y ahora, cuando se creía libre para siempre de la pesadilla, he aquí que tropezaba de nuevo con la mirada aquella. ¿Quién sabe? Quizás no fuese más que una alucinación de su cerebro excitado por los vapores del alcohol, quizás un reflejo de luz...

Pero no; el can abrió los ojos, y en el fondo de las grandes pupilas tostadas vió reflejarse la atroz tristeza de las pupilas de *ella*.

III

La vida de Facundo Huerto deslizábase trágica, aún más terrible bajo la alucinación de los ojos del perro, que bajo la alucinación de los ojos de la mujer. Indudablemente, por uno de aquellos misterios de la metempsícosis que tan bien le explicase su amigo, el alma de Gertrudis habíase refugiado en el bicho. Y era peor, cien veces peor; ella, por lo menos, hablaba, decía cosas, profería

quejas, y su voz chillona, inarmónica, destruía algo de la angustiosa tristeza de las pupilas, mientras que el perro no hacía más que quejarse dolorosamente, con gemidos quejumbrosos, prolongados, inacabables, y miraba con aquella expresión *humana* de víctima de un absurdo holocausto.

Era un bicho feo, vulgar, de aspecto enclenque, lamentable. Tenía el hocico largo y las patas cortas; espesa pelambrera cubríale todo, dándole un aspecto informe y haciendo aún más extraños e inquietantes los grandes ojos obscuros. Permanecía casi siempre inmóvil, apelotonado en el sofá; no dejaba que le tocasen, y en cuanto su amo intentaba acariciarle, poníase a gemir desesperadamente, como si le despellejasen.

Facundo acabó por ser su esclavo. Si tardaba en despertarse, si dejaba pasar algunos minutos después de la hora habitual de darle las comidas, si volvía tarde, si cantaba, si, alegre, movíase dentro del estudio, un gemido tenue, repetido, suplicante, le recordaba su servidumbre, mientras los ojos se clavaban en él, con un reproche lleno de tristeza. Llegó a no poder vivir; huía de su casa, pasaba horas y horas en la taberna, y al volver, temblaba de miedo, deteníase en cada escalón, y al fin, arrojábase sobre su lecho, ocultando la cabeza en las almohadas para no ver ni oir. Cada vez bebía más,

hundiéndose en la embriaguez como en una laguna de olvido.

Un día, su compañero de borracheras, el tratante en pompas fúnebres, a quien él, en un momento de expansión a que contribuyeran indudablemente unas botellas de vino viejo, confiara parte de sus cuitas, propúsole iniciarle en el espiritismo.

No cabía duda de que el alma de la mujer habíase refugiado en el can para martirizarle; pero por lo mismo era preciso evocarla, y una vez presente, preguntarle el motivo de sus quejas y rogarle que, después de la debida satisfacción, le dejase en paz. Realmente, lo mejor y lo más sensato era que le acompañase, y él vería manera de entenderse con el espíritu, pues los espíritus, como los hombres, tienen sus rarezas, y hay que saber llevarles el genio.

IV

La sesión de espiritismo había sido interesantísima. A decir verdad, habían pasado cosas de capital importancia, y si el velo del misterio no se había rasgado, como el del templo de Jerusalén, por lo menos, un soplo venido de las regiones de lo ignorado había levantado una de las puntas y dejado entrever algo del abismo negro, húmedo y lúgubre que hay después de la muerte.

Sobre todo, para Facundo Huerto, los ritos habían tenido un prestigio excepcional. Hacía tres días que había huído del estudio, tres días en que, libre por fin de la obsesión de los ojos, creíase en salvo. La última etapa había sido horrenda. En el abrumador bochorno del mes de Agosto, aquel año de un rigor insólito, en el malsano ambiente del taller, convertido en un horno por el sol que caía implacable sobre él todo el día, haciendo fermentar la suciedad, multiplicarse extraordinariamente las moscas y pulular insectos de todas clases, el perro yacía acostado sobre el sofá, el hocico babeante, la lengua colgando entre los dientes, y en los ojos turbios una angustia atroz. De vez en cuando lanzaba un ladrido ronco, algo como una demanda suprema de socorro; pero si su dueño intentaba acercarse a él, gruñía sordamente, y Facundo Huerto volvia a vivir aterrado las horas crueles de la agonía de *ella*, sus lamentos inarticulados, y, sobre todo, la empañada tristeza de sus pupilas. Al fin, no pudo más. Huiría; dejaría morir al can, encerrado allí; no tendría casa ni hogar, hasta que estuviese seguro de que el hambre y la soledad habían matado al basilisco, y entonces tornaría a recoger sus pobres bártulos, y con ellos buscaría más hospitalario refugio. Llevaba tres días vagando a la ventura, sin apenas dormir, descabe-

zando todo lo más un sueño en los bancos de los paseos públicos, sosteniéndose a fuerza de alcohol. De vez en cuando sentía un remordimiento, como una punzada intensa, y parecíale ver los ojos sobrehumanamente tristes, que le miraban desde el fondo de la noche con un reproche supremo, y entonces bebía unas copas, y en la alegría del vino, los fantasmas se evaporaban. Al fin, como la soledad le inquietara, encaminó sus pasos a casa de su amigo, y llegó tan oportunamente, que su presencia coincidió con el comienzo de una sesión de espiritismo; pero no una sesión así como así, sino una sesión interesantísima, celebrada en honor de un caballero norteamericano que acababa de profesar en la secta.

Verificábase la reunión en la trastienda de la funeraria. Por las puertas, abiertas, veíanse los ataúdes, los faroles, las cruces y coronas de flores artificiales que constituían el comercio, y aquel fúnebre aparato aumentaba el prestigio de la ceremonia. De vez en cuando un cliente penetraba en el establecimiento, y entonces el amo salía para despacharle. La mayoría de las veces era un hombre, que hablaba brevemente con el dueño, y hechos sus encargos partíase rápido. Pero también entró una mujeruca, con gran estrépito de gemidos y lamentos; desde dentro oíasela llorar, plañiendo su viu-

dez, su pobreza y lo mucho que el difunto le costaba hasta después de muerto.

Exasperados cerraron la tienda y quedaron aislados. El propietario había encendido dos cirios para dar más carácter a la reunión, y a la luz lívida, la habitación vulgar tenía un aspecto casi trágico. Sobre los muros, cubiertos de papel oscuro, pendían racimos de velas, moñas de cintas con lacrimosos letreros y negros paños funerarios. En un rincón un ataúd en pie parecía esperar el cuerpo que había de reposar en él, y al lado una corona de siemprevivas y pasionarias yacía abandonada.

En el cuarto habíanse reunido, formando círculo en torno de un velador, además del propietario y de Facundo, el americano, el operador y el *medium,* una frutera gorda, enorme, tocada de absurda capota de bridas y vestida con antiguo chal de encaje que ocultaba los senos bovinos, agitados a cada momento por terribles golpes de tos; un inglés flaco, largo, taciturno, que se ocupaba en hacer ediciones económicas de obras históricas, unas ediciones de un arbitrarismo delicioso, y un pintor italiano de tez olivácea y rizados cabellos, que poseía la más rica colección de verrugas conocida hasta el día.

La *medium* era una mujer joven, de rara belleza; tenía el rostro muy blanco, los ojos de iluminada y el cabello abundantísimo, ne-

gro y fosco. Padecía ataques de histeria, que la hacían permanecer como muerta horas y horas sumida en sopor cataléptico. En cuanto al operador, era un hombrecillo bajo, tripudo, colorado, con el aspecto vulgar de un prestidigitador o hipnotizador de circo.

Empezó la sesión. Por medio de algunos pases transversales el sugestionador consiguió sumir a la joven, pálida, en un sueño profundo. Durante un momento reinó un silencio, sólo interrumpido por la respiración anhelante de los presentes; luego, la dormida comenzó a removerse en su asiento y a dar señales de agitación; su garganta emitió algunos sonidos inarticulados, y, súbitamente, un vozarrón masculino surgió de la boca frágil como surgen las voces más extrañas y antagónicas de un hábil ventrílocuo.

—¡Aquí estoy!

¡Era Washinton! El libertador de América, honrando a su compatriota, hacíale una visita. Trataron de interrogarle sobre algunos puntos interesantes de la otra vida, pero no hubo medio de averiguar nada, pues el héroe, en vez de responder acorde, extendíase en nimios pormenores sobre su infancia y juventud, y aún dió algunos detalles de su circuncisión, que hicieron ruborizar a la obesa frutera.

Después de Washinton acudieron el Papa Inocencio VI, Lucrecia Borgia y Madame de

Thermidor, que a su vez ofrecieron de sus vidas algunas noticias, tanto más interesantes, cuanto que corroboraban hipótesis un si es o no atrevidas lanzadas en sus libros por el editor.

Durante todo este tiempo, Facundo Huerto permanecía en suspenso, interesadísimo en las evocaciones. De vez en cuando, el recuerdo de la mirada asaltábale como un remordimiento, y la imagen de su mujer pugnaba por dominarle; pero la rechazaba enérgico y volvía su atención a los experimentos. Al fin el fantasma pudo más que su voluntad, y la figura de la muerta llenó su memoria; entonces creyó sentir las pupilas reprochadoras clavadas en él con suprema angustia.

En aquel instante la vidente lanzó un grito y, rígida, crispada, tendió los brazos al vacío:

—¡Ahí! ¡Ahí está! ¡Pide socorro! ¡Se muere! ¡Es una agonía atroz! ¡Ah, cómo grita! (Y la sonámbula hacía ademán de taparse los oídos.) ¡Qué horror!, ¡qué horror! ¡Cómo grita, cómo se retuerce! ¡Qué angustia, qué angustia! ¡No puede más! ¡Su mirada!, ¡sus ojos!

Facundo se había puesto en pie, el cabello erizado y los ojos fuera de las órbitas. Un sudor helado de agonía, inundaba su frente y violento temblor agitaba su cuerpo. ¡Estaba vencido! Tenía que librarla de su cárcel

y purgar su crimen. Y, loco de miedo, echó a correr camino de su casa.

.....

Avanzaba dando tumbos; corría, tropezaba, tambaleábase, seguía corriendo... Una taberna abierta ofreciósele como un puerto de salvación, y entrando en ella pidió una copa de aguardiente; bebióla de un trago y continuó su camino más reconfortado. Desde entonces no hubo chiscón, tasca o *cabaret* en que no entrase a tomar un respiro; después seguía su ruta como un condenado a muerte. Algunas veces sentía miedo, un miedo terrible que le hacía castañetear los dientes, y se detenía, llorando de horror; pero creía entonces oir la voz angustiada que le llamaba y proseguía gimiendo, arrastrado por la fatalidad. Sintió calor y quitóse la chaqueta, y echándosela al hombro reanudó su marcha. Poco después, como sintiese calor aún, quitóse el chaleco y buscó en vano la chaqueta. La había perdido. Aquello preocupóle un momento; pero, como viese un cafetín abierto enfrente, penetró en él, y dos nuevas copas de alcohol hiciéronle olvidar.

Llegaba a su casa. Ya dentro comenzó a subir los escalones trabajosamente. Gemía, lloraba, maldecía su destino; pero subió, subía siempre arrastrado por una fuerza misteriosa superior a su voluntad. La corbata

le ahogaba; arrancósela con el cuello, desgarrando la camisa, y, semidesnudo, siguió el penoso ascenso.

Amanecía. Por la alta claraboya penetraba la luz lívida de la alborada, y en la calma de muerte creyó percibir un débil plañido.

Abrió la puerta y entróse en el estudio; una semipenumbra misteriosa reinaba allí; hacía un calor horrible, un calor espeso y viscoso de estufa, y un hedor insoportable a porquería en fermentación y a animal feroz hacía la atmósfera irrespirable. Sobre el diván yacía el perro inmóvil, al parecer muerto.

Facundo Huerto acercóse al bicho temblando. Y de pronto vió erguirse ante él algo monstruoso, horrendo, una bestia de apocalipsis con el pelo de punta, los ojos ensangrentados, brillantes como carbunclos, y las fauces llenas de baba, abiertas como para devorarle. Retrocedió, queriendo huir; pero el monstruo, de un salto prodigioso, cayó sobre él. Facundo no pudo resistir el impulso y rodó por tierra. Caído en el suelo se retorcía, tratando de librarse de los dientes del basilisco, que se clavaban en su cuerpo furiosos en atroces dentelladas, que le arrancaban alaridos de dolor. Hombre y perro revolcábanse, formando una masa confusa y tremebunda, de la que se escapaban gruñidos sordos, gritos truncados, gemi-

dos... Las carnes del infeliz, desgarradas, dejaban manar la sangre en abundancia, y los dientes de la fiera rasgaban, rompían, cortaban, clavábanse con feroz ensañamiento. Al fin sintió una respiración de fuego junto a su rostro; la sensación de una lengua de brasa que rozaba sus labios, unas mandíbulas de hielo que destrozaban su cuello, y, por última vez, vió, en un relámpago de agonía, el reflejo horrendo de los ojos de *ella*.

LOS ÍNCUBOS

Como la glaciedad de la niebla, con la lentitud del paso que imponían las hondas cavilaciones infiltrábase en los huesos, miss Hilda Wagner estremecióse, y luego apretó el paso.

Era fea, con una fealdad hecha de esfumados y desvahimientos, fealdad, como si dijésemos, *al pastel*. En las mujeres del Norte, la belleza, y, por lo tanto, su antítesis, la fealdad, más que de líneas y colores enteros, están hechas de contornos y medios tonos. Toda esa suave gama de rosa, azul, blanco, oro, plata, conviértese fácilmente en amarillo limón, violeta, verde manzana, cáñamo y plomo. Hilda Wagner era sueca, y en ella habíase dado el fenómeno de manera harto característica, y así, alta, flaca, desgarbada, las piernas de cigüeña, rematadas por dos pies enormes, andaban a zan-

cazos, mientras el cuello de jirafa se inclinaba a un lado y otro. Pero este desgarbo, esta falta de elegancia armónica que se adivinaba bajo el atavío casi varonil de peluda lana gris, no era nada en comparación del desagradable descolorido del rostro, largo como un día sin pan, triste como un anochecer lluvioso. Sobre el fondo citrón apenas podían distinguirse los ojos de un azul tan claro y mate, que parecían de hojalata, ni los labios violados, a no ser cuando se entreabrían para mostrar la dentadura caballuna, desvencijada y negruzca. Y remataba el conjunto una pelambrera de lino, amarillenta y lacia, coronada por un sombrero de cinco francos, adornado de flores hiperbólicas.

Escalaba la visión de aquelarre las alturas de Montmartre, la gran cartera de dibujos debajo del brazo, sin darse cuenta de lo que pasaba a su alrededor, preocupada, como estaba, por el bullir de cosas extraordinarias que poblaban su cerebro, de las más raras y escalofriantes visiones.

Cinco hombres la seguían calle arriba, guardando una distancia prudencial. Hablaban bajo, reían en sordina, y sus gestos tenían precaución convencional, mientras sus pasos de felino deslizábanse sordos, apagado el ruido de las pisadas por las suelas de esparto o goma. Eran los cinco diferentes,

de una misma fauna social, sin embargo, y los cinco perfectos, cada cual en su papel. El uno representaba al *maquereau* francés, ancho, fornido, cuadrado, *costaud*, como dicen ellos, vestido hasta cierto punto de señorito, pero sin cuello ni corbata; la cara redonda y roja, los dientes firmes y blancos, y el pelo, que casi no se veía bajo el hongo negro, muy rubio. El segundo encarnaba el tipo del *apache* de melodrama o de *bar* para uso de extranjeros *snob*, y vestía de circunstancias el pantalón de pana dorada, la faja roja, la chaqueta azul, el pañuelo color sangre al cuello y la gorra de cuadros, que, muy encasquetada, apenas dejaba ver el rostro enjuto, alargado y anguloso, un rostro chupado de vicio, con la boca pálida y golosa y los ojos de ratón. El tercero podía clasificarse como el *bambino* elegante, el *gigolo* prostituído que se encuentra en los tés ambiguos y en los *restaurants* de mala fama, y era demasiado bonito en su cutis blanco y rosa, cuidado como el de una damisela, y sus ojos de felino, verdes y acuosos, todo ello realzado por la indumentaria atrozmente exagerada. Más antipático, el cuarto era ese tipejo de *crapule*, que vive de las mujeres, y que, con la tez plomiza o amarillenta, los dientes negros, los ojos piranosos y el bigote presuntuoso, inspiran un sentimiento de repulsión.

En cuanto al quinto y último, tenía el tipo del luchador de feria, del *boxeador* de arrabal, muy grande, muy duro, muy fuerte, el pelo rizado, torpe de movimientos, y ostentando sobre la corbata roja y en los gruesos dedos fantásticas joyas de similor.

Montmartre no era ya el pagano paraíso donde todo placer tenía su asiento y toda alegría su habitación. Las calles, desiertas; los cafés y *restaurants*, obscuros y cerrados; no circulaban casi coches ni automóviles, y por doquiera reinaba un gran silencio, así que los cinco sospechosos personajes podían seguir impunemente a la dama que, por otra parte, hubiese pasado debajo de un zepelín arrojando bombas sin darse cuenta.

¡Darse cuenta! ¿Y cómo, si su cerebro, nunca muy bien equilibrado, hallábase poblado en aquel momento de las más extrañas y perturbadoras visiones? Venía del estudio de Palmirin-Mahomet-Omar, el raro poeta que se decía descendiente de Nabucodonosor e investido de no sé qué extraordinario sacerdocio que le permitía estar en constante contacto con misteriosas potencias de ultratumba. Y, si siempre el estudio, colgado de paños de terciopelo negro y azul, estelados de raros signos zodiacales de plata y amueblado por raras alimañas de piedra y bronce ofrecía inquietante aspecto, aquella

noche, y mientras a la luz de una lámpara de ágata el príncipe Palmirin desenvolvía la peregrina teoría de los súcubos y los íncubos, miss Hilda Wagner había sentido frío, un frío atroz que le helaba los huesos y le hacía entrechocar los dientes.

Palmirin-Mahomet-Omar había expuesto sus ideas. «El mundo era como un raro jardín convencional, como uno de esos jardines que se ven en algunas láminas de cuentos infantiles y que revisten arbitrarios contornos. Después de morir no cambiamos de escenario, sino que simplemente cambia la luz y el punto de visión. Nuestro *yo* queda vagando, y reemprende en el mismo mundo una nueva vida distinta en que, sin embargo, algunas veces sobreviven vagos deseos no satisfechos. Por regla general, en la nueva existencia los espíritus se bastan los unos a los otros, pero algunas veces conservan un amor o un deseo, y por eso no es raro que un íncubo posea a una mujer en sueños sin que ella note sino una sensación viscosa de frío, dándose el caso de que algunas veces ese raro coito produzca frutos.»

Había seguido una larga disertación sobre los súcubos, los íncubos y los vampiros, y mientras la mayoría de los oyentes, gentes muy frívolas para quienes aquello constituía un *chic* más, escuchaban sonrientes, la sueca temblaba de emoción.

Ahora, camino de su morada abstraída de todo lo que no fuese su pensamiento, sentía que algo más fuerte que ella arrebatábale al mundo quimérico de todos aquellos engendros, y sus carnes estremecíanse al contacto de enormes larvas y veía poblarse la noche de toda clase de formas absurdas y escalofriantes.

Al fin detúvose ante la puerta de una casa de modesta apariencia, y abrió. El portal, más que portal, era un pasadizo lóbrego, húmedo y triste. Pero Hilda, familiarizada con él, ni aun necesitó luz, sino que, dentro ya, dispúsose a cerrar la puerta. ¡Imposible! La cerradura debía estar descompuesta, o, por mejor decir, debió descomponerse al sacar ella la llave para colocarla por la parte de dentro, por cuanto ahora, pese a todos sus esfuerzos, la llave negábase a jirar. Ante el imprevisto obstáculo vaciló un momento. ¿Qué hacer? Ocurriósele la idea de avisar en el restaurant o taberna contigua, y salió a la calle, dejando la puerta abierta. Entonces los cinco hombres se deslizaron dentro y desaparecieron en las lobregueces de la escalera, de modo que cuando volvió nada notó, si no fué asombrarse de que la llave, un momento antes rebelde, funcionáse ahora a la perfección.

Valerosamente emprendió el ascenso por la escalera empinada y lóbrega, que así,

alumbrada tan sólo por un alto ventanillo, tenía el aspecto de esas sombrías escaleras que suben a la torre maldita en los dramas de Maeterlink. Al fin, jadeante, llegó a las guardillas y abrió la puerta del estudio que le servía de habitación.

Encendió una vela; a su luz temblorosa las sombras de misterio se refugiaron, con silenciosos brincos en los rincones, y la habitación apareció en su esotérico decorado de templo de nigromancia. Era el estudio muy grande y muy alto de techo; tenía los muros enyesados, cubiertos a trechos por trozos de viejas estofas historiadas de monstruos y de signos mágicos; del techo pendían raros avechuchos disecados, y en un rincón, un esqueleto obsceno y cínico se retorcía. Sobre la gran mesa, como en la de los santos heremitas de la Tebaida, veíase la burla de una calavera; en un rincón semioculto por unos cortinajes, un diván que servía de lecho; en el muro de enfrente una gran vidriera, sobre la que caían dos cortinas de lienzo blanco, con filetes de paño negro.

Hilda Wagner depositó su cartera sobre la mesa, y distraídamente, comenzó a hojear los dibujos. Eran cosas monstruosas y absurdas, delirios de una imaginación enferma, acechada por todas las aberraciones. Mujeres con rostros de animales, con senos

enormes y vientres rasgados por abominables grietas, que dejaban ver fetos repugnantes; hombres de fragilidad femenina y órganos de un desarrollo elefantiásico; coitos odiosos, en que unos seres híbridos se debatían en horripilantes espasmos; rameras hinchadas, que en vez de pezones tenían cabezas de sierpe, y en vez de órgano sexual un enorme pulpo; cortesanas escuálidas, con labios de vampiro y patas de araña... Y todo esto sobre un fondo de pesadilla, en los laberintos de quiméricas fortalezas, en que las puertas semejaban bocas y las ventanas ojos humanos, o en bosques, en que los árboles se tendían como garras, mientras la luna no era más que la cabeza enorme de un saltamontes.

Ante su obra, sonrió. ¡Estaba muy bien! Después, tuvo un gesto de desaliento. Y, sin embargo, ¡nadie, nadie le hacía justicia! ¡Todo el día recorriendo periódicos! Sólo en aquel *Akademos*, de dudosa fama, habíanle tomado un dibujo, y para eso... Buscó el precio en su bolsillo de mano y sacó un puñado de monedas. Una de ellas cayó al suelo, rebotando en los ladrillos, con argentino tintineo. Entonces, mientras ella se inclinaba a recogerla, entre las cortinas, tras de la vidriera, relucieron unos ojos.

***

No estaba dormida. Tendida en el diván, su imaginación trabajaba. Hilda veía poblarse la noche de criaturas inclasificables. Primero eran nubes, masas algodonosas que llenaban el estudio; después las masas, aunque informes aún, iban destacándose y convirtiéndose en enormes larvas viscosas, húmedas, glutinosas, que ondulaban pesadamente; tras de las larvas surgían inmundas alimañas, grandes murciélagos, sierpes volantes, bichos que se arrastraban, escalaban los muros, y en la sombra de los rincones se convertían en fetos repulsivos, en animalejos ágiles, como los demonios que tentaban a los Padres del desierto. Súbitamente, miss Hilda, en ese estado que no se sabe si es sueño o vigilia, sintió que algo extraordinario pasaba a su lado, y tuvo la adivinación de que era él. ¡El íncubo!

En su larga vida de virgen fea y pobre no había gustado nunca del amor. Todos sus recuerdos sentimentales reducíanse a Karl, aquel estudiante que fuera su compañero de hospedaje durante dos años. A decir verdad no había tenido amores con él; ella habíalo amado con una ternura humilde y abnegada, con una dulzura apasionada, con locas ansias de sacrificio. El, como todos los niños mimados que se sienten muy queridos, martirizábala, haciéndola una esclava; pero su crueldad no servía sino para que le ado-

rase más. ¡Con qué tierna abnegación servíale a él y a sus cuatro amigos. Los cinco eran crueles; burlábanse de ella, gastábanle groseras bromas; pero Hilda era feliz viéndolos reir. Aun ahora mismo, que habian pasado muchos años, acordábase de todo aquello con gran enternecimiento.

De pronto sintió que el íncubo estaba allí, y que el íncubo ¡oh, maravilla!, era Karl. Fué una sensación de frío atroz, un dolor que le desgarraba las entrañas, un espasmo que no sabía si era de goce o de sufrimiento, y después, nada... porque el íncubo volvió a sumirse en las tinieblas. Pero súbitamente surgió otro: ¡Fritz! ¡Ah, qué bien le recordaba con su cara rubia de chiquillo, su gorrilla azul y su pipa! La misma sensación otra vez, y otra vez la visión de misterio al misterio volvió. Después vino Pepe el español y Gino el italiano, y Kiazim el egipcio... Luego, nada; es decir, sí, una oscuridad pesada y lenta, una fatiga atroz que le hizo dormir horas y horas.

***

Costóle mucho trabajo despertar del sueño, que, como una losa de plomo, la oprimía, y cuando al fin, en el torrente de sol que penetraba por las ventanas sacudió la modorra, sintióse dolorida, deshecha. Tenía la ca-

beza aturdida, los párpados pesados, la boca pastosa, y al intentar moverse, un dolor atroz la atenazó los riñones. ¡Los íncubos! ¡Todo su raro sueño de la noche anterior verdad! Pero la luz del día es menos propicia a fantasmagorías que las tinieblas nocharniegas, y una inquietud, una confusa sospecha atormentóla. Paseó entonces una mirada por el cuarto y con asombro vió los muebles en desorden, los armarios descerrajados, las ropas tiradas en el suelo.

Trabajosamente alzóse del lecho, y llena de afán fué de un lado a otro: ¡La habían robado! En la gran vidriera veíanse dos cristales rotos, y en el desorden del estudio faltaban todos los objetos de valor. ¡Y miss Hilda Wagner comprendió entonces que la necromántica tragedia convertíase en una vulgar aventura de apaches! Y rompió a llorar.

CÓMO SE SUICIDÓ ÁLVARO

¡Si se pudiese hacer la autopsia de las almas como se hace la autopsia de los cuerpos! ¡Qué extrañas historias llegaríamos a saber! ¡En cuántas agonías, que habíamos creído bañadas en beatífica paz, aparecería la misteriosa tragedia de un gesto, de una palabra cruel, de una mirada rapaz o simplemente impaciente, que bastaron a acibarar con atroces inquietudes, con inconscientes temores o simplemente con amarguras de desengaño, los últimos momentos de una vida!... Y todo eso sin contar los dramas reales que la muerte piadosamente ha ocultado, los crímenes secretos que quedarán para siempre sin castigo... El misterioso suicidio de Alvaro Navarro, por ejemplo...

A la evocación de la obscura catástrofe, los dos oyentes de Gaspar Vallares, el novelista obsesionado de misterio, se incorpora-

ron llenos de apasionada curiosidad. Eran Lola Estefani, ambigua, como un archiduque Fernando de Austria, de Velázquez, en su atavío de ante gris, su gran cuello de Irlanda y su minúsculo birrete ceniza, rematado por roja pluma de faisán, atavío que rimaba a maravilla con el cuerpo andrógino y la cara chupada, color cirio, toda ojos—ojos tristes y maravillosos que el ensueño velaba y el vicio cernía de livores—y boca; y Géo Atienza, el pintor de las *Noches fervorosas*. Estaban en el despacho de Gaspar Vallares. Para huir de la tarde lluviosa y plomiza, habían cerrado persianas y corrido cortinas, y en la semipenumbra que no bastaba a disipar el farol de seda amarilla, roja y gris, todas las cosas tomaban apariencias de misterio. Los artesones de ébano del techo, esculpido de raros monstruos, los altos zócalos, de ébano también, en que peregrina fauna de marfil y nácar retorcíase en absurdas contorsiones, la seda azul-noche, ondulada de alimañas de plata, los muebles muy bajos, tallados en negras maderas y cargados de cojines recamados de metálicos reflejos, daban a la estancia el aspecto de una cámara mortuoria. En altos pebeteros de bronce, sostenidos por quiméricas bestias, se quemaban perfumes, y sobre las mesitas orientales, en viejos recipientes incrustados de pedrerías, estaban las confituras

venenosas que con el sueño dan la ilusión y a veces la muerte. En un sofá, que era como un grifo de abiertas fauces y garras rampantes, Lola Estefaní fumaba *kedives;* a sus pies, sobre un almohadón, Géo, con su aspecto de bestezuela familiar, acariciábale distraídamente una mano, mientras que Gaspar, tendido sobre un diván, aparecía roto, tronchado, desarticulado, como un muñeco de trapo a quien hubiesen quitado los resortes, dejándole tan sólo el rostro y las manos de cera. ¡Ah, el horror de aquella cara pálida, cadavérica, demacrada en las mejillas, en que sólo vivía la boca ferozmente roja—una boca de vampiro—y los ojos grises, fríos, inmóviles, iluminados de azul. Una cabellera de azabache, tan prieta y lisa, que daba la sensación de esos gorros con que en los lazaretos cubren las llagas de los que padecen enfermedades bíblicas, completaba el inquieto repulsivo de la figura. Y como si esto fuese poco, las manos, unas manos que, al estrecharlas, estremecían de frío, yacían trágicas, retorcidas, manchadas por el reflejo de los ópalos.

A las palabras del novelista siguió una breve pausa llena de curiosidad. Al fin, Lola no pudo callar más, y habló a su vez:

—¡Pobre Alvaro! De todas las historias de estos últimos años, la suya es la que más me

ha impresionado. Parecía el hombre más feliz del mundo; todo le sonreía; rico, guapo, joven, con una mujer que le adoraba y a quien adoraba él... Y, sin embargo, de la noche a la mañana, aquel extraño suicidio. ¡Y qué suicidio!... Te aseguro que mil veces he pensado en el *por qué*.

Gaspar se incorporó. Dió unas chupadas a la pipa de opio, envió el humo de la droga a perderse en el aire, que olía a éter, a ámbar y rosas marchitas, y con voz fría, impersonal, lenta, descubrió la clave de la aventura siniestra.

—Yo tenía amores con Lilí Navarro...

Con un dejo de escepticismo, interrumpió Géo:

—¡Pero si adoraba a su marido!...

Sin hacer caso, Vallares continuó:

—Yo era el amante de Lilí Navarro desde antes de casarse con el pobre Alvaro. La había conocido casualmente, un fin de temporada, en un balneario modesto de Galicia. La soledad que reinaba ya allí, el aburrimiento tedioso, monótono, de la vida de establecimiento, facilitaron una amistad en cualquier otro punto imposible... ¿Recuerdan ustedes a Lilí? Era menuda, frágil, alocada de gestos en que, sin embargo, había algunas veces como una pausa de serenidad extraña, algo así como si observara reconcentrada en sí misma. Tenía las facciones

finas y menudas, la piel de una albura aterciopelada de camelia, la boca roja y sensual, y los ojos... Las gentes superficiales pretendían que eran ojos candorosos, claros, ingenuos; pero yo, que he buscado muchas veces inútilmente su fondo, puedo asegurarles a ustedes que no. Efectivamente, aquellos ojos no tenían la dorada limpidez de los topacios, no eran dos cristales brillantes y transparentes; eran, sí, infinitamente luminosos, pero hacíase imposible leer en ellos; la comparación que me parece más exacta es la de dos bolas de ámbar amarillo, o, mejor, dos globos, raras gemmas que lucieran intensamente con misteriosa luz, pero que, mirándolas con atención, fuesen opacas, impenetrables. Y rematando aquella figura deliciosa y turbadora, una cabellera roja y rizada, una llamarada de cobre que era inútil alisar ni dominar.

Lola rió irónica.

—El retrato está bien; un poco favorecido...

—Pues espiritualmente — prosiguió Gaspar—era aún más interesante. Al principio, y ante la expectación imbécil de las gentes que miran a los artistas como a bichos extraños a quienes un cazador audaz hubiese hecho prisioneros para exhibirlos, hablamos de cosas banales; pero una noche que vagábamos a la luz de la luna por el jardín, sú-

bitamente, sin preparación alguna, la muñeca roja me hizo una pregunta extraña: «¿Qué piensa usted del amor y de la muerte?»

Lola volvió a interrumpir:

—Me parece trivial. Es una pregunta de muchachita pedante contaminada de literatura.

El novelista aceptó la interrupción:

—También lo pensé yo así en el primer momento; pero al mirarla, vi que sus ojos ardían en fiebre y que todo su rostro se contraía en demacración de sufrimiento. Además, aquellas palabras fueron como un punto de partida. Desde entonces, febril, estremecida de no sé qué misteriosos anhelos, me habló de cosas ambiguas, obscuras, extrañas. Y siempre el amor y la muerte iban juntos; siempre en los jardines encantados de la pasión florecían las monstruosas plantas de podredumbre... Volvimos a Madrid; nuestra amistad oficial, digámoslo así, acabó, pero siguió viéndome; mezclóse en mi obra, puso reflejos de fuego fatuo en las páginas de mis libros, rosas de tisis en las mejillas de mis heroínas, ensució con fango el alma de mis héroes...

Géo echóse a reir.

—¡Menos mal que has encontrado ya a quien endosarle tus abominaciones!

Esta vez Vallares no hizo caso. Apasionado en su relato, continuó:

—Yo la quería y la odiaba. Había llegado a ser una obsesión para mí y no podía pasarme sin ella, cuando un día... Entró como siempre, alegre, frívola, sonriente, y como la cosa más natural del mundo, me dijo: «¿Sabes que me caso?» Quise protestar, quise oponerme; pero ella, serena, glacial, calculadora, me habló de sus intereses, de las complicaciones de la vida, de las necesidades modernas, de la fortuna de Alvaro... Total, que no encontré ni un reproche, ni una protesta, ni una queja, y acepté el papel de amante misterioso que ella me asignaba... Y llegamos a la tragedia.

Hizo un alto en su narración. Ya no aparecía roto, fofo como un pelele, sino que incorporado hablaba con exaltación, mientras el sudor perlaba su frente. Los otros dos incorporados también le escuchaban con creciente interés. Al fin, prosiguió:

—Después de su boda, Lilí continuó viéndome con frecuencia. No quería que yo concurriese a sociedad, no quería que hiciese esa vida de artista mundano que, según ella, era ridícula, y encerrado en mi estudio, entre mis libros, llevaba una existencia de benedictino, pero de benedictino poseído por el Malo. Lilí llegaba siempre arbitraria, incongruente; reía, jugaba, hablaba, hablaba mezclando cosas absurdas con ideas llenas de sensatez, y por fin se iba dejándome in-

quieto, turbado por ese presentimiento de algo que no podía adivinar lo que era. Y un día, con espanto, supe que Alvaro se había matado. ¿Por qué? ¿Cómo?... No podía ni sospechar las razones de la obscura tragedia. De la viuda no tenía noticia ninguna; ella no daba señales de vida, y yo, por mi parte, no me atrevía a escribirle ni a intentar una visita por temor a comprometerla. Pasó un mes, dos, tres, y al fin, inopinadamente, surgió ante mí. Era la misma de siempre: risueña, alocada, baladí, pero dando sin saberse cómo la impresión de esos estanques cubiertos de líquen y adelfas que parecen poco hondos y que, sin embargo, en su profundidad guardan el secreto de la muerte. Y en una hora de abandono, tal vez por esa necesidad que sienten los criminales de contar su crimen, tuve la clave atroz del drama.

Gaspar Vallares hizo otro alto en su narración. Después, en voz baja, contó el tenebroso secreto:

—Fué una narración incoherente, entremezclada de lágrimas, de risas y de mimos: una confesión en que hubo de espeluznante y de grotesco. Estaban los dos en el salón de la nueva casa que acababan de hacerse construir. El tapicero había dejado los muebles aquella mañana allí; tan sólo faltaba la araña de bronce y cristal—admirable objeto del siglo XVIII encontrado por Alberto en un

anticuario—que vendría a colocar por la tarde. Del gancho, clavado en el techo, pendía la cuerda con un nudo corredizo que serviría para izarla luego, y bajo la cuerda veíase una escalera de mano. Los dos esposos hablaban. Ustedes recordarán a Alvaro: era un muchacho de fisonomía abierta, simpática, franca y leal. Tenía el tipo aniñado, los gestos un poco bruscos y demasiado amplios y los ojos profundos, transparentes, de mirar sereno y afectuoso. Súbitamente, con aquella falta de continuidad característica en él, interrumpió los comentarios de arte decorativo y los proyectos de alhajado de su morada para decir a Lilí: «¿Sabes?, he hecho ayer testamento a tu favor. Te nombro mi heredera universal.» Ella saltó sobre sus rodillas, y acariciadora, felina, murmuró: «¡Qué cosas tienes, chiquillo!» Continuaron charlando de asuntos sin importancia; súbitamente él retornó a su idea: «Lo he hecho porque hay que estar preparados siempre. Con la rapidez de la vida moderna nadie sabe... Los autos, un tren, un naufragio... ¡Qué digo!... ¡Cualquier accidente casual!... ¡Pero si la muerte nos acecha en todas partes!» E impensadamente, reparando en la cuerda que pendía del techo, entre bromas y veras, afirmó: «Mira, ¿ves esa misma cuerda? ¡Pues puede ser la muerte!» Habíase encaramado en la escalera y, pasándose el

nudo corredizo en torno al cuello, afirmó: «Así, del modo más pueril, jugando o realizando cualquier trabajillo casero, puede llegar...» En los ojos de la dama chisporroteó una llamita dorada como un reflejo de incendio, mientras murmuraba: «¡Por Dios, no juegues!...» Y de improviso tuvo un salto de felino y de un puntapié derribó la escalera. El cuerpo de Alvaro se columpió en el aire; pero tras bracear un poco sus manos alcanzaron el cable, mientras en los espasmos de la agonía murmuraba: «¡Lili! ¡Lilí!» Tal vez iba a salvarse cuando Lili, cruel, implacable, colgóse de sus piernas. Trató él, en un esfuerzo supremo, de librarse de su verdugo, y una de las manos crispadas hundióse en la cabellera de fuego. Pero ella no soltó hasta sentir que el cuerpo pendía inerte. Entonces, fríamente, acercóse a él, y arrancó a los dedos el mechón de pelo que guardaban acusadores. Después fué a la puerta, miróle para cerciorarse de que estaba bien muerto, y como viera el rostro amoratado y la lengua negra asomando entre los labios, arrojóse al suelo y comenzó a plañir su horror y su duelo.

Ni Lola ni Géo hablaban. Gaspar prosiguió:

—Todo esto me lo contaba mezclando la narración con observaciones burlescas o con preguntas de mujercita mimada sobre su be-

lleza o sobre su atavío, como si siguiésemos una divagación de salón. Atraído por malsana curiosidad quise saber mi papel en la tragedia. «¿Y yo?» Miróme irónica, casi burlona, y, sonriendo cruel, me lapidó con una frase feroz: «¡Tú! ¡Bah, eres un muñeco!... ¡Pero ten cuidado; yo soy como las chiquillas mal educadas: necesito romper todos mis muñecos!»

EL HIPNOTIZADOR

Pía Atienza, muy pueril, a pesar de sus veintisiete años, en las pomposas muselinas blancas de su traje *a lo Winterhalter,* un Winterhalter, convencional adaptación de la vieja moda a 1915, echóse a reir, y con desgarro de chulona que no rimaba bien con lo demás, murmuró:

—¡Qué mamarracho!

Había que confesar que estaba muy mona así, muy graciosa, y que la berta de encajes blancos, la amplia y corta saya, y, sobre todo, la pamela de paja de Italia enguirnaldada de rosas enanas y colgada de cintas de terciopelo negro iban muy bien al rostro de fino óvalo, a las azules pupilas soñadoras, y al pelo de un rubio miel.

Frente a ella, Chuchita Cienfuegos (demasiadas plumas, demasiadas puntillas, demasiadas joyas), ostentaba el crepúsculo mara-

villoso de una belleza de hipérbole, una de esas bellezas cubanas, que son pasmo y asombro, pero que presto se marchitan. Y dándoles guardia, en vez de caballero, Claudio Hernández de las Torres, conde de Medina la Vieja, con su aire inquietante de personaje de ultratumba, un verdadero héroe de cuento de Hoffman.

Hacía ocho días que abandonando el *bridge*, las tertulias mundanas y hasta las escapatorias sospechosas, acudían todas las noches al Circo. Las gentes acostumbradas a las extravagancias del trío, comenzaban, sin embargo, a hacer comentarios a tal asiduidad, y mientras unos (los más) creían en un *flirt* de Pía, con el domador de caballos en libertad, otros atribuían la constancia a cierta nostálgica evocación de su tierra que ante las cotorras amaestradas hacía Chuchita, y algunos a un malsano anhelo de Claudio por una catástrofe que la loca osadía de Willy Frank, el funámbulo, hacía temer.

Todos estaban equivocados, pues en realidad, lo que les ataba noche tras noche allí, era el Long Tchang Mao, el hipnotizador chino.

Era el tal un hombre misterioso, de quien se contaban las cosas más extrañas y turbadoras. Decíasele dotado de no sé qué enigmático poder de sugestión que, junto a los

secretos traídos de Oriente, hacíale para todas irresistible. Los periódicos y revistas, enamorados de lo exótico del tipo, contribuían a fomentar la leyenda, y llenaban todos los días sus columnas con la descripción de casos extraños y aventuras extraordinarias en que mezclaban gentes conocidas en el mundo de las artes, la aristocracia y la política.

Pequeñito, menudo, vivaracho, la cabeza puntiaguda y afeitada, de que pendía negrísima trenza, destacábase seca y angulosa como la de una momía. Sus facciones eran insignificantes, sus ojos oblícuos y sus labios finos y pálidos. Tenía la color amarillenta, y los gestos... ¡Ah, el sortilegio de aquellos gestos rotundos y firmes en que había una extraña seguridad en sí mismo! Vestido siempre de ricas estofas, cubiertas de fastuosos bordados, representando flores y bichos de floras y faunas desconocidas, envuelto en no sé qué lejano prestigio, jamás perdía la serenidad parsimoniosa, aquella a modo de bárbara euritmia de sacerdote primitivo que ponía en sus experimentos. Era indudable que toda su persona emanaba un cabalístico encanto, un prestigio que fascinaba a la multitud.

Sus experimentos eran sencillos. Nada de necromancias, nada de juegos de prestidigitación, ni menos de esas falsas catalepsia

de los fakires; lo suyo era más moderno, ultramoderno, era lisa y llanamente los misterios del hipnotismo, la sugestión y la telepatía.

Pero en estas aplicaciones de la ciencia actual ponía algo de escalofriante, algo de profundo y tenebroso, algo que venía de las viejas liturgias del Oriente. Sobre la ciencia moderna triunfaba el Dragón Azul.

Las gentes *bien* habían ido por mera curiosidad a ver el espectáculo una vez o dos; pero el populacho, entusiasmado, fascinado, prisionero del arcano, agolpábase todas las noches a las puertas del Circo, y reía, gritaba, aplaudía, temblaba o seguía anhelante las experiencias.

Eran éstas siempre las mismas. Tras algunas explicaciones por conducto del intérprete, invitaba al público a tomar parte en el espectáculo. Salían unos y otros, y tras la prueba preliminar en que la mayoría quedaban eliminados, procedía a hipnotizar a los que restaban. Y aquellos hombres, en sus manos, convertíanse en inconscientes monigotes que él manejaba a su antojo, haciéndoles revolcarse por los suelos, llorar o reir, cantar, gritar y hacer multitud de ridículos aspavientos que alegraban a la multitud.

La primera noche que Pía Atienza y Chuchita Cienfuegos asistieron al espectáculo,

quedaron encantadas. ¡Qué cosa tan interesante! ¡Qué apasionante! Y sus nervios de *blasés* se estremecían ante el misterioso problema. Chuchita veíase ya, perdido el albedrío, convertida en una marioneta (una marioneta muy *chic,* claro está) en manos de cualquier aventurero. En cuanto a la Atienza, no pegó los ojos en toda la noche, estremecida por el recuerdo de escalofriantes leyendas de hechicería. La presencia del conde de Medina la Vieja, enamorado de macabras historias de ultratumba empeoró la cosa, y cuando amaneció el segundo día, los tres estaban decididos a volver. Y así fué. Desde aquella noche, Pía, Chuchita y Claudio, atalayados en el palco, siguieron con atención profunda las equívocas maniobras del chino.

Las dos primeras veces que asistieron fueron de curiosidad inquieta, en que las narraciones de Medina la Vieja sazonaron con una nota fuerte las impresiones. Misteriosos dramas de telepatía, gentes que vivían una doble vida en sueños; ignoradas influencias que empujaban a cometer espantables crímenes; la historia del hombre que, muerto hipnotizado, permaneció meses y meses en una serenidad de sueño, hasta que al romperse el encanto descompúsose rápidamente hasta quedar convertido en un montón de polvo, fueron desfilando.

Al tercer día, Pía hizo una observación interesante:

—¡Pues no somos nosotros solos los apasionados!... Mirar: aquel viejecito sale todas las noches a la pista.

Se fijaron, y al día siguiente pudieron comprobar que no era tampoco aquel solo, sino otro y otro. Ya sobre la ruta de los descubrimientos, cerciorároнse de que todos los días, con ligerísimas variantes, eran los mismos, los mismos los que se reían, los que gritaban, cantaban, rascábanse o permanecían en posturas absurdas. Salir, salían muchos; pero el hipnotizador los iba rechazando con capciosos pretextos, y quedaban *los de siempre*. Entonces aleteó en sus labios la palabra *truco*.

—¡Lo que puede una peseta!—había murmurado Chuchita.

Y desde aquel momento, lo que fué atención apasionada, convirtióse en rabiosa ironía. Un sordo rencor contra el mixtificador que así habíales ido embaucando, alzóse en su espíritu y pronto cristalizó en una idea de venganza. Por eso estaban allí los tres, un poco inquietos, con esa nerviosidad que precede a los grandes acontecimientos.

Long Tchang Mao hizo la habitual invitación al público y comenzaron a descender al redondel multitud de gentes de varios pelajes. Dominaban los hombres del pueblo, al-

bañiles o mecánicos, sucios y desarrapados. Mezclados con ellos algún señorito de la clase media, de traza oficinesca, o algún cándido provinciano que, cohibido, asustado, creyendo prestarse a diabólicas prácticas, se ofrecía tímido.

Súbitamente, hubo un movimiento de expectación.

El conde de Medina la Vieja habíase puesto en pie en el palco y se ofrecía:

—¡Yo!

Todo el público miraba allí entre curioso, burlón y satisfecho. Claudio, como si se hallase en un salón, cruzaba el Circo pausadamente, sin dar la menor muestra de cortedad o azoramiento. Pronto llegó junto al chino y saludóle con naturalidad perfecta. Realmente, el artista parecía más turbado que él, y sus menores gestos denunciaban el deseo de acabar.

Las gentes, muy interesadas, seguían la maniobra. Curiosas, irónicas, contemplaban a aquel tipo, alto, flaco y pálido, con rotos gestos de muñeco, envuelto en la suntuosa y afectada elegancia que contrastaba violentamente con la pobreza de atavío de sus compañeros de experimento. ¡Era bastante antipático el tal señorito! Y junto con la repulsión que les inspiraba, sentían malévolos deseos de algo que le vejase, le pusiese en ridículo ante sus ojos. ¡Sí que se iban a reir

cuando le viesen revolcarse por los suelos, desnudarse, gritar!...

El a su vez mirábales desdeñosamente, como si no existiesen, y el lance tuviera lugar tan sólo para sus amigas del palco.

Empezó el experimento. El operador fué durmiendo uno por uno a sus habituales clientes, dejándoles en las posturas más absurdas e incoherentes.

Al fin llegó ante el conde, e inició los pases transversales, mirándole fijamente a los ojos.

Así pasaron dos minutos; al fin, Claudio habló en voz alta:

—¡No siento nada!

Long Tchang Mao volvió a comenzar. Y pasaron otros dos minutos. Medina la Vieja, repitió:

—¡No siento nada!

Entonces, cortado, aturdidísimo, el fascinador intentó zafarse y habló con el intérprete. Éste explicó:

—Dice que no es usted un buen sujeto hipnótico.

Claudio echóse a reir. Con mordacidad cruel, afirmó:

—Ninguno de nosotros lo es. ¡Porque estos señores están tan despiertos como yo!

Uno de los aludidos, inconscientemente, se incorporó, dándole así la razón.

Entonces desencadenóse un huracán de gritos, de imprecaciones, de silbidos, de in-

sultos. El público, furioso, puesto en pie, apostrofaba, amenazaba, aullaba. Y sus iras desencadenadas iban, no contra el artista mixtificador, que todas las noches les mentía prodigios, sino contra él, contra el osado que profanaba el templo, rasgando el velo de Isis.

Y mientras Claudio Hernández de las Torres y sus amigas partían entre la grosera chacota de las gentes, el chino triunfaba, pues que había hipnotizado a todo un público, mostrando a su alma de salvaje un rinconcito del Misterio.

EL ALMA DE LA POMPADOUR

El *boudoir* era deliciosamente banal. Sedas color de plomo vagamente florecidas de rosas de cobre; muebles de maquetería y desvahídos terciopelos de Utrech; un viejo biombo chino historiado de pálidos ibis apenas teñidos de rosa, y frágiles vidrios de Venecia con misteriosas flores de inquietud. Y muy moderna, muy audaz, una minúscula biblioteca giratoria de caoba con libros de Lorrain, de Rachilde, de Essebac, de Henri de Regnier y de Nonce Casanova.

Sobre aquel fondo, que lo mismo podía ser el despacho de un artista tocado de decadentismo, que el camarín de una hetaira sabía, que el cuarto de estudio de una nena precoz, destacábanse a maravilla las figuras atrabiliarias y turbadoras. *Bambino,* él, tenía el aire petulante, marcial y ambiguo. Con, en vez del pijama azul y blanco, una

vaporosa túnica, en la mano la espada ígnea y sobre la frente la flámula de fuego, hubiese sido el Arcángel Anunciador que pintara Fra Angélico. Ella, Sol, los cabellos recortados como los de un paje florentino; la carita exangúe y pálida devorada por los ojos muy grandes, muy tristes, rodeados de ojeras azules, la indumentaria de colegiala y los gestos un poco incoherentes y otro poco voluptuosos, tenía el no se qué equívoco y enfermizo de esos nenes que tropezamos en algunas calles de Roma y en algunos *bars* de París.

En el tibio guateado del saloncito, estremecidos sus nervios por el horror de la nieve que fuera caía silenciosamente, hablaban los dos primos. Su conversar era descompuesto, nervioso, con súbitas sartas de confidencias hiperbólicas y absurdas, y bruscas pausas, con temblores irrazonados y secas paradas, en que la nena se limpiaba lágrimas que llenaban sus ojos sin saber por qué, y a *Bambino* se le ocurrían muchas, muchas cosas que no encontraba forma de expresar. Junto a ellos, lasciva, mimosa y cruel, Favorita, la angora gris de Sol, se afilaba las uñas en un almohadón de terciopelo negro.

—No, no es cosa de novela. El espiritismo es muy serio. Yo sé cosas...

—¿Tú crees?... ¿Crees?—interrogó la chiquilla con los ojos muy abiertos y una cris-

pación de angustia en los labios pálidos y carnosos.

Había vuelto o hojear, en el tedio de la tarde invernal, *El Collar de la Reina*. Aquel libro les apasionaba más que las enfermizas novelas modernas. En él estaban todas las inquietudes, y no había esas obscuras estigias que es preciso haber pasado en la barca del pecado, y ante las cuales su perversidad ingenua se detenía como ante una interrogación misteriosa.

—¿Tú crees?... ¿Crees?...

—Sí, sí—afirmó resuelto—. Los muertos vienen y nos dan el secreto de sus vidas pasadas, todos los secretos, ¡todos!...

Pareció soñar Sol:

—¡Yo quisiese ser espiritista! Yo quisiese hablar con, con... Por ejemplo, con la Pompadour. Quisiese que ella me dijese el secreto de lo que fué, el secreto de lo que gozó y sufrió, el secreto de cómo fué así, de cómo pudo hacerse amar...

Mientras hablaba, la chiquilla parecía soñar en voz alta. Sus ojos se hacían lejanos; sus labios se contraían, y en su carita alargada había una atención intensa. *Bambino,* sin darse cuenta, habíase aproximado a ella; su brazo había ido cercando el talle, liviano como el tallo de una flor, y sus labios audaces buscaban los labios de cera de su prima. Ella se dejaba ir; la melena florenti-

na se alborotaba sobre el hombro del arcángel y los párpados velaban las pupilas punteadas de oro.

—De pronto, un maullido agudo, prolongado, lastimero, hizo a la nena incorporarse sobresaltada. Favorita, en lo alto de la biblioteca, el lomo enarcado, tiesas las orejas y el rabo enhiesto, les miraba con sus redondas pupilas de esmeralda.

—¡Qué susto!—murmuró Sol.

Bambino rió procaz:

—¡Bah! Es el alma de la Pompadour que nos cuenta su secreto.

Y, mientras, en sus marcos barrocos un Narciso y una Safo sonreían enigmáticos.

PRÍNCIPES Y PRINCESAS DE ENSUEÑO Y DE DOLOR

LA INFANTA DE ESPAÑA

HISTORIA DE EMBRUJAMIENTO

I

Giró lentamente, con la mecánica rigidez de una muñeca de cera sobre su pedestal. La inflexibilidad del pomposo guardainfante, rígido, con la rigidez del manto de una Virgen, las arcaicas Vírgenes españolas, Nuestra Señora de Atocha, de Covadonga o de Monserrat, aumentaba el finchado acartonamiento de la figura, y, toda ella, respiraba el encanto mustio, un poco doliente y un poco inquietante, de esas suntuosas muñecas que descubrimos algunas veces abandonadas en el fondo húmedo y sombrío de viejo tenducho de chamarilero o en monjil convento, perdido en algún lugarón, antaño residencia de una Reina loca de amor o de un pobre Príncipe enfermo de hechicerías. Realmente, la Infanta Margarita De-

seada, tenía, con su rostro exangüe, marfileño y traslúcido, sus labios pálidos y sus ojos azules, que en su casi incolora transparencia de ópalo parecían grises, a que los párpados caídos y las pestañas de puro rubias invisibles, daban una mirada de tristeza infinita, la apariencia irreal de cerúlea imagen. Cabellos de seda, lacios y desvaídos, de un tono rubio miel tan claro, que tenía reflejos de plata, encuadraban el rostro más albo y traslúcido aún junto a la pluma carmesí que, pendiente de rico joyel de diamantes, descendía con los largos rizos. Sus gestos eran nobles, pausados, con misterioso ritmo de ultratumba, y hacíales más lentos y parsimónicos, en su grave nobleza, el guardainfante de rojo brocado, florecido de plata y bordado de aljófares; el picudo corpiño adornado de encajes de Flandes, y las labradas preseas de esmeraldas, rubíes y diamantes. Y las manos... Las manos eran un poema de marfil; eran dos flores de muerte, fragantes y marchitas; manos de Infanta-monja o de contrahecha, esas manos que vemos pintadas en anónimos retratos, y que nos dan la sensación desgarrada y punzadora de una agonía en otoñal jardín; manos cuyos dedos son más pálidos que los pétalos de las albas rosas, que van deshojando mientras cae la tarde; manos de balada, manos que sospechamos tras un velo blanco sosteniendo, enlazadas,

un crucifijo de hueso, en un féretro adivinado tras de la reja claustral, mientras el órgano entona las preces de difuntos.

Era una figura de cera, una pobre Infantita española, estigmatizado el rostro por la penduliforme nariz y el labio colgante de los Austrias, el cuerpo deformado por la rigidez del corsé, y en las manos transparentes la maravilla de un pañuelo de Malinas. En su pobre alma de imagen devota no había ni calor ni alegría, no había más que la yerma tristeza de los campos de Castilla, de los nobles conventos y de los alcázares demasiado grandes y demasiado fríos; si alguna vez una sonrisa asomaba en sus labios descoloridos, era una sonrisa de enferma, que mostraba los dientes amarillos, pero no llegaba nunca hasta los ojos. Vivía aislada en la glaciedad de la Corte, entre el respeto al Rey Nuestro Señor (aún en pañales), enclenque y encanijado (al decir de las gentes, dañado de maleficio), y el temor a la Reina, despótica y áspera, y las gentes graves o aventureras que formaban las camarillas. Rodeábale una Corte de alucinación, integrada por fanáticos frailes; damas más simples y crédulas que avisadas, y contrahechos bufones que, como se ven en los lienzos de la época, jugaban, monstruosos y grotescos, con los lebreles elegantísimos sobre el fondo de los jardines que en vano

trataban de emular la gracia frívola de los que servían de escenario a las libertinas aventuras del Señor Rey de Francia. Un ambiente de devoción supersticiosa, de intransigencia política, en que se mezclaba la religión con las intrigas cortesanas, y de temeroso respeto por las prácticas de maleficios y hechicerías, tan en boga por aquel entonces, pesaba sobre la pobre niña, marchitándola y entenebreciendo su espíritu. Nunca la pueril y sana alegría de sus pocos años encontraba hora propicia a expansionarse, sino que eran, unas veces, la penuria del Tesoro, que impedía atender debidamente a las guerras de Italia y Flandes; otras, el hambre, que asolaba los campos como natural cortejo de tales empresas bélicas; otras, ambiciones y celadas de validos levantiscos, y la mayoría, en fin, historias de endemoniados y poseídos, que la Inquisición acababa con sus autos de fe, los que la obsesionaban.

Ahora mismo, mientras sus ojos tristes parecían contemplar, al través de la ventana abierta en el espesor del enorme muro, la azulada sierra recortándose sobre el cielo, oía las palabras de su camarera mayor, la Duquesa de Montefuerte, que hablaba con el confesor fray Servando de Moncada, de las monjas energúmenas y embrujadas de Infiesto.

Fea, como el pecado; flaca, como imagen del hambre, y agria, como zumo de limón; muy tiesa en su traje de negro terciopelo, acuchillado de raso blanco y adornado con abalorios de azabache, la dama hacía en tono quedo sus observaciones, y escuchaba las palabras que, con fuerte voz, pese al diapasón impuesto por las costumbres cortesanas, exponía los sucesos el religioso. Era el tal recio y enjuto, de rostro avellanado, tomado de esa pátina que la penitencia y la falta de limpieza imprimen. El hábito de la Orden de Santo Domingo hacía aún más duro y sarmentoso el cuerpo del fraile, que recordaba los santos ascetas, y sus gestos tenían la extraña unción que la religión tendiera sobre la brusquedad nativa. Decía el fraile:

—¡Fuego, mi señora Duquesa, fuego es lo que hace falta aquí! Ya se sabe que *sólo el fuego purifica,* y es grande el mal que para nuestra sacrosanta religión traen todas esas empecatadas que posee el *Malo*...

No sé si por que se dieran cuenta que la Infanta les escuchaba, o si porque el hábito cortesano acudiera, apenas alzadas las voces, a poner sordina, es el caso que el ronronear de la conversación hízose confuso y la niña apenas si consiguió oir algunas frases sueltas:

—... la misericordia infinita de Dios... en

la hora suprema del tránsito... el *Enemigo*... la posesión demoníaca... Belcebú... las prácticas que condena nuestra Santa Madre la Iglesia...

No sentía el miedo supersticioso que naturalmente debiera anidar en su alma a las proximidades del misterio. Harto acostumbrada estaba ella a la perenne presencia del *Malo,* y desde muy pequeña habíase familiarizado con los saludables escarmientos que con herejes, brujas, nigromantes, alquimistas y endemoniados realzaba la Santa Inquisición. Ausente, al parecer, atónita, lejana, perdida en no sé qué jardín interior, contemplaba con ojos de sonámbula el paisaje que se ofrecía arbitrario al través de los dobles e imperfectos vidrios del balcón.

Bajo un cielo plomizo, manchado de flotantes nubarrones azules, divisábanse tierras ocres, grises y amarillas, frondas sombrías, y, a sus pies, corriendo por el seco cauce lleno de barbechos, el hilo tenue y quebradizo del río. Era un paisaje áspero y seco como el alma castellana, ascético, y, sin embargo, con un no sé qué de ardor sensual que hacía pensar en la fiebre que devoraba las noches de los penitentes.

La voz acidulada del aya sacó a la regia niña de su abstracción:

—¿Por qué no juega Su Alteza hasta la hora de las Oraciones?

La figura de cera alejóse pausadamente del balcón. Sentía temor, un temor irrazonado y absurdo al espacio que se abría ante ella; la sala, inmensa, de abovedado techo en que un pintor venido de Italia trazara no sé qué profanas escenas de ninfas y faunos, parecíale un lago que se tendía ante sus pasos, un lago sombrío e inmenso, un erebro poblado de misterios. Veíase en la luna verdosa de uno de los enormes espejos como en el fondo del agua, y sentíase pequeñita, pequeñita, llegando apenas al mármol de una de las barrocas consolas que sustentaban monumentales relojes de bronce y grupos o bustos de mármol.

El cuarto había sido decorado a la moda de Versalles, pero faltábale la gracia pagana, frívola y alocada de la corte del Rey Luis. El Madrid tenebroso y torturado de los Austrias era demasiado hostil y demasiado rígido para aquellas amables elegancias, y y así lo que en el alegre palacio francés era como una fontana de fuegos de artificios resolviéndose en oros y colores, en el alcázar matritense tomaba una coloración bituminosa, y lo que allende el Pirineo eran rincones propicios a los galanteos, hacíanse a la sombra del Guadarrama temerosos recodos habitados por trasgos y fantasmas. Brocado amarillo brochado de azul obscuro cubría los muros, en que además de dos ecuestres

retratos veíase otro de una monja de tez exangüe, marfileña, ojos de fuego fatuo y manos de emuleto, y dos lúgubres cuadros de mártires. Zócalo de marmol negro corría bordeando los muros y formando jambas a las macizas puertas de ébano, y a más de los pesados cortinajes, rematados por flecos de borlas de madera, constituían el único adorno cuatro consolas talladas y doradas con tableros de mosaico traídas de París y unas cuantas banquetas, asaz incómodas. Y así, perdidos en la inmensidad del salón, parecían muñequillos, no ya los niños que se agrupaban en torno al principesco obsequio, sino hasta la Camarera y el Fraile, y aun, en un ángulo sombrío, el bufón Juan-Mariano, el *Tonto de Talavera,* que jugaba con *Capitán,* lebrel favorito de la señora Infante.

Era el tal bufón el mas triste, repulsivo y lamentable monstruo que vieran jamás humanos ojos. Patizambo y corcovado, los brazos inacabables, como si en vez de a persona perteneciesen a individuo de raza siemesca; las manos largas, rugosas y huesudas; tenía enorme cabezota bamboleándose sobre el largo y delgadísimo cuello, que amenazaba troncharse en un movimiento más brusco de su dueño. Verdad que el rostro no desmerecía en fealdad del conjunto, pues bajo la pelambre de ásperas crines, asomaba la aviesidad de los ojos vizcos, la brevedad

de la roja nariz, que más era grano o pellizco que tal, y la inexpresión, rayana en la idiotez, de la boca morruda de gruesos labios caídos y dientes puntiagudos y verdosos. Claro que en el severo palacio de los Austrias hasta los bufones habían de ser taciturnos, y así estaban desterrados los atavíos de Polichinela o Arlequín, de moda en la República Veneciana y en Florencia y Pisa, y así, el bueno de don Juan-Mariano vestía negro jubón de terciopelo y negra capa de paño de Segovia con blanco cuello, que le daban el aspecto de procurador, covachelista o alguacilillo. Margarita Deseada sentía por él aversión, rayana en temor, y sucedía que fuera de los momentos en que sus extravagancias hacíanle reir, huíale como al Diablo mismo. Ahora pues, por no tropezar con la mirada luciente de sus ojos extraviados, que le acechaban entre las hirsutas pestañas como lobos carniceros entre las malezas, apresuró el paso hacia el grupo infantil.

Constituía la pila o fontana, regalo del señor Arzobispo Patriarca de Nínive de Oriente y Limosnero Mayor de Su Majestad, la obra más acabada de Orfebrería y Mecánica vista hasta entonces. Integrábala, sobre un pie formado por tres delfines de plata, un recipiente redondo del mismo metal, pero sobredorado e incrustado de jades, lapizlázulis, topacios y ágatas, que servían de pé-

talos a las flores y de ojos a los monstruos que la ilustraban prolijamente. Del agua que lo llenaba surgía alta torre chinesca, con algo de arábiga y algo de indostánica, llena de elegantes arcadas, pirámides y minaretes de los que pendían infinidad de campanillas de oro y plata. Y por el líquido elemento bogaban peces mecánicos, esmaltados de vivos tonos, cisnes argentados y minúsculos delfines, más una barca o góndola en que una muñequil orquesta de húngaros tocaba una música primitiva.

Admirados y cautivos estaban los infantiles convidados ante tamaña maravilla, y si no se entregaban a las jubilosas expansiones de su edad, era porque, aunque niños, sentían ya pesar sobre ellos los engorros de la etiqueta palatina. Formaban el liliputiense cortejo de Nuestra Señora la Infanta, cuatro o cinco Meninas y otros tantos caballeretes que ostentaban apellidos gloriosos en la Historia de España: Mendozas, Silvas, Acuñas, Crespis. Eran ellas frágiles y quebradizas, y tenían, con sus baqueros de raso o chamelote de vistosos matices y sus movimientos graciosamente graves el aspecto de capullos de rosa. Y en cuanto a ellos, caracterizábales una petulancia simpática, una ingénita altivez, y eran como los orgullosos cardos, bellos de mirar, pero ásperos al tacto.

Margarita Deseada aproximóse lentamente al grupo, con sus gestos maravillosamente rítmicos, de una serenidad y armonía casi irreales. A su presencia sucedió un momento de silencio, en que las damiselas se inclinaron en una reverencia pausada y grave, que era deliciosa miniatura de las zalameas cortesanas, y los galancetes dobláronse en saludos rendidos de altiva pleitesía.

Pero el mecanismo puesto en marcha por la Duquesa, que abría un paréntesis a su conversar con el fraile para ocuparse de su regia discípula, hacía prisionera la atención de los niños. Maravilla de las maravillas, juguete oculto en el cuarto vedado de un palacio de *Las mil y una noches*, la fontana nevaba sus aguas en collares de irisadas perlas e hilos de líquidos brillantes. La oculta caja de música exhalaba notas que eran a modo de suspiros de los genios prisioneros; los peces de esmalte surcaban las aguas en misteriosas exhalaciones, y bogaban las barquillas en el triunfo de los delfines de plata.

Súbitamente, Margarita Deseada sintió una extraña inquietud, una misteriosa sensación, algo como el anuncio de un rito monstruoso y espeluznante. En vano miraba en derredor con espantadas pupilas; en vano palpábase a sí misma para asegurarse de que nada anómalo le sucedía; como en esas

pesadillas en que, a pesar de la certeza de que soñamos, sentimos todas las angustias y todas las inquietudes de la realidad, la pobre Infantita experimentaba el terror de aquel mágico fenómeno. Era como una mano viscosa y fría que la desnudaba lentamente, que se complacía en recorrer las castas líneas de su cuerpo casi impúber aún, en mancillarla con su contacto repugnante, en desflorarla y someterla a todas las vergüenzas. Era como unos labios vampirescos que, húmedos y glutinosos, corrían por sus pobres senos llenándolos de inmunda baba. Era como dos ojos de brasa que profanaban recónditas desnudeces con no sé qué misterioso poder de penetración al través de los vestidos. Era...

Margarita Deseada lanzó un grito agudo, estridente, espantoso; un grito de pavura, de horror supremo, el grito misterioso e inimitable de las poseídas por la tremebunda presencia del Malo.

En un rincón de la cámara acababa de divisar dos ojos de brasa que tendían hasta ella los verdosos rayos de sus miradas cargadas de maleficio.

II

Apenas la dorada carroza, forrada de brocado verde con franjones y alamares de oro

de Su Ilustrísima el señor Cardenal Arzobispo de Nínive desapareciera en el recodo al paso de los cuatro alazanes vistosamente enjaezados con guarniciones también doradas, el gentío callejero, sin hacer gran caso de la procesión del Santo Oficio que llevaba los condenados a las hogueras de la Plaza Mayor, replegóse hacia aquel sitio, donde ya se hallaba la Corte con los embajadores, el Nuncio Apostólico, dignatarios y prelados para presenciar el saludable castigo de hechiceros, brujas y judaizantes. Por demás vistoso y magnífico había sido el cortejo palatino, pues si Sus Majestades habían desfilado con la severa pompa propia de la grandeza y magnificencia del reino de las Españas, nobles, dignidades eclesiásticas y embajadores extranjeros, habían rivalizado en la fastuosidad de sus trenes, en lo numeroso y rico de la librea y en su propia indumenta. Así el embajador de Venecia, Arnoldo Fiori de Murano, había sobrepasado cuanto hasta el día viérase en materia suntuaria, y si pasmo y maravilla causaba la carroza de ébano y marfil forrada de terciopelo amarillo con flores de oro y arrastrada por cuatro briosos caballos negros con aureas guarniciones, no menos asombro producía en la multitud los cincuenta lacayos vistiendo trajes negros aterciopelados con botones y puntas de filigrana de oro, y el mismo asombro

deteníase ante la insólita magnificencia de su persona, vestida también de negro, pero con soberbios joyeles de diamantes. No le iba muy en zaga el embajador del Rey Cristianísimo, que en la combinación azul y plata de carroza y librea había encontrado imprevistas riquezas, ni el del emperador más severo en su tren, pero no menos fastuoso.

Prisionera en el Real Alcázar por la convalecencia de unas tercianas, Margarita Deseada contemplaba detrás de los vidrios del balcón, que daba sobre la *Plazuela de Palacio,* el vistoso desfile.

Habían, pues, acabado las elegancias cortesanas y comenzaba la procesión lamentable de los que eran conducidos al Auto de Fe, bien para público escarnio y retractación, bien para ser ahorcados o para recibir más espantable muerte entre las llamas de la hoguera.

El cielo anubarrado, a trechos gris, a trechos cárdeno o negruzco, hacía aún más angustioso el espectáculo del desfile. Contrastando con los gritos de la multitud, con sus dicharachos obscenos o chocarreros, el cortejo silencioso, horrendo y grotesco tenía un trágico alucinante que escalofriaba los nervios. Iban en primer término los ministros del Santo Oficio, vestidos de negro, en su mayoría enjutos, amarillentos, patinados los rostros de un gris verdeante

que la blancura de la gola hacía resaltar aún más; seguiáles sayones y alguaciles con sus varas, y por fin, con demacrada liviez de espectros, los condenados. De éstos, los que solamente habían sido acusados con levedad de haber incurrido en herejía y que eran llevados allí para hacer pública execración de sus errores, vestían zamarra, gran escapulario de bayeta amarilla sin aspas, y llevaban soga de esparto al cuello y en la mano una vela verde apagada. Parecían contritos, macerados por ayunos y tormentos y espantados del extraño misterio que les había rozado por un momento. Seguíanles los que, a pesar de la abjuración de sus herejías, habían de morir en el garrote, y por fin los recalcitrantes y contumaces condenados a ser quemados vivos. Doce eran éstos, entre los luteranos, judaizantes y acusados de prácticas de hechicerías, nigromancias y tratos con Satanás. Iban entre ellos Fray Damián de Moncada, dominico y capellán de monjas, alto y enjuto, de ardiente mirada de iluminado, que había, según él, hecho simple y pura la religión, transformándola en un culto extraño y primitivo con ofrendas de sangre y misterios de catacumba; Sor María del Divino Amor, una monja visionaria poseída del *Malo* que se enseñoreaba de ella como íncubo y le hacía creerse en su delirio místico-erótico desposada

carnalmente con Jesucristo; doña Mariana Rosal de Undaneta, noble dama sabionda que convirtiera su casa-palacio en capilla luterana, y dos o tres mujerucas acusadas, en unión del sacristán de las Monjas Descalzas, de celebrar ritos protervos los sábados en honor de Belcebú, ritos en que profanaban el agua bendita bautizando cadáveres, usaban del aceite de los Sacramentos y aun habían llegado a no sé qué sacrílegas manipulaciones con la hostia consagrada. Vestían los unos (los *relapsos,* o séase aquellos a quienes la Gracia, haciéndoles retractarse de sus errores había salvado de las llamas) túnicas amarillas pintadas de lenguas de fuego que se dirigían hacia el suelo para significar que fueron perdonados de morir en la hoguera, aunque la magnanimidad de la santa Inquisición se detuviera en la horca; los otros, los que habían de perecer entre las llamas, llevaban las mismas túnicas de bayeta amarilla con llamas y demonios, el sambenito con aspa entera y la coraza o gorro piramidal. Pero entre todas aquellas figuras de pesadilla alucinante y grotesca, monstruosa y ridícula, remataba la procesión cierta bruja, *la Mochuela,* que se jactaba de su concubinato con el gran *Cabrón,* y que iba a las hogueras purificadoras bajo no sé qué monstruosas acusaciones de crímenes nefandos y manipulaciones horrendas, en que

le servían de ingredientes ciertas partes del cuerpo humano. Montada en una borrica, cara al rabo, resultaba la figura más extrafalaria y alucinante que puede imaginarse; delgadísima, hasta no poseer casi sino el pellejo sobre los huesos; la cara de un amarillento verdoso, en que lucían como dos fosforescencias emanadas de la podredumbre los ojillos azulados; la boca hundida y la nariz ganchuda, parecía una bruja encaminándose a la cita con el amante de las pezuñas de chivo. Impenitente, rabiosa, revolvíase sobre la grotesca cabalgadura, babeaba de rabia y profería atroces blasfemias, mientras que a sus gestos inarmónicos, violentos, truncados por las ligaduras, los diablos pintados en sus vestidos se retorcían entre las llamas como un enjambre de enloquecidos monos.

Margarita Deseada sintió miedo y, recelosamente, miró a todas partes. La duquesa de Montefuerte, aquejada de violentísima jaqueca, que le hiciera sujetarse con una venda dos parches de patata sobre las sienes, había salido a respirar el aire a la Galería Pintada, donde un artista flamenco, llamado Rubens, dejara los profanos prodigios de su pincel, y en la *Saleta* sólo entraban ella y Juan-Mariano, el *Tonto de Talavera,* que, sentado en el suelo, según su costumbre, jugaba con una bola de cristal.

En la semipenumbra, la persona del bufón, revestíase de súbita inquietud; perdía la gracia grotesca (nunca mucha, pues que más que tal, era un subrayamiento doloroso de deformidades tristes) y convertíase en un engendro, en que espanto y ridículo marchaban de bracero; un sér deforme, jocoso y repulsivo, como se ven en las tablas de Bosco. Sentado sobre la alfombra, suntuoso tapiz, regalo del Embajador de Moscovia, el *Tonto de Talavera*, formaba, con sus extrañas deformidades, revestidas de negras vestiduras, una masa informe, blanduzca y temblequeante que sostenía la cabezota enorme, y de que surgían como tentáculos de un pulpo los brazos larguísimos, rematados por las manos tremendas, fibrosas y achatadas, cubiertas de pelos, y las piernas cortas y delgadas como alambres. ¡Ah, la expresión brutal, cruel y lasciva, todo a un tiempo, de aquel rostro! Lívido, estriado, de manchas moradas, los labios colgantes, llenos de saliva, con un gesto de imbecilidad maligna, miraban con sus ojillos, que fosforescían en la obscuridad, a la niña, como mira una alimaña salvaje a la presa que acecha.

Por vez primera en su vida, la Infanta tuvo miedo; un temor instintivo, el latigazo de los nervios que avisan un peligro. Era algo así como el sobresalto de esos domado-

res que viven con una alimaña feroz a que han domesticado, y que, acostumbrados a ella, no temen ni sus garras ni sus dientes, hasta que un día *sienten* que la fiera despierta, y tienen el obscuro presentimiento de que aquel día *va a suceder*.

Doña Margarita Deseada tembló de miedo, y, huyendo de la visión del gnomo, volvió los ojos a las riquezas de la estancia. Sobrepasaban éstas cuanto hasta entonces se soñara en materias suntuarias. Bajo el techo o bóveda en que Jordán trazara las nacaradas bellezas de la Aurora, los muros, revestidos de rojas lacas historiadas de rampantes dragones, flores de maravilla y nunca vistos pajarracos, tenían la magnificencia que pedía la Corte del Rey Católico, para quien habían sido traídas del lejano Oriente. Sobre chinescas consolas, también de laca, relojes de lapizlazuli y coral, montados en oro y plata, parodiaba pagodas y ramajes. Y de trecho en trecho, la luna de un espejo ofrecía la imagen de Margarita Deseada, la imagen triste y rígida de una pobre Infanta de cera, una Infanta difunta, amortajada con suntuoso traje de brocado azul turquí, recamado de plata y adornado con cintillos de turquesas.

Para espantar las inoportunas imágenes, la niña miró a la calle. La procesión se alejaba, se perdía en las sombras de la tormenta que se cernía, amenazadora, sobre Ma-

drid. Veíase todavía entre el humano hormiguero, más negros aún en la mancha negra, los sayones del Santo Oficio, y destacándose sobre todos, curiosos y verdugos, la *Mochuela* bufonesca y espeluznante, agitándose sobre la borrica, con grandes gestos inútiles, que hacían temblar las llamas pintadas y danzar a los demonios.

Súbitamente, un relámpago cárdeno rasgó las negruras del cielo, y un trueno espantoso hizo retemblar el palacio hasta sus cimientos. Margarita Deseada echóse violentamente atrás, cubriéndose la cara con las manos, cuando sintióse aprisionada por unos brazos peludos y duros que se clavaban en su cuerpo, triturándole los huesos. No pudo contener el salvaje impulso, y cayó a tierra, bajo el monstruo que se le antojaba, en un paroxismo de horror, inmunda alimaña o feo demonio. Sintió, junto a su cara marchita de imagen, otra cara blanduzca y áspera; un hocico frío y húmedo babeaba, buscando su boca de rosa mustia, y al abrir los ojos, aterrada, vió dos bolas amarillas, inyectadas de sangre, que le miraban con la fijeza saltona de los ojos de un sapo.

III

Ni corta ni perezosa anduvo la Santa Inquisición en descubrir el origen de los he-

chizos de Nuestra Señora la Infanta. Verdad que desde un principio caminaron divididas y aun hostiles las opiniones, pues mientras el confesor Fray Servando de Moncada creía, de acuerdo con su deudo y amigo Fray Peregrino de Sarmiento, capellán de cierto convento de monjas de la provincia de Salamanca, que decía saberlo por revelación de una monja poseída de Lucifer, que la dolencia de Margarita Deseada provenía del mal de ojo que le hiciera *la Mochuela* cuando pasó por Palacio camino de las hogueras, en cambio el señor Arzobispo patriarca de Nínive opinaba que fuele dado a Su Alteza el maleficio en un pocillo de chocolate, donde previamente se habían disuelto unos polvos fabricados con huesos de un ajusticiado, muerto fuera de la Iglesia católica. Venció esta última opinión, y como fuese acusada como ejecutora una moza o criada de Palacio, alejada de allí no se sabía por qué motivo, en busca de ella encamináronse todas las pesquisas.

Por eso aquella noche, hallada por fin la tal, dirigíanse los ministros del Tribunal con buen golpe de golillas y corchetes a recatado callejón situado en las inmediaciones de la calle del Sacramento, donde según confidencias habitaba la bribona. Pronto la tropa de hombres, de rostros aún más amarillos a la luz de los faroles que, junto con la

negrura de calzas, ropillas y capas dábales aspecto de apariciones del otro mundo, estuvieron delante de un casucho de apariencia lúgubre y miserable. Franquearon un zaguán lóbrego, húmedo y frío; cruzaron un corredor interminable y tropezaron con la puerta del zaquizamí en que habitaba la bruja. Con silencioso recato, para que no se les escapase la hechicera, miraron por una de las innumerables rendijas que la puerta de cuarterones ofrecía, y suspensos y turbados por lo que veían permanecieron un momento conteniendo los alientos.

El aposento, pequeño y cuadrado, presentaba el aspecto más extraño y misterioso que es dable imaginar. Tenía por todo menaje un banco cojo y una consola, sobre la que permanecían inmóviles un buho y una lechuza, reflejando amarillenta claridad en el arcano de sus ojos redondos e inmóviles. Sobre los muros enyesados pendían ropas manchadas de tierra y mortajas robadas a los cadáveres; en un rincón, un esqueleto completo acurrucado parecía tiritar de frío, mientras, sobre un tablero, junto a unos libros polvorientos, una calavera reía su sarcasmo macabro. Al lado de estos trofeos veíanse unos muñecos de trapo y cera atravesados por largos alfileres. En el centro del cuarto, la nigromántica entregábase a misteriosas prácticas de hechicería. Era una

mujerota alta y sarmentosa, de cara amarillenta, pelambre rojiza y escasa y ojos verdes y fosforescentes. Vestía de andrajos polícronos, y a más de ser flaca y desgarbada movíase con gestos bruscos y torpes. Con un carbón trazaba en el suelo círculos cabalísticos, mientras pronunciaba palabras incoherentes:

—Balbán, Balbán, hijo de Pitonio y nieto de Satanás, por la magia del anillo del Rey Salomón, por la conjunción de los astros, por la cabeza del Cuervo, por el Sol y la Luna, por el Fénix que renace del fuego astral, yo te conjuro a que vengas a buscar el alma de la Infanta Margarita Deseada.

Entonces sucedió algo absurdo, horrendo, abominable, algo que hizo erizarse los pelos de los inquisidores y entrechocar sus dientes. A las sacrílegas evocaciones sucedió un momento de silencio, en que la endemoniada pareció transfigurarse. Era como si una racha súbita de locura la hubiese sacudido o un fuego interno le hiciera retorcerse y crepitar como una astilla entre las llamas. Cayó al suelo, revolcándose, mesándose los cabellos, encogiéndose y estirándose en bruscas sacudidas y profiriendo espantosos alaridos. De improviso alzóse, fuèse irguiendo, y toda rígida, vibrando como un arco demasiado tirante, permaneció frente al muro. Entonces, sobre la pared, poco a

poco dibujóse una sombra, primero vaga, luego más marcada, que al fin tomó los contornos de un macho cabrío, y comenzó a danzar ante la energúmena.

No esperaron a más los inquisidores, y derribando la puerta penetraron en la estancia. ¡No había nadie! ¡La hembra y el macho cabrío habían desaparecido! Entonces se oyó ahullar a un perro.

IV

En la sombría magnificencia de la cámara, tapizada de damasco prelado, en el lecho, de tallado roble, con colcha, cortinas y dosel, también de rojo damasco, en que se destacaban, bordadas en oro, plata y sedas, las armas del Reino de las Españas, la Infanta Margarita Deseada, agonizaba. Entre la albura de las ropas, llenas de fruncidos, encajes y bordados, que les daba aspecto de altar, aparecía el rostro demacrado, pálido y triste, con cerúlea transparencia de muñeca. Los rizos, lacios y desvaídos, encuadraban la tez despintada, y en los ojos azules, mortecinos, había una tristeza infinita.

La Infanta se moría. Los auxilios de doctores y físicos no habían reportado más utilidad que las oraciones de frailes y saludadores. Y ni aun las reliquias milagrosas, traídas a la cámara desde lejanos conventos, tuvie-

ron virtud para sanar a la pobre niña. Desde el día del auto de fe, una enfermedad extraña habíase ido enseñoreando del frágil cuerpo, y una secreta inquietud macerando la doliente ánima. Primero, los médicos habíanlo atribuído a una recaída o retroceso en las tercianas; después, a un enfriamiento; pero como el tiempo pasase, y el mal, en vez de ceder a sus remedios, se agudizara, comenzaron, parte por natural ignorancia, parte por entendido orgullo profesional, a aceptar por buenas las opiniones de fray Servando de Moncada, que atribuíalo todo a hechizos y males de ojo.

La enfermedad era cosa extraña y desusada en niña de tan pocos años. Comenzó por bascas y mareos, acompañados de horrendas angustias y tremendos dolores en las caderas. Siguió por una consunción que la extenuaba, mientras que el vientre hinchábase hidrópico, y, por fin, degeneró en fiebres, pesadeces de cabeza, dolores en todo el cuerpo, y un aniquilamiento general que la llevaba a pasos agigantados hacia el sepulcro.

En honor a la verdad, tampoco jaculatorias, oraciones y exorcismos hiciéronla gran bien, y si embrujamiento existía, fuera fuerza confesar que las indagaciones debieron ir hasta entonces descarriadas, pues los culpables no parecían. La última tentativa para

encontrar a los nigromantes no había dado mayor resultado. La mujeruca prisionera y sometida al tormento no confesó sino vaciedades que la hacían más necia y crédula que culpable. Dijo que ella, por consejo de una amiga suya que habitaba en Toledo, habíase limitado a conjurar a los espíritus a la manera de lo que hizo el Rey Saúl por medio de la Pitonisa para que se le apareciese la imagen de Samuel. Y registrada la casa de la cómplice, sólo se hallaron unas yerbas, fragmentos de un esqueleto y dos librotes que no eran sino los que se conocían con los títulos de *Clavícula de Salomón* y *Tesoro de Necromancia*. Todo ello fué quemado con gran acopio de bendiciones y fórmulas sagradas; pero no por eso Margarita Deseada halló alivio a sus males.

Ciertamente que la señora Infanta no mejoraba, sino que a ojos vistos llevaba la de empeorar, y entonces decidióse exorcisarla solemnemente, y de ello encargóse el Patriarca de Indias. Por eso, aquel día preparábase la estancia para la rara ceremonia.

En la Cámara, de color granate, comenzaban a encenderse los cirios ante la imagen de Cristo Nuestro Señor. La luz amarillenta, temblequeante, daba mortuoria lividez a todas las cosas, y hacía bailar sobre los muros de color de sangre las siluetas estrafalarias de las cosas, que adquirían así una bo-

rrosa indecisión de contornos que las daba irrealidad fantasmagórica. La Duquesa de Montefuerte, ayudada de algunas camareras, iba y venía en los últimos toques, y el confesor fray Servando de Moncada predicaba a la penitente con palabras apocalípticas, en que barajaba implacable la pez y el azufre del Infierno, el rechinar de dientes de los condenados y las atroces tribulaciones del alma, como si la pobre niña tuviera culpa de cuanto le sucedía.

Oyóse gran estrépito de pasos, de voces que entonaban preces litúrgicas, de otras que susurraban oraciones; los batientes de las puertas abriéronse de par en par, y el cortejo avanzó majestuoso.

Iba primero el Patriarca de Indias, sostenido y ayudado por el Arzobispo Patriarca de Nínive en Oriente y el Comisario general de la provincia de Jerusalén. Venían después dignidades de la Iglesia, familiares del Santo Oficio, frailes y acólitos, y tras de ellos la nobleza, representada por el Trece de Santiago, Capitán de la Borgoñona, el Condestable de Castilla, el Condestable y Almirante de Sicilia, el Canciller y Condestable de Navarra y buen golpe de duques, condes y marqueses, que llevaban con pompa y prestancia los títulos gloriosos de Astillano, Alba, Medina de las Torres, Abrantes, Sanlúcar la Mayor, Alcañices, Toral y

Villamediana. Y, por último, los Meninos asomaban curiosamente sus rostros pálidos y alargados, de ojos tristes y gruesos labios rojos y carnosos.

Sostenida por la duquesa, Margarita Deseada incorporóse en el lecho. Estaba atrozmente pálida, y sus ojos, dilatados de espanto, parecían ver la Muerte avanzar hacia ella. Súbitamente lanzó un alarido, y vibrando toda, sacudida de atroces convulsiones, cayó, retorciéndose en el lecho.

El Patriarca de Indias, Inquisidor general, avanzó solemnemente, y tendiendo la mano trazó una cruz, mientras sus labios pronunciaban las palabras del exorcismo.

Oculto entre los rojos cortinajes de damasco que cerraban el lecho, Juan-Mariano, *El Tonto de Talavera,* asomaba su inmunda carátula de monstruo familiar y reía cínico y procaz.

EL PÁJARO MARAVILLOSO

«Yo traeré sobre vosotros una nación de lejos; una nación robusta y antigua; una nación cuya lengua no entenderéis. Talará vuestras mieses y devorará vuestros hijos e hijas.»

Jeremías.

De los lagos, entre cuyas tranquilas aguas asomaban de vez en cuando sus achatadas cabezas los cocodrilos, de los jardines de peregrina flora y fastuosa arborescencia, en cuyas ramas se posaban las aves de irisados plumajes, que robaban a las flores sus polícromos matices, y a cuyos tallos se enroscaban las sierpes de aplastadas testas y triangulares pupilas, arrancaban las escaleras de basalto que llevaban a las plataformas superiores en que cuadradas columnas de negro mármol y jade negro, incrustadas de caimanes de oro y áspides de nácar, servían de soporte a nuevas escaleras, éstas, cubiertas de tapices de lana y plumas, que conducían a otras plataformas, revestidas de éba-

no y azabache, en que se elevaba en todo su magnífico y trágico horror, bajo el templete de oro y de pedrerías, el dios Colibrí, Huitzilopoztli, señor de la guerra y de la crueldad, alimentado de la sangre de los vencidos, cuyos corazones palpitantes le eran ofrendados en holocausto. Sentábase el dios; en su trono de plata, sobre el globo terráqueo; al cuello un collar de corazones humanos; en la diestra las flechas; rodeábanle enfurecidas sierpes. Era espantoso y magnífico, repulsivo y cautivador; era, como son todos los dioses de las religiones todas, la fusión del espanto supremo con la suprema belleza, la Vida y la Muerte, un monstruo, en fin, pues que los hombres sólo a los monstruos rinden pleitesía.

La vida entera de México, la vida cuya medula constituían la crueldad y el heroísmo, la vida que era, refugiada en el perdido paraíso oculto a los *hombres blancos y barbudos*, como un reflejo de las viejas civilizaciones de maravilla, todo aquel arte primitivo y fastuoso que súbitamente iba a aparecérsele a Cortés, como se aparecen a los ojos de un niño las miniadas estampas de un libro fabuloso, en que durmieran los secretos de los Vedas y los prodigios de la Biblia, tenía su hora suprema. Primero que *saber*, los hombres *presienten;* el Destino, como su hermana la Muerte, antes de vencernos jue-

ga con nosotros, nos mima, nos arrulla. Y ante el altar de su dios, aquellos hombres sin saber, sabían, sin embargo.

Era algo muy solemne y muy grande. Los sacerdotes, los dignatarios, los guerreros heróicos, se inclinaban ante el altar como ante un misterio nuevo, y esperaban que la hora suprema sonara en el reloj de la Fatalidad. Esperaban el misterio extraño, *lo que tenía que suceder*, el Mesías, el Paracleto, el Prometido de todas las religiones, el que se anuncia con las auroras rojas de los salterios.

Moctezuma, en pie, arrogante en su traza, que tenía algo de majestuoso y grave, inclinábase para ofrecer, en una zalema suprema, el corazón heroico del último prisionero de Atlisco. Era el *Jefe de Hombres*, de noble prestancia; tenía la faz olivácea, barbilimpia, y envolvíase en suntuosa capa o manto, de traza casi griega, mientras ceñía su frente con alta tiara de oro y pedrerías. Collares de áureos cangrejos, incrustados de carbunclos, colgaban de su cuello.

El gesto era sobrio y magnífico. Sobre la piedra del sacrificio del gran Teocalli yacían inermes los cuerpos de los vencidos, con el pecho abierto, y sobre el ara sagrada los corazones, rojos y sangrientos, formaban un montón de monstruosos rubíes. La sangre noble y generosa descendía por los canali-

llos de asfalto, resbalaba en purpúreas cataratas por los negros escalones y goteaba en collares de granates. En las amplias plazas, en los jardines de maravilla, en las enormes avenidas que conducían al templo, apiñábase una muchedumbre engalanada de plumas, de telas teñidas de raros colorines y de sartas de cuentas de polícromos vidrios.

Llegaba el momento solemne. En aquel pueblo, más que en otro alguno, la religión era el símbolo de la Patria, el misterioso nexo que unía a todos en un común sentir.

Moctezuma inclinábase, pues, solemne, impetrando del Colibrí la victoria, y el pueblo entero doblaba la frente como ante el misterio único.

Súbitamente sonó un trueno horrísono que hizo retemblar cielo y tierra, y por la limpidez azul del firmamento pasó espantable monstruo, a modo de ígnea sierpe de tres cabezas, que dejaba tras de sí un reguero de fuego.

Un pajarraco negro cayó muerto sobre el altar del sacrificio; marchitáronse las flores de los jardines y las aguas de los estanques hirvieron solas.

***

Moctezuma agitóse en las inquietudes de una modorra que era pesadilla.

Soñaba... Había descendido las negras escalinatas del templo de Colibrí, había cruzado jardines con flores de coral y de esmeralda, atravesado por huertas en que pendían esfenllas de oro y granos de rubíes y se encontraba ahora en una llanura uniforme, gris, cenicienta. Ante ella vaciló; su voluntad y su albedrío impulsábanle a volverse atrás; pero una fuerza superior a él, arrastrábale. Comenzó a caminar; la llanura hacíase cada vez más árida y yerma; una tristeza infinita pesaba como un sudario de plomo sobre todas las cosas; el cielo era pardo, negruzco; tenue neblina gris flotaba en la atmósfera; la tierra hacíase cada vez más blanda y pegajosa, como si estuviese amasada con lodo y ceniza. El Emperador marchaba con esfuerzo, que aumentaba por momentos trabajosamente; sus pies hundíanse en el suelo, y necesitaba de un gran impulso para despegarlos; una angustia atroz le oprimía el pecho y helado sudor perlaba en sus sienes. De pronto, al fondo de la llanura sus ojos percibieron un lago; como negro espejo permanecía quieto; ni el más leve estremecimiento rizaba sus aguas bituminosas. Y al fondo, muy al fondo, alzándose fantasmagórica sobre él, una ciudad de maravilla, una urbe fabulosa, una armónica aglomeración de pirámides de basalto, de palacios de azabache, de nácar te-

ñida de negro y de marfil, una exotérica población de ensueño que parecía la quimérica mansión de un dios. Moctezuma, anhelante, lleno de ansiedad, vencido de cansancio y sintiendo por momentos flaquear sus fuerzas, caminaba fatigosamente hacia ella. Acercábase al lago; ya la ciudad encantada comenzaba a dibujar sus líneas claramente; ya en el corazón del Rey germinaba la esperanza, cuando como por arte de taumaturgia, la ciudad, sacudida por espantable y misterioso cataclismo derrumbóse silenciosamente, y las aguas de bituminosa negrura cerráronse sobre ella. El *Jefe de Hombres* sintió una tristeza infinita conturbarle, pero ni con un gesto, ni con una palabra trató de sublevarse, sino què, vencido, bajó la cabeza y lloró.

Abrió los ojos, y presa de vago sobresalto, miró a todas partes; tranquilizado por el contraste que ofrecía su tienda o camarín a los tristes lugares entrevistos en el sueño, sonrió, con sus ojos negros y brillantes y sus dientes de cegadora blancura. Telas rayadas, de vivísimos tonos, entre los que relucían el oro, la plata y el cobre, pendían del techo, sostenidos por áurea alimaña, hibridación de ave y pez; tapices tejidos con lanas de matices chillones en que había, sin embargo, una bárbara armonía, cubrían el suelo; pieles maravillosamente curtidas y

labradas servían de asientos. En un rincón, monstruosos, absurdos y grotescos, tres bufones jugaban con varillas de oro, rematadas por momificadas cabezas humanas, que con no sé qué procedimiento se habían encogido hiperbólicamente, adornadas de esmeraldas. Plumas de aves extrañas y nunca soñadas por los europeos, formaban coronas en torno de sus frentes aplastadas, y collares de mágica orfebrería, llenos de amuletos, pendían sobre sus jorobas.

El rey volvió a sonreir. Vivía ahora esa extraña vida que han vivido cuantos el presagio saludó con su anunciación agorera de horrendos males. Al igual que Edipo al consultar al Oráculo, que Faraón al llamar a José o que más tarde la infortunada reina de Francia al buscar el secreto del porvenir en la Cubeta de Mesmer, estaba vencido de antemano. Porque el solo hecho de interrogar al porvenir implica duda, y al dudar estamos deshechos con antelación a la batalla. Lo que la Pitonisa nos diga será cierto, no porque así sea, sino porque involuntariamente nuestro espíritu prepara su advenimiento.

Incorporado en su lecho, el *Jefe de Hombres* esperaba. Esperaba no sé qué; algo que presentía trágico; aguardaba resignado algo que había de venir.

En la entrada apareció un grupo de escla-

vas que traían un pájaro consigo, y que, doblando la rodilla, se lo ofrecían a su señor como remedio a sus tristezas. Era un ave maravillosa; en su plumaje mezclábase el transparente azul de los zafiros con el glauco fosforecer de las esmeraldas, el caliente fulgor de los topacios con el fuego de los rubíes. Tenía larga cola de rizadas plumas, y sobre la cabecita roja, roja como si la sangre hubiese llovido sobre ella, un a modo de espejo de pluma.

El emperador tembló. ¡En aquel espejo acababa de ver reflejarse en la desolación infinita de un paisaje iluminado por amarillento rayo de sol la ruina de Méjico!

Y mientras dejábase caer nuevamente sobre el lecho, el ave agorera perdíase en los cielos en un vuelo imprevisto.

***

Antes de empezarse una batalla, no ya cada jefe, cada soldado sabe quién ha de vencer. Porque la victoria o la derrota vive en nosotros mismos. Es una seguridad, una fe, una energía. En las guerras no hay sino un factor verdad: la voluntad. Sólo muy raras veces encuentra frente a sí otro factor real: los elementos.

La vieja profecía aztezca que anunciaba que la venida de Tlaloc—el *hombre blanco y*

barbudo—anunciaría la ruina del Imperio, se cumplía. Inútil que Guilauzín echase en cara a su hermano su proceder afeminado, inútil que supiese que los invasores eran un puñado de hombres; Moctezuma adivinaba que su reinado había concluído, y revestido de prodigiosa pompa, cubierto de regio manto y cornado de oro y plumas, salía al encuentro de los invasores. Delante iban sus esclavos, llevando raras bestias de quimérica apariencia, perfumes, frutos, flores. Luego él, seguido de dignatarios y sacerdotes.

Estaban frente a frente. El Inca descendió de su palanquín y avanzó al encuentro de Cortés. El conquistador, orgullosamente, hizo ademán de abrazar al que era un Dios para los indios. Entonces el mejicano sonrió casi irónico.

—Te habrán dicho que yo era divino, ¿verdad? Pues soy mortal, de carne y hueso.

***

Como Rodrigo el godo, como Boabdil el granadino, como todos los que por no saber ser hombres lloraron como mujeres, Moctezuma fué cobarde *hasta el heroísmo.*

Al saber el pueblo sublevado contra los hombres blancos y barbudos, salió a la terraza de su palacio, y encarándose con la enfurecida muchedumbre, trató de dominarla aún.

—¡A mí sólo debéis obediencia! Yo os ordeno...

Pero un proyectil hirióle en la frente, y bañado en sangre rodó por tierra.

¡Así, el penúltimo emperador azteca murió defendiendo a los invasores cuando no supo morir por defender su patria!

El Destino, una vez más trágico y horrendo, venció a quien, como víctima, había elegido.

EL ENCANTO DE LA CIUDAD SUMERGIDA

La ciudad de Is era inmunda y maravillosa. Enorme, sus arrabales perdíanse en las llanuras yermas, áridas y desoladas, que tendían sus planicies polvorientas y amarillas hasta las lejanas cordilleras alzadas como murallones de una fortaleza inexpugnable, más fantástica y misteriosa envueltas en su sudario de azuladas brumas. Uno de sus extremos tocaba con extensa playa que, fortalecida por diques, compresas y fuertes muros, separábale y defendíala del mar, un mar azul y sereno en los breves días del estío, verde, misterioso y bravío en las interminables horas invernales. Era un mar que gemía, bramaba y azotaba furiosamente los baluartes que contra él alzaran los hombres. Dentro del recinto amurallado érase un conjunto hórrido de chozas misera-

bles, donde toda inmundícia tenía su habitación y toda incomodidad su asiento; barrios inmensos donde la suciedad, el vicio y el crimen anidaban; hacinamientos de cubiles, dignos de alimañas feroces; laberintos de callejones lúgubres, húmedos y pestilentes. Y triunfando sobre ellos, colosal, implacable, agobiándolos con su sombra de muerte, la fortaleza del Rey. Sólo la Colegiata alzaba, frente al orgullo del alcázar, el orgullo de sus torres, coronadas por la enseña del Galileo. Pero el pueblo odiábales y temíales por igual, y en vez de agolparse en los patios del alcázar o deslumbrarse en las pompas litúrgicas prefería revolcarse en los lupanares y tabernas de la judería, especie de Suburra de la villa. En la ciudad de Is, como en las bíblicas, vivían todos los pecados y todas las abominaciones. Inútil que el viejo Rey Grallón quisiese imponer allí la religión cristiana, inútil que hubiese hecho alzar una catedral que con el castillo dominase la ciudad, inútil que varones justos construyesen santuarios; el pueblo o vivía en atroz paganismo o, lo que era peor, entregábase a las más burdas y peligrosas supersticiones, y mientras las voces de los sacerdotes de Cristo perdíanse en la soledad, brujas, nigromantes, alquimistas y hechiceros triunfaban. Estériles, pues, los esfuerzos del nuevo Loth; los santos de piedra

dormían olvidados en sus hornacinas, entre grifos, basiliscos y dragones; la catedral permanecía abandonada, y las campanas, mañana y noche, repicaban, lloraban, playendo inútilmente y sus sones lentos, monótonos, inacabables, iban a perderse en el mar.

Hostil, aislado de los suyos, vivía el Monarca, prisionero en la lobreguez de su palacio, en compañía de Dahgut. Dahgut era su hija, su única heredera, la que más tarde había de empuñar el cetro, y el anciano Rey soñaba en hacer de ella la mujer fuerte que paseara victoriosa la enseña de la Fe.

Pero el alma de la ciudad, el alma toda resplandor y cieno, el alma de reina y de ramera vivía en la Princesa. Un dolor secreto, como un pulpo inmenso, oprimía con sus tentáculos su corazón y sentía inquietud misteriosa que la devoraba en ardiente fiebre; ansia loca de abyecciones y de magnificencias, tristeza egoísta, maligna y sensual. En la abrumadora desolación del alcázar, el alma de la Princesa era como alimaña extraña y encadenada que soñaba con las fugas a través del desierto. Su existencia deslizábase monótona, uniforme, abrumadora, como una gota de agua que cayese sin cesar. Rodeada de hombres de armas, feos, sucios, negros y barbudos, que sólo pensaban en guerrear y para quienes el amor no

era sino un gesto bárbaro en medio del saqueo, tenía por compañeros de su encierro una dueña vieja, casi ciega, cubierta de negras vestiduras y negros velos y dos bufones mudos, grotescos y contrahechos. Con ellos paseaba algunas veces a la caída de la tarde por las plataformas del alcázar o por la playa solitaria. Y era doloroso ver a la Princesa melancólica y soñadora con sus vestiduras de terciopelo azul, florecidas de lises de oro y sujetas a las caderas por áureo cinturón, ambulando por el arenal junto a la vieja dueña cuyo rostro en la blanca toca era más amarillo, más ganchudo, infinitamente trágico, con sus pupilas turbias y mortecinas y sus encías sin dientes, seguida de los silenciosos bufones.

Pero también, a veces, Daghut, recatándose en las sombras de la noche, deslizábase por oculta puertecilla e iba a vagar por la playa en busca de los aquelarres que celebraban los brujos a la luz de la luna, o refugiábase en las cabañas de los alquimistas que buscaban la piedra filosofal, o, como una prostituta, recorría los callejones de la judería en busca de no sé qué bárbaras emociones.

Daghut era bella, infinitamente bella; el mar (su único espejo) se lo había dicho muchas veces; el mar habíale susurrado del misterioso encanto de sus ojos glaucos y

transparentes, como las aguas de las lagunas que duermen en el fondo de los bosques encantados; habíale cantado la frescura de sus labios, que eran como tempranas fresas; la suntuosa magnificencia de sus cabellos de oro y la esbeltez de su cuerpo, que tenía la gracia frágil de los vasos de alabastro que besaban los sacerdotes en las ceremonias litúrgicas. Daghut sabía del misterio de la vejez y de la muerte, de lo efímero de las cosas humanas. Y Dahgut lloraba sobre su hermosura, que se marchitaría sobre la riqueza que no llegaría nunca.

Un día la princesa paseaba al borde del mar. La dueña, ciega, y los bufones mudos, eran su cortejo.

La tarde bañábase en una belleza convencional de orfebrería, una de esas bellezas rutilantes que se esfuman y tornan opacas al través de las brumas de la evocación. Un cielo de ópalo envolvía en claridad lechosa todas las cosas; el mar tenía una glauca transparencia; por cima de los muros semiarruinados de un ignoto convento, asomaban los árboles frutales de hojas de esmeraldas y manzanas de oro y de rubíes, y por la torre, en que las campanas tañían dulcemente arrullando a una pareja de palomas blancas en guirnaldas de peraltadas perlas y pálidos corales, caían las campanillas blancas o rosadas. Era un paisaje irreal, de ba-

lada o de conseja, un paisaje de evocación casi mistica.

Daghut estaba triste. El misterioso anhelo de cosas imposibles torturaba su espíritu, y su alma, proterva y gloriosa, revolvíase como chacal prisionero en una jaula. Inconscientemente gimió:

—¡Nunca! ¡Nunca!...

Entonces hízose el milagro. Sobre la rara pedrería del mar surgió a lomos de quimérico delfín un adolescente maravilloso. Poseía la gracia de los efebos griegos, la armonía de un Baco o un Ganímedes. Su piel era tersa y dorada; sus labios tenían la frescura de las cerezas, y en sus ojos verdes dormía la cábala. Como los faunos, tenía patas de chivo, y dos cuernecillos se retorcían sobre su frente entre los áureos rizos.

El adolescente sonrió a la princesa, y Daghut sintió que el paisaje se glorificaba en luz y que algo nuevo, extraño, tenebroso y dulce como la miel penetraba en su vida: la *Tentación*.

***

Al abrir la puerta secreta que daba sobre un callejón lúgubre, húmedo y silencioso, una bocanada de aire huracanado azotóla furiosamente, haciendo tremolar los guiñapos en que se envolvía. Todo era ahora si-

niestro y decía de maleficios y aquelarres. El viento silbaba entre las miserables casuchas, casi derruídas, y hacía gemir lúgubremente las mal cerradas puertas; la luna—una luna redonda y amarilla de presagio nefasto—asomaba con largos intervalos por entre los nubarrones negros, y a lo lejos se oía rugir el mar. De tarde en tarde brillaba un relámpago que ponía livideces infernales en todas las cosas, y un trueno apocalíptico sacudía la tierra.

La princesa avanzaba rápida, indiferente para la tragedia de los elementos, extraña a todo lo que no fuera el mundo interno. Como persona conocedora de tales lugares, o mejor como una sonámbula, a quien misteriosa fuerza arrastra no se sabe dónde, orientábase prodigiosamente a través del enrevesado laberinto de calles sucias y lóbregas. Resuelta, andaba siempre sin sentir frío ni cansancio. Sus cabellos de oro tremolaban como llamas que agita el viento, y sus ojos verdes dilatábanse para ver en las tinieblas.

Al fin, por un pasadizo inverosímil, llegó a una callejuela aún más negra y tenebrosa, y ante la entrada, de mísero zaquizamí, que era a modo de cueva abierta en la montaña, se detuvo. Llamó, y los tablones que hacían las veces de puerta se abrieron, dejándola paso.

Era el recinto pequeño y miserable, ape-

nas alumbrado por la vacilante luz de una antorcha que desprendía un humo negro y pestilente. Hedor insoportable de miseria, de suciedad, de cuerpos humanos, vinos agrios y pescados podridos ahogaba. Sentados en toscos bancos, con armas y arreos de guerra, unos cuantos hombres, soldados del castillo, dormitaban o jugaban.

Daghut dirigióse a un rincón, donde una vieja hechicera aguardaba, con sus ojos que brillaban como fuegos fatuos clavados en la puerta. Era una vieja repugnante. Su rostro, todo cubierto de arrugas, tenía un misterio jeroglífico; la boca, sin dientes, se hundía, mientras la nariz, ganchuda, iba a buscar la barbilla, formando a modo de pico de un ave de rapiña, que la luz de la tea agrandaba en fantasmagórica silueta sobre la pared; revueltas greñas coronaban su cabeza, y sus manos eran como haces de sarmiento. Vestía de polícronos pingajos, y sartas de cuentas de vidrios de vivos colorines formaban irónicos collares a su cuello de gallina desplumada.

Sin repugnancia, la princesa sentóse junto a ella, y entonces la bruja habló:

—¡Daghut, es preciso decidirte! El invierno pasará como pasan los días todos de la vida; los Genios del Mar se alejarán y tal vez te olviden.

Daghut murmuró:

—¡Tengo miedo!

La vieja echóse a reir con atroz sarcasmo.

—¿Miedo, tú, Dahgut, la Princesa fuerte?

Y como callase, habló ella con una voz en que súbitamente se había hecho una gran dulzura, algo de tentador, que era caricia y sortilegio:

—Oyeme, Princesa; tu vida no puede ser perennemente así. Eres bella y grande; tu cuerpo es demasiado hermoso para ser solo adorado por un guerrero que lleve por airón la cruz. ¿Qué pueden importarte todas esas pobres gentes, que están contentas con su miseria como un lazarino con su lepra? ¿Qué esos hombres de guerra para quienes el amor es un episodio del saqueo?... Es preciso que tú oigas la voz del Mar y abras las defensas del Castillo.

Dahgut callaba, tronchada la cabeza sobre el pecho. La hechicera siguió:

—En el fondo del mar hay jardines de maravilla y alcázares de cristal. Hay piedras que tienen la luz verde de tus ojos y otras que son como tus labios hechos flor. Hay peces de oro y temblorosas cintas de plata. Pero allí, sobre todo, te espera el amor. Y es el amor único, el amor que no envejece nunca, que es siempre bello y joven y dulce como la miel; es el placer perpetuo, el perenne deliquio. ¿Di, Dahgut, abrirás las compuertas al mar?

La Princesa murmuró débilmente:
—Las abriré.

***

En lo alto de la torre, junto a las palancas que servían para abrir las compuertas de defensa de la ciudad, Dahgut se detuvo, temblorosa, vacilante, en la hora suprema.

La tempestad hacíase imponente; el huracán bramaba furioso; el cielo opalino rasgábase en la tremebunda lividez de los relámpagos, y el mar, hinchado en monstruosas olas, azotaba bárbaramente los riscos de la costa, rompiendo en maravillosas trombas de espumas. Y firme, insolente, como un baluarte inexpugnable, la fortaleza se erguía fantasmal en el espanto de los enfurecidos elementos.

Súbitamente, la Princesa creyó sentir en sí una fuerza nueva, un impulso que fortalecía su voluntad espantando inoportunas cobardías, una energía física insospechada; aceró sus músculos y, casi inconsciente, hizo marchar la palanca.

Primero fué un glu-glu sordo y sostenido como de un líquido que penetrase por enorme embudo; después un rugir de cascada, y, al fin, un espantable fragor de cataclismo geológico... Dahgut vió, muda de espanto, la masa plomiza con reflejos de plata y remo-

linos de nieve, que subía, subía, lo envolvía todo, lo sepultaba todo. Y al mismo tiempo, la fortaleza se hundía; primero, lentamente; luego, con rapidez vertiginosa, en el líquido abismo. De pie, trágica, fatal, la Princesa contemplaba la hecatombe. No llegaban hasta ella ni los gritos ni los lamentos, ni los apóstrofes de suprema angustia, y sólo el trágico hervir de las aguas llenaba sus oídos. De improviso, sobre el ruido trágico, sonó un toque argentino, y luego otro, y otro después. Y mientras la ciudad se sepultaba para siempre en el fondo del mar, repicaban, lentas, sonoras, misteriosas, las campanas de Is.

***

Todas las cosas tenían contornos de ensueño. Las viejas piedras de la fortaleza habíanse hecho transparentes y poseían la glauca luminosidad de las esmeraldas. Enormes peridotas, talladas en columnas, sostenían arcos de diamantes de los que, en quiméricas parras, pendían el ámbar y las perlas. Una luz verdosa lo envolvía todo, y por entre los arbustos de coral de quiméricos jardines, como aves prodigiosas, pasaban los leves temblores de oro de insospechados peces.

Hacía siglos, muchos siglos, que Dahgut

vivía allí una vida extraña de fasto y voluptuosidad. Todos los vagos ensueños de pompa y de riqueza que acariciara en las tristes horas de Princesa milenaria, habíanse hecho realidad. Todos los malsanos deliquios sospechados llenaban su vida de voluptuosidades nunca vistas. Su amante, el Señor del Mar, era único y multiforme. Y por la piel de raso de la Princesa cautiva pasaban los temblores que provocaban los dedos sabios de los jóvenes tritones, la aspereza de los viejos dioses marinos, el leve estremecimiento puesto por el helado resbalar de los reptiles y la suprema angustia con que le oprimían los tentáculos de los enormes pulpos. Y la Princesa de Is vivía una vida vaga y soñadora, que algunas veces rasgaban con una nota de atroz melancolía las campanas que repicaban siempre, tristes, llorosas, inexorables.

Un día, Dahgut dormía en la enorme concha que le servía de lecho. Los delfines guardaban su sueño, y pececillos de raros metales aleteaban vagando lentamente en derredor de ella. Súbitamente despertó con la impresión de algo raro, insólito y taumatúrgico.

Entonces vió un cadáver que descendía hacia allí. Muchas veces, en su misteriosa existencia submarina, había visto los cadáveres de los ahogados que pasaban en torno

a la ciudad cristalina, haciendo raras muecas, gestos inarmónicos y absurdas zalameas. Pero nunca habíanse acercado a ella. Esta vez el muerto bajaba rápido y, al fin, hallóse frente a la hija del Rey.

Era un viejo peregrino con el balandrán lleno de conchas. Los peces habían devorado su nariz y sus ojos, y le habían dado un aspecto horrendo. Y, sin embargo, tenía una secreta dulzura, un encanto de ultratumba que reverberaba como una luz.

El peregrino habló, y su voz era suave y sus palabras evocadoras.

—¿Eres feliz, Dahgut?

Como la Princesa callase, prosiguió:

—No, no eres feliz. Tienes la riqueza que deseabas y el placer que te atraía, como la manzana a Eva. No, no eres feliz—repitió convencido—. Hubo un tiempo en que los hombres se creyeron dichosos sobre la Tierra, porque despreciaban el dolor y la muerte. Sus dioses eran sus vicios o sus pasiones; pero en el fondo de su alma había un anhelo de algo más y no eran dichosos. ¿No sabes, Dahgut, que vino un Galileo que predicó que sólo al través de la pobreza, del sufrimiento y de la muerte, podía hallarse la dicha? ¿De qué te sirven esas riquezas de que no puedes gozar, esa vida que no tiene fin? Todos los placeres no valen un minuto de dolor cuando ese dolor es la llave de la vida del alma.

Calló el peregrino. Dahgut sentía ante él algo muy hondo, que se deshacía, al fin, en un anhelo inmenso, a modo de ensueño de paz.

Y el peregrino era la Muerte, que venía a libertarla de la Ambición y la Lujuria, el doble sortilegio de la ciudad sumergida.

ESTAMPAS LIBERTINAS

LA CIUDAD DEL AMOR

Como en el verso de Rodembach «mi carne estaba triste y había leído todos los libros». Mi vida, sin ley religiosa ni moral, fué un jardín de Armida donde probé el acre encanto de los frutos prohibidos. Desde la boca de fresca rosa de Beatriz hasta los labios secos y descoloridos que hedían a creosota de Medea; desde las manos puras como virginales lises de Margarita, hasta las obscenas manos de Atalanta; desde los ojos de cielo de María, hasta las corrompidas lagunas que dormían en las pupilas de Gracia, gusté de todos los labios, acaricié todas las manos y me miré en todos los ojos, y tras de la equívoca teoría había venido Lelia cándida y lasciva, frívola y trascendental, exquisita y grosera; pero sobre todo tan atrozmente fatigada, desengañada, hastiada y asqueada de todo. Es imposible dar una idea

de su gesto, de la mueca cansada de su boca, del tedio inmenso de sus ojos. Era aquella mujer un compendio de todos los hastíos, de todas las repulsiones y de todas las acedías. Junto a Lelia, al través de las noches atroces de lujuria en que nos retorcíamos como poseídos, había llegado a un concepto casi ascético de la vida. Aquella mujer no era carne y era, sin embargo, atrozmente carne. Con ella el amor convertíase en una maceración en que vivían todos los ascos y todos los frenesís. Y tras las noches de placer exasperado hasta el dolor, venían los días de tedio anonadante.

La velada había sido conceptuosa y lánguida; en el saloncito, decorado con zócalo y artesón de ébano incrustado de raras alimañas de nácar, y tapizado de seda negra brochada de frutos de plata, en la semipenumbra de las lámparas, veladas por pantallas naranja, habíamos dejado deslizarse las horas en un fatigoso conversar. Eramos cuatro personas. Lelia, a quien se adivinaba desnuda debajo de la bata de crespón; Juan, muy correcto, muy *chic* y sin embargo muy ambiguo; Habid, *snob* en su atavío de *gentleman*, y yo. Lelia estaba caída, rota, desbaratada sobre el gran diván. Sus cabellos negros, casi azules, escrespábanse en torno a la cabeza, mientras en sus pupilas de enigma dormían todas las perversidades; Juan, alto,

delgado, anguloso, con maravillosas pupilas de noche, acariciaba a Bayardo, su perro-lobo, y Habid fumaba ámbar con el gesto banal de los hombres de *club*, acostumbrados a pasar las horas sin hacer nada.

Habíamos hablado del amor. Cada uno había dado su definición en aquel divagar deslabazado. Habid tenía el concepto oriental; para él, el amor era placer, placer refinado, exquisito; pero sólo placer, sin complicaciones psicológicas. Lelia, ella, sabia y filosófica como una cortesana griega, tuvo una frase admirable: —¡Bah, un corazón!... No es tan difícil encontrar un corazón. Lo difícil es que esté precisamente en el cuerpo en que deseamos encontrarle—. Pero Juan se encastilló en un esceptismo cruel y amargo, un esceptismo lleno de cinismos crudos y repulsivos. —El amor—habíamos dicho—no es más que una sensación. No es estremecimiento, ni el escalofrío... todo eso es literatura. El amor es el deseo primero, la sacudida después; el amor perfecto es el que se encuentra en los callejones del puerto de Marsella, en las sombras del Paralelo barcelonés, en la playa del Lido en Venecia o en los cementerios de Constantinopla; es el encuentro brutal, grosero, puramente animal, sin requilitorios ni delicadezas.

***

Una vez en la calle sentí una fuerza más poderosa que mi voluntad arrastrarme hacia no sé qué misterios repulsivos, y en vez de ascender hacia el centro de la población, descendí lentamente en dirección de los viejos jardines que la limitaban por el Sur. Primero atravesé unos callejones empinados y tortuosos, unos callejones muy de leyenda en su estrechez, limitada por las altas tapias de un convento, sobre las que asomaban sus puntiagudas copas los cipreses, y después de cruzar una plazoleta silencioso, en que un viejo edificio plateresco, cerrado por una verja, dormía su sueño burocrático, me encontré en el paseo.

La noche era muy clara, una de esas noches glaciales que evocan en nosotros misteriosos paisajes—paisajes que no acertamos a saber si son escenario de cuentos infantiles, panoramas lunares o polares perspectivas—. Todas las cosas eran las mismas, y, sin embargo, aparecían heladas, cristalizadas, muertas bajo la blancura que desde un cielo azul y transparente vertía la luna. La amplia vía formaba allí una plazoleta con cuatro fontanas de piedra vacías ahora. A ambos lados, blanca y clara, se tendía la avenida a un lado por un enorme edificio especie de pinacoteca, al otro por un viejo jardín real lleno de poesía. Tras el jardín abríanse enormes *boulévares*, calles sin ha-

cer, que, bordeando otros jardines, daban al campo o a los arrabales de la gran urbe.

Atraído por el misterio de las vías desiertas avancé decididamente por ellas. Apenas había dado algunos pasos cuando surgieron dos mujeres, dos miserables hembras que me brindaron su mercancía de amor. No hice caso, y seguí. Pero ellas marchaban tras de mí salmodiando quejumbrosas su oferta. Una era flaca y desgarbada, informe bajo el mantón de lana, confusa e indescifrable como una moneda antigua; la otra era vieja, gorda, blanduzca, y se arrastraba trabajosamente, dándome la repulsiva sensación de una enorme larva. Quedaron atrás y respiré; pero poco a poco, y como el conjuro de una rara maldicion, la noche comenzó a poblarse de monstruos. Era un pulular de miserias, un bullir de seres asquerosos; ciegos, con los ojos devorados de costras, tiritando bajo sus andrajos, las barbas de chivo apoyadas en el hombro de los enclenques lazarillos chupados de escrófula y de vicios precoces; cojos, tullidos, semiparalíticos, reblandecidos, que marchaban con grandes gestos incongruentes ejecutando una extraña zarabanda; viejas sarmentosas y miserables que salmodiaban oraciones y blasfemias; mujeres escuálidas, amarillas y demacradas bajo la luna, como mártires; niños famélicos con cráneos deformes de delincuentes natos; chu-

los, golfos, taifas, chirles, vagaban por allí buscando un rincón abrigado donde dar con su miseria. Montones informes de criaturas dormían entre papeles y trapos en una asquerosa promiscuidad. Y de vez en cuando, grotesca y obscena, una pareja, macho y hembra, tirados en el suelo o simplemente reclinados en la pared, se entregaban a un espasmo de amor. Un poco más arriba tres o cuatro mujeres, que más hedían a hospital que a lupanar, bromeaban a gritos con unos carreteros que temblaban de deseo y de frío, y que acababan por hacer su cámara nupcial allí mismo, ante los ojos maliciosos de los golfos, saludados por las horrendas imprecaciones de las viejas brujas que se encaminaban al aquelarre. Más arriba aún, en la rinconada que formaban dos jardines muy XVIII, veíase un gran montón de miseria humana; golfos, chulos imberbes, viejos mendigos, chicuelas impúberes y rameras comidas de lacras, dormían apiñados tratando de darse calor, mientras que en medio del grupo, una pareja que permanecía oculta, mecíase al ritmo de un amor brutal.

Me detuve. El espectáculo de la atroz miseria, de la horrenda abyección, en vez de inspirarme lástima, me inspiraba una idea cruel; era como una voluptuosidad malsana, un inconsciente sadismo, una necesidad de romper la terrible fraternidad de miseria y

ver a la bestia revolcarse furibunda. Entonces tuve una idea diabólica.

Me acerqué a uno de los grupos, y deteniéndome junto a él, tosí.

Nadie se movió. Volví a toser, nada. Entonces empujé con el pie uno de los bultos, que al sentir el contacto, removióse. Del montón informe, de las insexuadas promiscuidades, surgió una cara de pilluelo abotargada por el sueño; unos ojos idiotizados por la modorra fijaron en mí su mirada asombrada, y de pronto, al ver a un caballero, creyéndome indudablemente un policía, se puso en pie.

Era menudo, flaco, enclenque; tenía la nariz chata y los ojos vagamente oblicuos; por una desgarradura del enorme chaquetón, que le llegaba hasta las rodillas, veíasele un hombro desnudo. Le interrogué:

—¿Qué haces aquí, tirado en medio de la calle?

Persistiendo en su error de creerme un justicia, bajó la cabeza, y con un ademán de alimaña feroz sorprendida por un cazador, dispúsose a emprender la huída. Pero, sin miedo a los andrajos, le sujeté por un brazo, y sacando del bolsillo una peseta, se la ofrecí.

Al ver la moneda observóme largamente, y de pronto, en su rostro abrutado, surgió como una lucecilla de malicia canalla, algo muy innoble y muy hediondo.

Volví a interrogarle:

—¿Duermes aquí todos los días?

—Sí, señor.

—¿Sois muchos?

Encogióse de hombros.

—Es un según... *¡In cuanti* más frío, más!

Sin quererlo, resbalé a una pregunta de una familiaridad cínica.

—¿Tienes querida?

Al escuchar mi interrogación, una sonrisa, mitad lasciva, mitad burlona, rasgó la boca de gruesos labios y dientes amarillos.

—¡Querida, talmente, no; pero cuando aprieta el frío, *toas* están *pa* el abrigo!

Tras un silencio, me decido.

—Despiértales; no quiero que hoy durmáis al raso.

A puntapiés fué interrumpiendo el sueño de sus colegas, y, poco a poco, del montón de porquerías fueron alzándose, entre sordos gruñidos, los rostros asombrados de aquellos miserables. Caras macilentas, demacradas, de ojos hundidos y pómulos salientes; faces hinchadas, tumefactas, roídas de postemas; carátulas horripilantemente grotescas y otras ferozmente maceradas por el hambre, el frío y la miseria, volviéronse hacia mí.

Cuando todo el racimo de despojos humanos halláronse incorporados con un ges-

to pasmado e idiota, saqué un puñado de monedas del bolsillo y se lo arrojé. Entonces pasó algo terrible, repulsivo, de una crueldad feroz. Todas aquellas gentes que un momento antes, en la fraternidad del dolor, confundían sus miserias y sus hedores, tornáronse en enemigos al argentino tintinear de las monedas en el suelo, y precipitándose en tierra, acometiéronse furiosamente disputándose la posesión de aquel bien, y fué una lucha encarnizada, feroz, una lucha de fieras hambrientas que se revolcaban, se acometían, se mordían, se desgarraban. De vez en cuando aparecía un rostro cubierto de sangre o un brazo se agitaba desesperadamente en el aire sosteniendo una moneda de plata. Oíanse gritos inarticulados, amenazas terribles, blasfemias y maldiciones. Como un dios que mirase aniquilarse a sus criaturas contemplaba yo el cuadro; pero también, como sucede siempre, las criaturas acabaron por volverse contra su dios. Un gruñido sordo, imponente, comenzaba a alzarse en torno a mí. El grupo había ido engrosando; como si las piedras se convirtiesen en miserables, surgían de todas partes; ya no eran los de antes; otros y otros y otros más iban llegando. Y las vendedoras de amor acudían también; y los rufianes ponían el prestigio de su presencia; y hombres a quienes sus malos deseos arrastraban

al través de la noche sentían apagarse sus rigosidades ante el incendio del odio y la ambición.

Arrojé nuevos puñados de plata; pero las monedas se acababan y en cambio los grupos iban aumentando por momentos. Traté de emprender la retirada; imposible. Cada vez había más gente y los gruñidos convertíanse en imprecaciones. Enarbolé el bastón y entonces, a la luz de la luna, vi brillar el grueso brillante que llevaba en uno de mis dedos. Rápido me lo quité, hícele rebrillar y como un último trofeo se lo arrojé a la turba. Fué horrible, épico, monstruoso. Todos, todos, mujeres, hombres, niños, se abatieron furiosamente sobre la presa con gritos incongruentes de locos mientras yo huía, y al fin, libre de la pesadilla lograba alcanzar las calles habitadas.

***

Lentamente, con serena frialdad de paseante, dejé la avenida central y por un sendero casi campesino fuí hacia la verja. El ruido de la tragedia habida noches antes entre las gentes del hampa se había extinguido ya, y los periódicos preocupados por otras cosas habían dejado de hablar de aquel asunto. Hubo muertos y heridos; una mujer había aparecido con el vientre desgarrado

de una cuchillada, otra había ido a la Casa de Socorro con un ojo colgando. Durante ocho días mis nervios habían vivido en perpetua tensión. ¿Parecería el brillante comprometedor que yo había arrojado a la chusma exasperada? ¿Me mezclarían en la rara tragedia? ¿El nombre de los Abarcas de Aragón sería arrastrado por los suelos?

Ahora mismo, mientras el jardín se bañaba en la misteriosa claridad violeta del atardecer pensaba en ello, cuando mi atención fué cautivada por el brillar de un gusano de luz. Me incliné. ¡Mi brillante!

Estuve a punto de caer al suelo. ¡En uno de los garfios de platino que sostenían la piedra había un trozo de carne humana y un gusano negro y viscoso cercábala con su anillo inmundo!

LOS SÁTIROS

PASTORELA LIBERTINA

(SIGLO XVIII)

Bajó un escalón más y se detuvo. Con un gesto encantador de pueril azoramiento, uno de esos gestos mitad temerosos y mitad de trivial vanidad, propios de ciertas aves de fastuoso plumaje, enriquecido de joyeles, y de ciertas mujeres que viven tan sólo para adorarse a sí mismas en el frágil espejo de sus bellezas, miró a un lado y otro ladeando la cabeza, pequeña y perfecta, sostenida por la escultórica pureza del cuello.

Después de la penumbra de las grandes salas pobladas por la nobleza de los retratos agobiados de enormes pelucas, la cinegética marcialidad de los tapices y la arbitrariedad de los personajes atalayados en las viejas lacas de Koromandel, el crepúsculo, todo rosa y oro en la puesta solar, hacía a la marquesa Colomba entornar los ojos. En

el atardecer primaveral el parque señoril bañábase en la luz violeta, y era como una sinfonía de gamas que iban desde el nácar rielado de oro del cielo hasta el amatista profundo y trasparente, tenuemente velado de bruma, de los laberintos de bojes, pasando por el morado casi azul de las frondas. Destacábase en primer término la blancura de la pétrea escalinata que descendía, flanqueada por grandes jarrones de mármol, desde el palacete hasta el jardín; después la gracia policroma del parterre que, en un milagro de la luz, se teñía de malva bajo la sonrisa frívola de los dioses de piedra; más allá el estanque, en el anochecer, embrujado de misterio, y por fin los laberintos de bojes y arrayanes que desembocaban en el bosque, un bosque irrisorio donde los leñadores eran caballeros de traje de terciopelo y las pastoras *soubrettes* de chapín de raso y lunar de terciopelo.

Como la brisa traía perfumes y los cisnes paseaban orgullosamente por el cristal del lago, y un pavo real, posado sobre un jarrón, había abierto el abanico de su cola como un juguete de portentosa orfebrería, la marquesa Colomba sonrió.

Era linda, con la gracia leve, suave y convencional, un poco libertina y un poco conceptuosa, de los Watteau y de los Fregonard. En la huída de los cabellos dorados,

levemente empolvados, la frente se abombaba; los ojos eran azules, más acuosos y trasparentes entre las pestañas pintadas, la nariz ligeramente respingada y el óvalo de la barbilla fino e incitante en la gracia pícara de un hoyuelo. La línea del hombro era muy clásica, las pomas de los senos duras y redondas, el talle inverosímil, y toda ella, en la pomposidad del vestido de brocado rosa, levemente florecido de plata, tenía una gracia efímera, mitad de flor y mitad de mujer.

Descendió otros dos escalones aún, envió con la mano un gracioso adiós al vetusto y desvencijado marqués, que hablaba de cetrería con el abate Silvano, viejo abate galante, que aún sabía murmurar un madrigal al oído de las damas y acariciar la barbilla de las *soubrettes* cuando las tropezaba en los corredores, y siguió descendiendo mientras sus labios pintados suspiraban no sé qué pena de madrigal.

Estaba triste. El perpetuo juego de amor no la bastaba para llenar su vida y algunas veces envidiaba a Linda, su camarista, que por lo menos corría locas aventuras, en que los jayanes eran como los faunos que pintara el señor de Rubens en su «Rapto de las Sabinas». La adoración rendida y respetuosa del Caballero de la Torre Verde la empalagaba como una confitura demasiado almiba-

rada. Eran siempre las mismas endechas, los mismos gestos de rendimiento cortesano, siempre la devoción un poco quijotesca. La marquesa Colomba no podía conformarse con aquel platonismo sentimental, y cuando por las noches se iba desnudando, y al dejar caer los pomposos atavíos de brocado, al abandonar la prisión de espumas de las finas holandas, veía surgir el milagro de nieve y de pluma de cisne de su cuerpo, más blanco en el contraste de los negros terciopelos que ceñían su cuello y sujetaban a las muñecas las miniaturas orladas de diamantes, suspiraba melancólicamente, pensando que aquellos tesoros eran plato del banquete del apolillado marqués, harto frugal a decir verdad, y comida platónicamente deseada del Caballero demasiado respetuoso para su ver. Y rememoraba la apostura de Carmín el jardinero y la gracia de Tomillo, el vaquerito de los rizos negros.

Justamente aquel día, cansada ya de alambicadas razones, habíase querellado con su adorador, y exasperada por su paciencia, había acabado por echarle en cara su respeto, como un delito de lesa belleza. ¿Pues qué, era ella acaso algún costal de paja para dejar a la gente en condiciones de competir con los carámbanos del Polo o Virgen de retablo para adorarla de rodillas y apenas atreverse a besar el borde de su manto?

Una sonrisa mefistofélica, que creyó ver en los labios del Caballero, acabó de irritarla y despeñóse por los vericuetos de la ira, acabando por despedir de mala manera a su galán.

Cuando pasósela el sofoco y compuso el despeinado cabello, reinstaló el lunar en la mejilla, dió de colorete a los labios y empolvóse la naricilla respingada, tomó la determinación de irse al parque en busca de aventuras.

***

Ya en el laberinto, sintió una vaga sensación de sobresalto que la indignó consigo misma. ¡Miedo! Aquello del miedo era indigno de ella. Y resuelta cruzó entre la violada neblina como por los subterráneos de un palacio de amatistas, y llegó al bosque. Allí, realmente, no era prudente aventurarse; sin embargo, como la nerviosidad la sostenía y el crepúsculo, irisado de perla, era muy bello, metióse entre los árboles centenarios, todos de un tono verde violeta. El bosque, a tal hora, era más que el de la Bella Durmiente el de Alí-Babá, y tenía el aspecto de una decoración *de bosque* para el teatro de Versalles.

Pisando hojas secas con el chapín de oro, ambulaba la marquesa Colomba cuando, sú-

bitamente, un ruido la hizo estremecer. Entonces recordó las historias espeluznantes de sátiros feos y sucios que violaban bellas damas, y quiso huir; pero antes de que pudiese remediarlo, tres enmascarados se arrojaron sobre ella, y el que parecía jefe o capitán arrastróla a una cabaña. La marquesa Colomba se desmayó, pero no sin tomarse el tiempo de observar que su forzador era joven, apuesto y que, pese al disfraz, no olía mal.

***

La marquesa Colomba no estaba ya triste. Tras su lance volvió al amor del Caballero, y reposó feliz en sus brazos. La loca aventura había pasado ya. La brutalidad del sátiro habíala curado y amaba al Caballero de la Torre Verde, frívola y conceptuosamente entre epigramas a lo Beaumarchais y decires madrigalescos.

Cuando un día...

Nevaba, y el parque entero era todo blanco, como los campos de los cuentos encantados de Perrault. Al través de los vidrios veíase caer la nieve en albos copos lenta y parsimoniosa. En la rotonda gris con tapices de cartón mitológico, sederías azules y sobrepuertas de Boncher, Colomba, cansa-

da de tocar el clavicordio, hablaba con su amante.

¿Fué el tedio? ¿Un demonio burlón que se complaciera en mortificar a los enamorados? No lo sé; pero es el caso que el de la Torre Verde, en un momento de espontaneidad, se echó a reir:

—¡Y pensar que debo tu amor a los sátiros!

Alzóse rápida e interrogóle. Aunque quiso negar era ya tarde para remediar el mal, y hubo de confesar de plano. No había tales sátiros: era él, él que recurrió a la extratagema para recobrar su amor.

Muy pálida, Colomba, inexorable, le señaló la puerta. Fué inútil que llorase, que hiciese protestas de devota adoración; no consiguió desarmarla, y cabizbajo, sintiéndola perdida, hubo de salir.

Entonces ella, mientras se limpiaba una lágrima y miraba caer la nieve, murmuró tristemente:

—¡Canalla! ¡Se lo perdono todo, todo menos que me lo haya dicho y me haya robado mi pobre ilusión!

EL JARDÍN DE HÉCATE

El jardín tenía blanca claridad de luna y dulce serenidad de camposanto. Para llegar a él había que cruzar el hirviente río del Deseo.

Entre hileras de abetos y cipreses corrían los blancos senderos, bordeados de parterres. Las flores enormes, incoloras unas veces, rabiosamente coloreadas otras, esparcían intenso aroma tan violento, que algunas veces semejaba olor de podredumbre. En las corolas, de peregrina belleza, removían monstruosas larvas, que pendían como vivientes pistilos.

Y al fondo, al borde de un estanque cubierto de líquen, enlazadas por el talle, danzaban las tres hermanas: la Lujuria, la Locura y la Muerte.

UN AMOR DE ULTRATUMBA

Un sol terrible dejaba caer sus rayos de plano sobre el cementerio. ¡Las dos de la tarde y el mes de Agosto! Sin embargo, no había querido yo delegar en nadie el triste derecho a ser el que presidiese aquella lúgubre tarea.

Para mí, aislado en el mundo, sin familia ni casi amigos, era un acre placer el de hacer surgir de la tierra, como un insulto a la vida, todos aquellos muertos que representaban cuanto amé y cuanto tuve en mis horas de felicidad. Mi salud rota, deshecha, bamboleándose como un barco desmantelado por los mares de la locura, mi fortuna enorme, que no me servía sino para vivir en un escepticismo amargo, lleno de sarcasmos, viendo en los demás una perpetua persecución de mis millones, todo contribuía a mi aislamiento. En el tedio inmenso de mis ho-

ras solitarias había concebido la idea de aquel panteón enorme, fastuoso, verdadero palacio de la muerte, donde se reunirían para esperarme los cadáveres de los seres que más amé: mis padres, mi hermana y mi prima, a la vez mi amada de los días de juventud y de alegría.

Hora por hora había dedicado todas las potencias de mi inteligencia y de voluntad a la erección de aquel monumento funerario, y al fin, concluído, había llegado la hora del traslado.

Avanzamos a través del camposanto. La comitiva no podía ser más reducida; además de los empleados, mi administrador y yo.

Las tumbas se tendían a nuestro lado indiferentes, contempladas así en plena luz, sin la romántica escenografía de las noches de luna, ni el brutal horror de la podredumbre vista en pleno sol.

Al fin llegamos a las sepulturas de mis muertos y comenzó la triste ceremonia. Fueron abriendo las tumbas, y un olor frío a humedad llegó a mí. Primero las de mis padres. Los féretros aparecieron intactos. Después la caja de cinc y plata en que dormía mi hermana. Y al fin...

¡Horror! Un olor acre, a podredumbre, a muerte, me hirió como un latigazo. Miré. En el fondo del sepulcro vi el cadáver de mi amada. Era algo espantoso, lúgubre y gro-

tesco en una pieza. El esqueleto, descarnado, conservaba jirones de blancas vestiduras que la daban la apariencia siniestra de una novia de ultratumba. Una corona de albas rosas artificiales ceñía la calavera, y en el fondo de los vacíos cuencos de los ojos se movían verduzcos gusanos, mientras la boca reía su sarcasmo. Y las manos... ¡Oh, el infinito horror de aquellas manos de esqueleto! De pronto mis cabellos se erizaron, y sentí un escalofrío de espanto. ¡Aquella mano se movía! ¡Me llamaba! Por algunos instantes la mano se agitó. ¡Me llamaba! No había duda. Un miedo trágico me hacía balancearme sobre los abismos de la locura, cuando al mover uno de los sepultureros el cuerpo de la muerta surgió de debajo de la mano un sapo viscoso, inmundo.

—No ha sido nada—murmuró alguien a mi lado.

Pero yo ahora sentía que algo anormal, algo que saliendo de los límites de las cosas lógicas penetraba en el mundo misterioso del *problema*, sucedía. Una luminosidad extraña fingía sobre el esqueleto la grácil figura de la muerte, una figura traslúcida, inconsistente que yo sólo veía. Y la muerta me hablaba.

—¿Para qué vivir? ¿De qué te sirve la vida? ¡Cuánto mejor estarías aquí, a mi lado!—Y como yo me estremeciese:—Sí, ya sé lo que

te espanta: los gusanos, las alimañas... ¡bah! ni se les siente. ¡Además, acompañan! Porque aquí—prosiguió con aquella voz extraña que se fundía en la brisa inapreciable para los demás—¡lo terrible es la soledad!

Dos lágrimas — ¿eran lágrimas o gusanos?—se deslizaron lentos por los pómulos.

—No llores — animé yo—, pronto estaré contigo.

Sentía frío, un frío intenso, espantoso. Alguien me tocó en el brazo:

—¿Vamos? Ya acabó.

.....

Ahora estaba acostado. Una lucecilla ardía en un vaso cobijado por obscura pantalla. En el cuarto no había nadie. Mejor dicho, sí, a los pies de la cama le sentía a *ella*.

—¿Estás ahí?

—Sí aquí estoy.

Hubo una pausa, durante la que me pareció que suspiraba tristemente.

—¿Por qué suspiras?

Sin contestar a mi pregunta, la muerta afirmó:

—Me tendré que ir. Hoy es la última noche que puedo estar contigo. ¡Y me da miedo volver al cementerio sola!

—Volveré contigo—ofrecí.

Ella pareció dudar. Sus pupilas verdes—¿pupilas o gusanos?—brillaban en la semipenumbra. Al fin dijo:

—¡Vamos!

Me levanté. Mi amada me dió la mano y comenzamos a caminar al través de los salones.

Surgieron gentes que gritaron tratando de detenerme: forcejeé. Dos hombres rodaron por el suelo. Libre, corrí, corrí sin reposo, derrumbando obstáculos, franqueando puertas, escaleras... Me faltó pie y caí en un abismo, helado, lóbrego, sin fin...

LA MUERTE EN LOS TOROS

Sin saber por qué, al vestirse aquel día el traje de luces Rafael Granés, *Granaíto,* sintió un malestar indefinible, que persona más ducha en tales cosas hubiese calificado de presentimiento. Sin razón ni causa, en el momento en que se contemplaba en el espejo de la fonda, envuelto en seda púrpura y en oro, realizadas sus ilusiones de llegar *a donde llegan los buenos*, cuando le faltaba una hora para en la Plaza de Madrid tomar la alternativa de manos del mismísimo Joselito, aquellas imágenes que nada tenían que ver con el triunfo ni con el *quedar bien*, no con la estampa de los bichos ni con la dirección del viento, ensombrecían su imaginación. Eran cosas confusas e incoherentes, una cadena de figuras escalofriantes que en realidad nunca hasta entonces le habían escalofriado. Era el cuerpo inerte, roto, des-

articulado como el de un muñeco, amarillento con palideces de cera, rasgado el vientre por una cornada, del pobre *Finito;* era el cadáver lívido, violáceo, de aquel ahogado a quien los peces devoraran ojos y nariz, con que nadando un día en un remanso del río en las cercanías de Segovia, se tropezara con él; era la agonía del pobre *Lañita* en las salas hostiles y glaciales del hospital... Y todas aquellas representaciones que siempre mirara, en su filosofía muy semejante a un estoicismo bárbaro, como peripecia de la vida sin otra transcendencia que la de simples acontecimientos necesarios, adquirían ahora una importancia insólita. Como una de esas teorías de fantasmas que se esfuman vagamente en el claro-obscuro de las aguafuertes de Boecklin, veíalos pasar raramente enlazados y confundidos, sin poder llegar a separar unas de otras ni tampoco a destacarlas claramente. Y de la masa confusa y escalofriante percibía el sarcasmo atroz del rostro del ahogado, la sonrisa crispada de agonía que mostraba los dientes caballunos, amarillos y grandes, del mísero *Finito*, y el temblor azul de llama de alcohol de las pupilas de *Lañita* moribundo.

Paliza, el mozo de estoques, después de liarle la faja, poníale el chaleco, todo cubierto de áureas flores y alamares de oro; en el espejo reflejábase la apostura bárbara,

la elegancia de animal joven y fuerte del lidiador, envuelto en la gloria de aquel traje que era como un rayo de sol. Alto, enjuto y moreno, tenía en los ojos verdes la tristeza grave y meditativa de la raza árabe, a que debieron pertenecer sus lejanos y misteriosos ascendientes, tristeza agravada ahora por un sello de resignada melancolía fatalista. El cuarto llenábase de gentes: toreros que no toreaban aquel día, *buenos aficionaos*, periodistas amigos, admiradores incondicionales y algún obscuro pariente deslumbrado por la gloria del fenómeno, iban y venían entre frases entusiastas, decires encomiásticos e hiperbólicos vaticinios. Y, sin embargo, Rafael estaba triste. En su mañana de gloria un pájaro agorero cantaba su canción siniestra. Y mientras los demás se prometían una tarde triunfal, él veía el cuerpo cerúleo del infeliz *Finito*, desgarrado por una cornada.

¡Qué diferencia de la tarde de la primera novillada que toreara en Tetuán! Entonces no tenía el cortejo de admiradores, ni el traje de Retana, ni el capote de seis mil reales, ni el *auto* del conde de Ponzano para ir a la Plaza... Entonces era invierno, el cielo estaba gris y hacía mucho frío, y él, tiritando, calado hasta los huesos por la fina llovizna que caía implacable desde media tarde, había vuelto en la desvencijada calesa tapán-

dose con el capotillo alquilado en la casa de préstamos; pero entonces estaba contento y la alegría gorjeaba en su alma como el agua en el surtidor de una fontana; entonces el recuerdo de los aplausos le reconfortaban y los brazos de Remedios esperábanle como un reflujo donde hallaría calor, y en los ojos dorados de la amada brillaba la esperanza inextinguible. ¿Por qué la habría abandonado? ¿Por qué había sido cobarde y en vez de en el triunfo proseguir siendo *él*, convirtiérase en el juguete de aquellas gentes que le traían la gloria y le robaban la fe ciega, la divina inconsciencia para conseguirla?

En vez de pensar en su labor de aquella tarde, en vez de embriagarse por anticipado con la idea de los lances a ejecutar, iba, sin querer, rememorando su vida pasada. Novillero obscuro que rodaba por las plazas pueblerinas y de tarde en tarde hacía una aparición por la de Tetuán de las Victorias, vivía dichoso en su amor por Remedios, cuando aquel mismo amor le hizo héroe. De la noche a la mañana, una faena de muleta, una estocada... y como por ensalmo surgieron admiradores, devotos, partidarios vehementes. Y fueron a pasos agigantados las etapas de la vida de fenómeno. Por fin, en las últimas novilladas, quedó consagrado como el primero para tomar la alternativa en la Plaza madrileña. El curso de su vida

desvióse. Con esa manía castiza de españolismo convencional que acometiera a los artistas, hiciéronse éstos amigos del héroe, y Rafael Granés, *Granaíto*, comenzó a alternar. Pronto, entre los aristócratas enfermos de literatura y de cosmopolitismo, y los artistas tocados de majeza bárbara, las ideas, y sobre todo las sensaciones del muchacho, comenzaron a transformarse. Aquellas gentes hablaban de la Tristeza y de la Muerte (así con mayúsculas); se apasionaban morbosamente por los toros, pero no a la manera de los viejos aficionados, en la pasión de las suertes clásicas, sino como un espectáculo de suprema decadencia, algo así como una evocación del *Coloseum* romano. Multitud de símbolos obscuros que para él tenían un valor misterioso y escalofriante, poblaron su imaginación; leyó cosas arbitrarias y extrañas que deprimían su ánimo; fué, en una palabra, ese extraño tipo del torero intelectual. Y coronando la obra, un día halló-se en brazos de Nena Mérida, la muñequilla elegante, viciosa y llena de curiosidades perversas, y la pobre Remedios fué al olvido con la vida pasada. Claro que aquellas gentes eran un reclamo, que hacían de él el torero de moda, el ídolo de leyenda; pero al mismo tiempo que le abrían los caminos del triunfo, robábanle la inconsciencia fuerte y brava que le hacía el *héroe*.

Por eso Rafael, en vez de sonreir a su imagen, que toda cubierta de oro, como un icono, le devolvía el espejo, estaba triste, y en las pupilas de esmeralda dormía la inquietud como esos fantasmas maléficos que se ocultan en el fondo de los estanques cubiertos de líquenes.

***

Mientras en el relampaguear de los bordados heridos por el sol, a los acordes de un pasodoble, desfilaban las cuadrillas bajo el dosel añil del cielo, en vez de la alegría nerviosa, hecha de inquietud y de esperanza, de quien, tras de la lucha, está próximo *a llegar,* Rafael sintió otra vez el sobresalto de un presentimiento. El público recibía el desfile con aplausos; las hembras de trapío, airosamente envueltas en los filipinos mantones o velados los rostros por el Almagro de las mantillas, saludaban sonrisas a los diestros, y las cosas prometían una tarde triunfal. Pero en el paisaje interior del héroe todo era gris, nublado de sombras, uno de esos panoramas espirituales plenos de horrenda desolación, que algunas veces, en días de sol, de alegría, de triunfo, vemos dentro de nosotros mismos, en rara contraposición con las cosas externas, y que son como esas misteriosas alucinaciones que en las horas

de bienestar anuncian las grandes catástrofes.

Apenas había rendido pleitesía a la presidencia, buscó con los ojos a sus amigos. En una barrera estaban Jimmy Roldán y Popó Anglada, y el torero acercóse a estrecharles la mano.

—¿Nena Mérida?—formuló a modo de interrogación.

Popó señalóle un palco.

—Ahí está.

Una descarga eléctrica sacudió los nervios de Rafael. Allí estaba, efectivamente, Nena Mérida, frívola y alocada, con, en el aire decadente, la postura voluptuosa y la elegancia arbitraria de la mantilla, un no sé qué de maja de Federico Beltrán; allí estaba ella sonriéndole con la más alentadora de sus sonrisas; pero el chiquillo no la vió. Sus pupilas, fascinadas, fijábanse en la dama que la acompañaba, y todos los temores anteriores cristalizábanse en un estremecimiento de miedo. ¡La Muerte! Porque no cabía duda de que aquella dama que se exhibía en el palco era la mismísima Muerte en persona. Alta, amarilla, descarnada, destapados por una crispación de los labios los dientes grandes y marfileños, las pupilas como dos llamitas perdidas en los negros cuencos de los ojos, era la Muerte que en el burlesco sarcasmo de unos claveles rojos

velados por las blancas blondas de la mantilla, las manos esqueléticas, manchadas de fabulosas preseas, hincadas en el barandal, le devoraba con los ojos. Inquieto, turbadísimo, interrogó:

—¿Quién es la señora esa que está a su *vera?*

Jimmy afirmó muy serio:

—La Muerte.

Y como en los ojos del muchacho viese reflejarse angustioso anhelo y adivinase en él un escalofrío, exclamó:

—No vayas a creértelo, ¿eh?... Es una inglesa amiga nuestra de París que está pasando unos días aquí—. Y volviéndose a Popó, encantado de poder decir cosas sensacionales, comentó:

—La verdad que es para inquietar a cualquiera. ¡La locura y la muerte en los toros!

Pero ya Rafael no les oía. Había sonado el toque de clarín, y en los segundos que mediaban hasta la aparición del toro, sentía esa angustia de los toreros que se cristaliza en una secreta pregunta: «¿Será bravo o un manso?»

Habían abierto la puerta del toril, y en la penumbra que contrastaba violentamente con el deslumbrar del sol, habíase parado el bruto. Era éste negro, listón, de tipo bonito y bien aviado de defensas. De un bote plantóse en el ruedo, y tras de otear a un lado y

otro, arrancóse en rápida embestida contra un peón, a quien costó no pocas fatigas ponerse en salvo. Rafael tuvo un momento de alegría, y un rayo de esperanza iluminó su corazón. Bravo. ¡Era bravo y podría lucirse luchando cara a cara, como hacen los hombres! Su presentimiento era engañoso espejismo, y pronto volvióle el desaliento. El toro, apenas sintiera el hierro de los piqueros, tornosé en mansurrón y cobarde, pero, eso sí, más sabio que Merlín y mal intencionado como él solo. Sin embargo, precisábase hacer algo, lucirse, porque el público comenzaba a llamarse a engaño y se impacientaba. *Granaíto* fuése al bicho e inició dos lances en que el toro quedóse cerniendo, y obligóle a moverse más de la cuenta, con lo cual la impaciencia del público creció. Sonaron algunos silbidos, y el pobre diestro, aturdido, acobardado, luchando entre su miedo y su deseo, no hizo sino aturullarse más y más.

Desde aquel momento toda la lidia fué para Rafael como una extraña pesadilla en que vivía dos vidas: una, la vida de sonámbulo, penosa e inquieta, en que realizaba suertes absurdas, que las gentes, desconcertadas, no sabían si aplaudir o silbar; y otra, una vida de espejismo en que los toros no eran lo que para él fueron siempre, sino una cosa convencional y malsana, en que se mez-

claba la sangre, la brutalidad, la lujuria y la muerte, vistas al través de las palabras de sus nuevos amigos.

Había momentos de clarividencia en que tornaba a su sér real, y entonces era bravo, sabía su oficio, y el público, por un momento, volvía a ver en él el favorito. Pero los ojos de la dama del palco, como los de un hipnotizador, le atraían, le fascinaban, y, al alzar la mirada hacia ella, sentía frío y pensaba fatal, casi resignado: «¡Voy a morir!»

Al fin, sin saber casi cómo, hallóse ante el toro con los trastos de matar en la mano. «¡Ahora!», pensó.

Dió un pase magnífico, otro de primera, otro y otro. El pueblo rompió en un aplauso fervoroso, entusiasta. Otro pase de pecho, maravilloso éste, y el público, electrizado, se puso en pie. Ahora. El toro había cuadrado, y *Granaíto* se perfilaba para matar. Otra vez la idea siniestra aleteó: «¡Voy a morir!» Sus ojos volviéronse hacia el palco. La Muerte le contemplaba impávida, fijas en él las pupilas de fuego fatuo. Pero al huir su mirada de la mirada siniestra, sus ojos tropezaron con otros ojos de topacio, y fué como si el sol, rasgando los negros cendales, inundase su alma. ¡Allí, muy cerca, en una delantera estaba Remedios! Y Remedios, sin rencor, vuelta entera a él, en una entrega de vida, una abnegada entrega sin rencores,

sin reproches, sin interés, le miraba anhelante, agonizando con él y con él sintiéndose renacer. Entonces se operó el milagro y quiso vivir, vivir para ella, olvidado de las horas de locura. Los labios de Rafael temblaron en una invocación suprema:

—¡Virgen bendita de la Paloma, sálvame!

Pero ya era tarde. El toro había arrancado, y empitonándole por el pecho, le arrojó al suelo. Allí permaneció inerte, roto, desarticulado, como un pobre pelele de oro y seda, el rostro lívido y una espuma sanguinolenta entre los labios.

Y así, cuando Remedios, desatentada, enloquecida de pena, corrió hacia la enfermería adonde llevaban al amado, tan sólo pudo abrazar su cadáver y embalsamar sus heridas con llanto, como una plebeya «Piedad» de maravilla.

ARTIFICIOS Y AFEITES

LA IRONÍA DEL SACRIFICIO

Cuando Irene vió desplomarse a sus pies a Rosarito con aquel gesto un poco teatral, y, sin embargo, en la chiquilla, tan sincero, tan espontáneo, que no era sino un renunciamiento, una entrega absoluta en brazos del dolor, tuvo el presentimiento de que la hora del sacrificio sonada en el reloj de su vida, de que la ambigua situación prolongada días y días no podía continuarse ya; de que, como en los dramas, la catástrofe había llegado. Casi se alegró. Experimentaba como un descanso, como si le quitasen un peso de encima y respirase mejor. Prefería la certeza, cruel y todo, a la atroz incertidumbre de los últimos tiempos, a las horas fatales de zozobra en que, mientras para conservar su aplomo aparentaba leer o bordar, sentía las pupilas verdes, claras, acuo-

sas, antes serenas como un lago en calma, fijas en ella con una inquieta interrogación que les daba ese misterioso cambiante de las aguas en cuyo fondo duerme un peligroso remolino. ¿Rosarito, sabía? ¿A pesar de la inocencia de sus diez y ocho abriles de virgen aristocrática, para quien la vida debe de estar velada por un cendal de color de rosa, habría adivinado?

Al mismo tiempo, su pobre corazón de mundana condenada perpetuamente a ocultar sus pasiones bajo falsos oropeles, temblaba como un mísero pajarillo en las proximidades del invierno. ¡La vejez! ¡Qué atrozmente cruel era la idea de envejecer! Inútil que se mirase al espejo y al contemplar la arrogancia insuperable de su figura envuelta en las creaciones de los magos de la moda sonriese triunfalmente; inútil que, por un momento, entre las nubes de incienso que en saraos y mundanos festejos quemaban a su paso, ante las frases hiperbólicas con que la lisonja halagaba su oído—¡Mejor que nunca! ¡Guapísima! ¡Parecen hermanas!—quisiese *creer,* engañarse a sí misma; ¡no podía! Allá en el fondo, muy en el fondo de su espíritu, sentía frío, mucho frío, el frío inexorable de los años. ¡Envejecía! Y la idea contenida en esa frase tan sencilla, que es ley de la vida, poseía no sé qué horror trágico para su carácter de criatura de lujo, de belleza y de

amor, que no tenía otra misión en el mundo que triunfar.

¿Por qué la fatalidad (pues fatalidad y no otra cosa fué su amor por Clemente) había puesto aquel incendio en el sereno ocaso de su vida? ¿Por qué cuando iba ya a deslizarse por la pendiente cada vez más rápida de los años, si no indiferente, a lo menos resignada, entre el respeto de las gentes, la consideración de su marido y el cariño de su hija, había surgido el hombre que le hacía aferrarse desesperadamente a la juventud?

Algunas veces, en las horas de lucidez, sentía toda la ironía de la ficticia primavera, lejana de la serenidad matronil que debía presidir la madurez de una noble señora, madre de una hija adorable y representante de la ilustre casa de Monsanto. En su existencia nada hablaba de vejez ni renunciamiento. Cuanto la rodeaba, cuanto componía su figura, decía de juventud, de lozanía, de primavera inextinguible. Blanco, rosa y plata era la alcoba, florecida de nardos y enguirnaldada de encajes como un camarín de amor; vaporosas las galas; leves las joyas. En medio de aquella perenne frescura que se mentía a sí misma, tenía de tarde en tarde el sobresalto de una adivinación del atroz sarcasmo del envejecer, cuando en una hora de pena o de cansancio contemplaba aterrada las devastaciones que los

años hacían en su grácil hermosura de pagana, la arruga prematura, la cana indiscreta, el azulear de las ojeras.

Ahora mismo, sin quererlo, veíase en el espejo, y aunque en el claro-oscuro del cuarto el contraste de las dos bellezas—rubia, opulenta, *muy Ticiano,* la de ella; pálida, ardiente, en un feroz contraste de blancura marmórea en el rostro y negro de ébano en los cabellos, la de Rosarito—era muy bello; no dejaba, sin embargo, de percibir, mejor por la inevitable comparación la cruel labor de los años, y sentía una amargura inmensa.

Rosarito gemía siempre desesperadamente. De vez en cuando entre el hipo del llanto percibíase como un *leitmotiv* pasional la confesión desesperada:

—¡Le quiero! ¡Le quiero!

El nombre de Clemente no sonaba para nada, y, sin embargo, su sombra flotaba entre ellas, e Irene adivinaba.

Hacía mucho tiempo que su corazón, siempre alerta, le había avisado del peligro; hacía mucho tiempo que sentía la fatalidad que se acercaba a ella. Desde una tarde de invierno, en que presa en la insulsez de una visita de cumplido, habíales oído reir y charlar, tenía la adivinación de aquel amor. Había un timbre en la voz, una confianza en el gesto, que no podía escapar a su vigilancia inquieta. Al comprenderlo, sintió, primero,

celos; unos celos extraños, absurdos, infames; luego, ira. Pensó en encerrar en un convento a la chiquilla, en enviarla a Inglaterra o Bélgica. No: no haría nada. Con sobresalto doloroso esperó la catástrofe. Y en aquella expectación fatalista sufrió tanto, que dió en desear que la catástrofe llegase. Y allí estaba. Ahora, en el momento supremo, sorprendíale que el dolor era menor y que sobre el dolor flotaba una inquietud: la inquietud de envejecer.

La nena gemía siempre:

—¡Le quiero! ¡Le quiero!

Irene comprendió que debía interrogar, fingir asombro, mentir... ¡Y no tuvo valor! Sus labios pálidos murmuraron:

—¡Te querrá!

Rosarito alzó el rostro. Al través de la alegría victoriosa que lo bañaba como un rayo de sol, lucía un vago asombro. Interrogó ella, como si temiera que no la hubiesen comprendido bien:

—¿Clemente?

Irene hizo un esfuerzo para sonreir.

—¡Claro que Clemente!... ¡Como si yo no hubiese adivinado lo que piensa mi niña!

La chiquilla colgósele del cuello en un rato de loca alegría.

—¡Mamá! ¡Mamita de mi alma!

Por encima de la cabecita murillesca, los ojos de Irene buscaron a su fiel amigo, el

espejo, con una interrogación dolorosa: ¿Tendría que envejecer?

***

El señor obispo, que después de dar la bendición a los novios presidía el almuerzo nupcial, inclinóse sonriendo hacia Irene, sentada a su derecha, y musitó no sé qué consuelos, muy cristianos y muy mundanos a la vez. La dama hizo un esfuerzo para sonreir, y luego quedó silenciosa, incapaz de seguir fingiendo.

Había acabado el ágape, y Rosarito, llevando en la mano un gran ramo de azahar, deslizábase entre las mesas, repartiendo flores a las muchachas.

Estaba guapa. Entre las vaporosas gasas que, tras inundar el rostro, caían en nevada catarata hasta el suelo, envolviendo su figura como blanca nieve y resbalaban luego en ligeras ondas, formando larga cola enguirnaldada de azucenas, aparecía su belleza ardiente y glacial, desesperada, casi trágica. Más que la suave armonía de una novia cristiana, tenía la belleza fatal de una Hécate. Alta, muy delgada, el rostro de azulada blancura, apuñalado por los negros ojos que ardían con sombrías llamaradas de fiebre, sus gestos eran nobles, serenos, pero definitivos, con algo de trágicos.

Circulaba graciosa, vagamente danzante, con más de estatua clásica que de figura boticellesca, repartiendo flores y sonrisas.

Julito inclinóse al oído de su gran amiga, la de la Campanada, y, dejándose llevar de su perpetuo afán de decir cosas extrañas, murmuró:

—Fíjese usted: parece una heroína de Sófocles, una Antígona, por ejemplo.

La de la Campanada asintió burlona:

—Sí, sí; a mí Irene me recuerda más bien Yocasta.

Julito rió, cruel.

—¡Hasta por lo antigua!

Mientras tanto, el señor obispo se dirigía lleno de cristiano espíritu de consolación hacia la cuitada, y dulcemente animó:

—Un poco de resignación. Comprendo que para usted es un sacrificio separarse de su hija; pero es por breve tiempo, y luego, ya verá qué alegría cuando vengan los nietecitos...

Sintió Irene un sobresalto casi doloroso. Otra vez todas las cosas se esfumaban para dejar paso a una sola: a la idea atroz de envejecer.

Había caído en la vejez, como podría caer en un precipicio sin fondo, rápidamente, violentamente, sin lenta evolución, sin ese pausado descenso que hace las cosas más fáciles y discretas. Desde el día de la confe-

sión de Rosarito, comprendió que era imposible luchar, que a cualquier intento de defensa destrozaría irremisiblemente la felicidad de su hija, sin conseguir salvar la suya. Y valiente, heroica, en una de esas misteriosas tragedias anímicas que pasan desapercibidas para los demás, decidióse a hacer el sacrificio. Era preciso envejecer, desaparecer, borrarse; era necesario dejar de ser mujer para ser tan sólo madre. Y día por día, hora por hora, empezó su labor. Cada vez que una nueva arruga mancillaba la belleza del rostro, cada vez que un hilo de plata surgía entre el oro de los cabellos—y el sufrimiento es su mejor cultivador—, sonreía con una alegría que no era sino un cruel sarcasmo, y con amargura infinita daba su adiós a la vida en plena vida aún, llena de ilusiones, de esperanzas y de ensueños. Ni aun le quedaría el consuelo de hacerse otra existencia calmada, obscura y silenciosa. Los que han vivido mucho, los que han gozado de sus horas de primavera, no tienen derecho a envejecer. ¡Hacerse un hogar, una vida muelle y regalada que fuese como suave guateado que la defendiese de los huracanes exteriores!... ¡Imposible! ¿Cómo había de hacerlo? Condenada para siempre a no poder aproximarse a su hija sin que aquel hombre se alzase entre ellas como una sombra fatídica, no osando alzar los ojos hacia

él por temor a leer en ellos algo que no fuese la noble piedad filial aún tenía como consuelo a su marido. ¡Su marido! La burlesca ironía de aquella idea hirióla como una injuria. ¡Su marido! Veíale prosopopéyico, afectado, ridículo. Ahora mismo oía su voz como desagradable mosconeo, dogmatizando con énfasis parlamentario, vaciedades y majaderías.

¿Qué sabía aquel pobre necio, finchado y altisonante del dolor de ciertas vidas, de la amargura inmensa de algunas catástrofes pasionales? Y sola, condenada al silencio, atada de pies y manos para la lucha, era necesario callar. La voz de Rosalía Moncada sacóle de su abstracción.

—¿No tiene usted valor para ir a verla vestirse de viaje, verdad? ¡Lo comprendo, porque yo tampoco lo tuve cuando la boda de Petrita!

Sintió Irene que era preciso dominarse, disimular, e hizo un esfuerzo. Halló energía para murmurar:

—¡Voy! ¡No hay remedio! Es la ley de la vida...

Púsose en pie y, como una sonámbula dirigióse hacia los cuartos de su hija.

Lentamente cruzó los salones llenos de gente. A pesar de la pena y de los estragos de aquellos meses, estaba bella aún, con una belleza doliente de ocaso llena de un encan-

to de saudales. El traje malva, brochado de oro, moldeaba su cuerpo armonioso, y la negra mantilla, prendida con brillantes, envolvía el rostro en propicias sombras.

Los invitados precipitábanse a su paso, rodeábanla, felicitábanla con falsos transportes, a través de los que adivinaba curiosidad, indiferencia o cruel ironía.

Al fin ganó el pasillo. Sentía un deseo atroz de llorar, de gemir, de gritar su dolor. ¡Un esfuerzo aún! Limpióse los ojos con el pañuelo. Una voz llena de afectuosa burla murmuró a su oído:

—¿Pena de que se vayan los chicos, mamá suegra?

¡Clemente! Eléctrica sacudida agitó a Irene. Con los ojos dilatados en absurdo espanto, contemplóle con el horror con que las Santas penitentes del yermo contemplarían las misteriosas transformaciones de Satanás, para tentarlas. Allí estaba él, con su apostura de Don Juan, frívolo, inconsciente, desdeñoso para todo lo que no fuese su egoísmo. Irene asióse al amor de su hija como a una tabla de salvación. Con voz desgarrada gimió:

—¡Hazla feliz!

***

—¡Mamá! ¡mamita! ¡adiós, adiós!

Entre los brazos de Irene, Rosarito lloraba y reía a un tiempo en los nerviosos afanes de la despedida. Ante la escalina del jardín, el auto trepidaba.

Un corro de amigos íntimos y de parientes rodeaban a los novios. Clemente habíase ido despidiendo de todos levemente burlón, con aquella perenne sonrisa de fanfarronería que no le abandonaba nunca. Al llegar a Irene habíale abrazado y besado con filial afecto. Y ante la fría caricia, la desdichada había sentido como un carbón ardiente que le taladraba la mejilla. Rosarito, a su vez, fué despidiéndose de todos. Al llegar a su padre, el finchado empaque de éste detuvo la ola de emoción, convirtiéndola en un abrazo teatral; pero sobre el pecho de su madre la emoción desbordóse.

—¡Mamita! ¡mamita mía!

Cortaron la escena. Era tarde y había que arrancar. Salieron los novios y el automóvil partió.

—¡Adiós! ¡adiós!

Otra vez Irene hubo de cruzar entre las gentes que le felicitaban, le estrechaban las manos, decían vaciedades... Al fin llegó a su cuarto y, ya dentro, echó la llave.

Parecíale la estancia triste y desolada, como una celda monacal.

Sobre el lecho, un Cristo de talla tendía las manos clavadas en la cruz.

Irene dió algunos pasos vacilante. Al fin sus ojos claváronse en la imagen y, cayendo de rodillas, le tendió los brazos.

—¡Jesús mío! ¡misericordia!

***

No supo si había dormido o no. Tirada en la butaquita a los pies del lecho, la cabeza oculta entre los brazos, había pasado muchas horas de un estupor doloroso. Por las maderas filtrábase una claridad pálida y triste. Alzóse Irene trabajosamente y abrió el balcón de par en par. Debía de ser muy temprano por cuanto circulaba poca gente por la calle, y esa con el aspecto peculiar de las personas madrugadoras. Volvióse la desdichada a su asiento y tornó a ensimismarse en su estupor doloroso.

De pronto un ruido insólito de corridas, de idas y venidas, de abrir y cerrar de puertas, la sobresaltó.

Llamó al timbre y no acudió nadie. Tornó a llamar, con igual resultado. Decidióse entonces a ver qué sucedía, y alzándose con trabajo, abrió la puerta y salió.

Nadie. Cruzó su *boudoir* desierto, luego el salón de tapices y llegó al gran salón. Los muebles en desorden, las flores marchitas, caídas en el suelo, pisoteadas, ofrecía la estancia un aspecto de desolación infinita. Por

la puerta que comunicaba con la galería de retratos, vió pasar corriendo a su doncella y llamó:

—¡Carolina! ¡Carolina!

No debió oirla por cuanto siguió precipitadamente su camino. Oyó entonces, Irene, el ruido de un automóvil en el jardín y precipitóse a la puerta vidriera. ¡Su marido que se iba! Tuvo el presentimiento de una catástrofe, de algo terrible, espeluznante, y desalentada, loca, corrió de habitación en habitación sin encontrar a nadie. En la antesala se detuvo jadeante, bañada en helado sudor y con voz de agonizante, mientras con las dos manos intentaba detener los latidos de su pobre corazón, que le azotaba furiosamente el pecho, llamó a los criados:

—¡Carolina! ¡José! ¡Gregorio!

Nada. Sus ojos fijáronse en un periódico que habían dejado sobre la mesa, y, enloquecida de espanto, leyó en grandes titulares: «Catástrofe automovilista».

Arrojóse sobre el papel y enteróse ansiosamente.

¡Se habían estrellado contra un árbol! ¡Rosarito, muerta! ¡Clemente, ¡leso!

Petrificada, estúpida, incapaz de un movimiento, permaneció estática ante la atroz ironía que le dejaba vieja, triste y vencida, frente a frente con aquel hombre, para siempre.

LA REVANCHA

I

Un escalofrío recorrió sus desnudas espaldas—aquellas portentosas carnes que fueron mármol y ya no eran sino cera—bellísimas aún en su rosada transparencia, que emergía del rojo terciopelo del traje, recargado de pesados bordados bizantinos, como una flor de estufa turbadora y malsana.

Frío; hacía días tenía frío, siempre frío, como si la glaciedad moral reflejase sobre la vida física, atenazando sus huesos y helando su sangre.

La calefacción del cuarto era de una arbitrariedad arbitraria. En primer lugar, la chimenea en que ardían un montón de leños, luego una estufa de petróleo, y, por fin, en un rincón, un brasero... La calefacción central que no funcionaba...

Todo se desmoronaba, se venía abajo. Era inútil luchar, batallar, debatirse desespera-

damente; aquel frío que iba invadiendo el palacio, antes tan cálido y confortable, era un símbolo. El cuarto entero, pese a su suntuosa elegancia, daba la misma impresión de ruina, de catástrofe, de fin. Era, aquí la desconchadura de un marco; allí, una porcelana rota; más allá, una tela manchada, que no había sido sustituída; en un chaflán de pared la marca de un Ticiano que hubo; al otro lado, un hueco que ocupaba antes un mueble de Boule... Y de todas aquellas ruinas surgía ante el enorme espejo, que le decía una cruel verdad, aquella otra ruina, la ruina de la prodigiosa belleza que fué pasmo, envidia y codicia, acicate y cebo, arma y premio: Beatriz Carrión.

Alta, ondulante, de una elegancia suntuosa, estatuaria y liviana a un tiempo, alzábase moldeada en el traje granate que serpenteaba a sus pies, agobiado de una asiática fastuosidad de oro y pedrería. Y en contraste con la sombra sangrienta del vestido, surgía la albura amasada con rosas de los hombros, y la blanca maravilla del cuello y el rostro de pureza escultórica y el dorado incendio de la cabellera, y, sobre todo, la acuosa transparencia de los ojos verdes...

La condesa de Carrión de los Condes sonrió tristemente. Todo aquello era el exterior, la fachada, lo que veían los extraños; pero ella, observadora, perspicaz, veía en

el espejo implacable la pata de gallo que se asentaba irónica, las arrugas que apenas visibles maculaban su boca y el cansancio que apagaba poco a poco el fuego de las pupilas sorprendentes.

Sin querer recordó una frase cruel que pronunció María Montaráz aquella tarde: «A los cuarenta y cinco ya puede una mujer permitirse dos lujos: el de ser fea y el de ser honrada».

¡Cuarenta y cinco años! Cómo pasa el tiempo. Veintinueve años que habían huído como un cuento maravilloso de *Las mil y una noches*.

Mientras que Fanny, la doncella, daba los últimos toques con una vaga ironía, la ironía del que conoce la verdad que corre calladamente bajo la tierra, Beatriz evocaba en confusos remolinos de calentura algunos hechos de su vida. Toda ella no había sido sino una batalla formidable para la conquista del nombre, de la posición y de la elegancia. Y cuando era la hora de recoger los laureles, los enemigos tornaban de improviso y la aniquilaban para siempre. ¿Y dónde volver los ojos? Ni un amor, ni un cariño, ni una amistad, nada. Sí, sí, tal vez en un olvidado rincón de su alma había la memoria de algo que no fué vanidad, ni interés, ni cálculo.

Román. Rememoró la escena; hacía trein-

ta años; tenía diez y seis y vivía en América. Su padre amontonaba millones, soñando con hacer de ella una de aquellas grandes damas que le deslumbraban cuando cogía colillas en las calles de Madrid. Ella, mal educada, dominante, caprichosa, no tenía más que una cosa: voluntad. Voluntad de hierro puesta al servicio de una ambición sin límites. Y en aquellas circunstancias, cuando soñaba con el lord inglés, el príncipe ruso o el grande de España, se había cruzado Marcelo en su camino. Recordó la escena: el muchacho, un empleadillo, colocado en la gran casa bancaria «Gutiérrez, Díaz y Compañía», se había declarado a ella. Era una tarde de verano en que hacía un calor atroz; Beatriz, a la sombra de unos árboles, envuelta en la reverberación de su belleza irreal, semejante a una estatua de oro y alabastro, oculta al incendio solar en misterioso templete de verdura, hablaba con el chiquillo, apenas un año mayor que ella. Hacía mucho tiempo que con instinto femenil adivinaba la pasión que Román abrigaba en el fondo de su corazón y, con perversidades de gata, jugaba con él. Aquella tarde Román Fuentes no pudo más, y de sus labios brotaron las palabras de pasión como un ardiente río de lava. Beatriz fué inexorable; rechazóle cruel, altiva y desdeñosa. Desde entonces la vida del pobre muchacho

fué un calvario. Implacable, la ingrata no perdonó ocasión de humillarle, de zaherirle, de ofenderle. Hasta que al cabo de un año, perdida toda esperanza, vencido, incapaz de seguir, huyó a sepultarse en no sé qué olvidado rincón.

Y hete aquí que en la hora de la catástrofe, cuando los millones se habían evaporado y la belleza se desmoronaba y la posición no era más que humo que se desleía en el espacio, resurgió él. Porque era él, pese al nombre supuesto, pese a su fantástica fortuna de nabab, pese al cambio operado en su persona, en cuanto se vió frente a frente reconoció en James Simson, el millonario, a Román. El adolescente vulgar habíase convertido en un hombre marcado por un sello de distinción suprema, un hombre que llevaba en sí esa señal que imprime un callado dolor que mina la vida. Estaba más alto y más delgado; pocas, pero profundas arrugas cruzaban su rostro, y entre sus cabellos, negros y abundantes, brillaban algunas hebras de plata. En sus ojos y en su boca había una tal tristeza, una amargura tan punzadora, que se adivinaba que toda su existencia estaba construída sobre una catástrofe.

¿La había reconocido él a su vez? Al hallarse ante ella ni un gesto, ni un fruncimiento de cejas; nada denunció asombro ni emoción. Inclinóse ceremoniosamente y besó

su mano; luego, con voz serena, habló de cosas indiferentes.

Pasado algún tiempo, comenzó a hacerla la corte, una corte discreta de Lovelace corrido, que no hace cadetadas. Apasionada por el misterio, tentada por aquella máscara detrás de la que no sabía lo que había, dejóse ir ella, a un coqueteo de salón, primero, a un peligroso devaneo después.

Los acontecimientos se precipitaron. La ruina, que parecía una amenaza lejana, alzóse enorme, formidable a su lado, y por fin, en el desmoronarse de todo, acababa de saber la víspera que el destino de la antes poderosa casa de banca estaba en manos del desconocido Creso.

Una corriente de aire más fría la hizo estremecerse y volver la cabeza. Su marido.

Elegante, muy fino de raza, muy *chic,* muy mundano, sonreía en la devastación que la vida tormentosa había puesto en su rostro. Vestido irreprochablemente, una perla en la pechera y un clavel en el ojal, parecía sereno, casi jovial.

Fanny habíase escabullido discretamente. El conde de Carrión aprovechó para encarecer a su mujer:

—No dejes de hablar a Simson esta noche. Sólo él puede salvarnos. Si pasado mañana en la liquidación de Bolsa ven que él responde de nuestros créditos, estamos salvados;

si no, pasado mañana hay que declararse en quiebra.

Ella, con un vago gesto de repugnancia, objetó tímidamente:

—Yo no sé si es delicado...

Rió el cínico...

—Ta, ta, ta... Déjate de delicadezas... Créeme: si salimos adelante, todo el mundo nos encontrará perfectos; en cambio, si nos hundimos, aunque hayamos sido más caballeros que Guzmán el Bueno y los de la Tabla Redonda, nos pisotearán...—Y como le pareciese que el ceño de su mujer en vez de desarrugarse, se fruncía más, apresuróse a recurrir a otros argumentos—. Además, créeme, al mismo Simson le conviene salvarnos; para el crédito de su casa, la quiebra de un banquero que tiene grandes intereses comunes con él, sería un mal.

Después, frívolo y galante alabó:

—Estás elegantísima.

Y, él mismo, colocó sobre los hombros de Beatriz la enorme pelliza de chinchilla.

II

Julito, aseguró muy serio:

—La Peñalara está en la tercera época.—Y como Beatriz no pareciese comprender, creyóse en el caso de aclarar—. Sí; en la

vida de las mujeres hay tres épocas; la primera en que los demás quieren y no quieren ellas; la segunda, en que quieren ellas y los demás, y la tercera, en la que ellas quieren, pero los demás no. Y Elisa Peñalara está en la tercera.

La Carrión no parecía hacerle gran caso, preocupada como estaba con los manejos de Carolina Cortés, que desplegaba todos sus problemáticos encantos para acaparar a James Simson.

La fiesta llegaba a su apogeo. Acaba de comenzar el cotillón.

Sobre la fastuosa magnificencia del salón de baile, que con sus mármoles policromos y sus enormes lunas recordaba la galería de espejos de Versalles, bajo el triunfo de la aurora que, entre celajes irisados de oro, pintara Domingo en la bóveda, entre los enormes macizos de palmeras enguirnaldadas de rosas y de orquídeas, las parejas giraban lentamente.

Beatriz se impacientaba. ¿Irían a vencerla a traición, sin darle tiempo de luchar? No, no; imposible. Lucharía y vencería. Al fin, el banquero dirigióse a ella y la ofreció el brazo. Apoyada en él comenzó a cruzar los salones, una larga serie de portentosos aposentos, alhajados con raras obras de arte de valor inestimable.

Era preciso triunfar, iba pensando; era

preciso que su belleza, el arma poderosa que junta con el dinero la ayudara siempre, saliese victoriosa una vez más; y era necesario, sobre todo, dominarse, ser dueña de la situación, no dejar que lo imprevisto, arrastrándola, cambiase el curso de las cosas.

Habían llegado a la *serré*, un boscaje digno de Pafos, con dioses de mármol semiocultos entre los laberintos de palmeras y naranjos en flor. Allí, junto a una fuente en cuya clara linfa moría un cisne de mármol, sentáronse.

Tras un ligero divagar, el galán volvió a su amorosa cantinela, a las frases de adoración y rendimiento. Ella escuchábale, ausente. Sin quererlo, prestaba una atención casi dolorosa, queriendo sorprender en el sonido de aquella voz indiferente, el eco de otra voz que la adormecía en algunos momentos de dolor. Vencióse al fin y volvió a su papel.

—¡Bah, qué puedo importarle a usted! Un capricho del momento, y luego...

Con un sombrío sentido, que él sólo percibía, protestó:

—Una pasión, una gran pasíón. La pasión de toda la vida.

Siguió ella la ruta que le marcaba un pensamiento oculto.

—¡Quién sabe lo que durará toda la vida!

¡Hay tantas cosas que yo creía eternas y se han acabado ya!

Hubo una pausa. Al fin, la Carrión, tuvo un rasgo de audacia, uno de esos rasgos en que se juega el todo por el todo.

—¡Ah! Si supiese usted, James... Se detuvo, y con súbita resolución: —No sé por qué, es una cosa muy rara; pero su nombre me estorba para decir el fondo de mi pensamiento... Se parece usted tanto a una persona a quien tal vez quise... Se llamaba Román...—Y acariciadora: —¿Quiere usted que en la intimidad le llame así? Será un seudónimo para nosotros solos, un secreto entre los dos.

Espió su rostro. Nada. Permanecía sereno, sin que un gesto indicase emoción. Con calma absoluta, con una galante amabilidad superficial, muy de salón, aseguró:

—Encantado. Los caprichos de las mujeres bonitas son órdenes para un viejo Don Juan como yo.

—¡Román, Román! ¡Si usted supiese lo cruel que es la vida para mí!... ¡Estoy perdida, arruinada! ¡Me hundo, y...!

Olvidó el papel, el lugar en que estaba, todo; y gimió:

—¡Qué desgraciada soy!

Había un dolor real y sincero en sus palabras. El caballero, que casi sonreía irónico, percibió el matiz y la miró. De pronto, como

si por un extraño fenómeno anímico acabase de verificarse un cambio formidable en él, dijo resuelto:

—Aquí no es posible hablar. Venga usted mañana a casa, ¿quiere?

Ella murmuró:

—Iré.

III

Ante la puerta de la casa del piso bajo que en la calle Ferraz habitaba Simson, su pobre corazón, como un pajarillo, brincaba enloquecido. ¿Qué misterio de dolor le guardaba aquella casa?

Al fin entró, y después de atravesar la antesala, hallóse en el despacho. Era éste una habitación amplia, amueblada sin ostentación, pero con un lujo íntimo, lleno de moderno *confort*. Los muebles eran ingleses, tapizados de piel; grandes armarios con libros, corrían a lo largo de los muros; sobre el damasco verde obscuro que tapizaba la estancia, algunos, pocos, cuadros de maestros: un retrato de mujer, firmado por Goya; una lección de Anatomía, atribuída a Rembrant; dos paisajes de la Escuela francesa, y un Van Dyck, y sobre la chimenea un mármol de Cánova.

La figura cansada, pero llena de elegancia del potentado, destacábase a maravilla

sobre aquel fondo; su cabello, más cano a la luz del día, era fino y abundante; sus ojos vivísimos y sus ademanes contenidos en una armonía perfecta. Parecía haber recobrado la calma por completo, y sentado a su lado, en el sofá, la oía el hombre de negocios.

Explicábase la Carrión trabajosamente. Estaban perdidos si alguien no venía en su ayuda...

—¡Román, Román! ¡Sálvanos, por Dios!—y exaltándose—. ¡Porque tú eres Román, lo sé, lo adivino, lo sentí desde que te vi la primera vez!... ¡Román, Román, por Dios!

¿Teatral?... ¿Sincera?... Román la contemplaba, tratando de leer la verdad. Lloraba con violencia, pero secándose el interior de los párpados para no estropear el maquillaje. Comedia. Ni una palabra de arrepentimiento, ni una frase de comprensión, ahora que sufría, para aquel dolor que hizo sufrir. Nada. El mismo abismo, en que no había más que vanidad. Sintió rabia, una rabia insensata contra sí mismo, contra aquel sentimiento, que, pese a él, alentaba en el fondo de su corazón. Habló, duro, frío:

—Sí, Román, efectivamente, soy Román... Veo que eres buena fisonomista... ¿Qué quieres de mí?...

Gimió:

—¡Román, Román, sálvame, y... haré lo que tú quieras!

Era demasiado. Después de tanto tiempo, el sarcasmo atroz de la venta innoble. Negarse antes por amor y venir ahora a ofrecerse a cambio de los millones que amasara día tras día, pensando en ella. Rabioso, exasperado, se puso en pie, y cogiéndola violentamente por las manos, la arrastró ante un espejo.

—Mírate. Mira lo que vienes a ofrecerme, mira, pero mira—repitió, sacudiéndola con ira como cerrara los ojos para no verse:—Mira esa cara marchita; mira esos ojos que se apagan, y esos labios llenos de pintura, y esas mejillas llenas de arrugas, que no se ven, pero que están ahí, que las ves tú, que las veo yo...—y con sarcasmo—, y eso es lo que vienes a venderme... Sí, lo compro, sí; pero no lo quiero... Lo compro por caridad, por compasión, por lástima. ¿Oyes? Por lástima. ¡Pobre mujer, de qué poco te va a servir! ¡Para prolongar unos días o unos meses tu agonía!... Tu marido es un imbécil y perderá eso como ha perdido lo demás, y tú... ¡mírate, mírate bien, es la última venta!

Lívida, el rostro atrozmente devastado, los labios crispados y los ojos dilatados de angustia, Beatriz retrocedió, huyendo del espejo. Dejóse caer en el sofá y permaneció unos instantes sombría, reconcentrada. El, de pie, los brazos cruzados, esperaba.

Habló ella. Su voz lejana, pasada por un

tamiz de llanto, era como un tenue hilillo de agua.

—Gracias, Román, gracias por haberme enseñado la atroz verdad. Estaba loca y no me daba cuenta; pasa el tiempo tan de prisa que, cuando nos vemos todos los días, no nos enteramos de que envejecemos... Pero ahora ya lo sé, ya me he visto... No quiero tu dinero... ¿De qué me iba a servir? Para prolongar una agonía de oprobio, de humillación y de tristeza... Tienes razón, ya no encontraría más y... no vale la pena.

Sonreía con una tristeza horrenda; el gesto de un abatimiento sin límites subrayaba las palabras de renunciamiento. Púsose en pie y caminó hacia la puerta.

—Adiós, Román.

El sentía que algo se desgarraba en su pecho. Dios mío, ¿por qué aquella mujer no haría un ademán de arrepentimiento o simplemente de derrota? ¿Por qué no lloraría en un abandono absoluto?

Veía evaporarse aquel misterioso sueño en que vivía en la miseria y la tristeza, el idilio que no pudo vivir en la juventud.

Pero Beatriz, glacial y altiva, caminaba hacia la puerta.

Al fin salió.

Entonces Román, trémulo, dejóse caer en una butaca, y, ocultando la cabeza entre las manos, lloró amargamente.

IV

Como una sonámbula llegó a la ronda de Segovia.

Anochecía; arriba, sobre la colina, surgía Madrid, claro y neto, como en un grabado del siglo XVII. En el cielo, muy pálido, los torreones destacábanse con limpidez extraordinaria, y de trecho en trecho, algunas luces comenzaban a brillar. Al otro lado, el río, del que se alzaba leve neblina, tenía a trechos un aspecto pintoresco, con sus lavaderos y tendederos de ropa, a trechos misterioso y trágico. Detrás, los arrabales, con sus innobles merenderos, y al fondo, sobre la bóveda pálida, los cipreses del cementerio.

Beatriz buscó un sendero por donde llegar al Manzanares. Al fin lo halló, y acercóse al agua. Sus zapatos de charol, hebillados de brillantes, se llenaban de arena, y sus vestidos se desgarraban en los arbustos salvajes.

¿Para qué sobrevivir a la ruina de su belleza, de su fortuna, de su posición? Morir era reposo, era olvido.

Llegó junto al río; en aquel lugar, el agua hacía un remanso más profundo, rodeado de altos juncos. Estaba lleno de líquenes y musgo, y la Carrión pensó: «Un poco sucio el lecho, pero qué importa, si no he de despertar

jamás». Después dió un paso y dejóse caer en el agua.

V

La luna surgió, blanca y redonda, en el cielo azul; uno de sus rayos acarició la máscara lívida que flotaba en el agua. Una rana cantó en la orilla.

LLAMARADA EN LA NOCHE

Cuando la gran diva pasó desde la sombra asfixiante del andén a la implacable claridad del sol, sintió un deslumbramiento, primero, una sensación de desolación espiritual después. Irrazonada aún y razonada, sin embargo, pues el perpetuo análisis constituía un continuado suplicio de auto-autopsia espiritual, era la sensación como si de pronto, en la tristeza del golfo ascético, hubiérase hallado a solas y frente a frente con su propia alma. Sin transición, sin una gama de matices que sirviesen de escala, pasaba desde la muelle artificiosidad del sud-exprés a la blanca tristeza de la llanura castellana, que fué el huerto maravilloso donde florecieron las místicas azucenas y las dolorosas pasionarias, y toda su vida, toda su vida hecha de gloria y de fango, de triunfo y de miseria, desplegábase ante ella como en un examen de conciencia.

El paisaje, que tenía una ascética aridez, la aridez seca y resquebrajada en que se comprende la vida de nuestros santos que se abrasaron en el amor de Dios como mariposas ciegas en la hoguera, el paisaje gris, ocre, parduzco, manchado por la negrura de unos pinares lejanos, convulsionábase al horizonte en unas cordilleras rocosas que se destacaban—negro y amarillo—en la cruda luminosidad añil del cielo sin una nube. Y en el centro de la llanura, sobre una pequeña loma, la urbe arcaica trazando esa nave ideal que son las viejas ciudades españolas.

Corina Venetia, realzada su belleza judía de ojos de gacela, vagamente oblicuos, por el atavío que, pese a su *chic* ultramoderno, tenía un misterioso matiz de arcaico orientalismo, paseábase impaciente junto al desvencijado automóvil que había de conducirla al Establecimiento.

Corina Venetia estaba nerviosa, impaciente y aburrida. Aquella inoportuna debilidad que la postrara en pleno triunfo, aquel fatídico llamamiento que en medio de la fiesta de su juventud y de su gloria sonara en la puerta del festín, la inquietaba. Pero inquietábala más aún la acedía que en algunos momentos conturba su espíritu, una acedía plomiza y opaca que en medio de los escenarios mundiales equiparaba su ánima a la de cualquier fraile medioeval.

Cansada de vagar sin rumbo, dirigióse al coche del hotel que abandonado esperaba. Junto a él dos amigos se despedían. Uno era un tipo vulgar de señorito provinciano; el otro más fino, más aristocrático, más elegante, era alto y delgado y tenía unos ojos negros muy grandes y muy tristes. Este era, indudablemente, el que iba a seguir el viaje con ella, por cuanto el otro, a juzgar por sus palabras, volvíase a la capital. Hablaba él:

—Bueno, Julián, que te sienten bien las aguas, y si quieres algo para Nena...

Fuese, por fin, el amigo, y Julián ocupó un asiento del auto, mientras la cantante ocupaba otro. Pasó algún tiempo; él habíala examinado atentamente, con disimulada fijeza, como si recordara; ella espiaba con los ojos entornados. No venía nadie; como si estuviesen en un país desierto, ni *chauffeur,* ni empleados del Establecimiento, ni los mozos con los equipajes, ni tan siquiera Anie, la doncella francesa, parecían. Corina impacientábase: decididamente, el baúl perdido no debía de parecer. Su compañero de coche estaba lejano, abstraído. Entonces ella, por un momento, tuvo la sensación absoluta de soledad, esa sensación de vacío que en algunas horas de desfallecimiento turbaba a los anacoretas en el desierto. Volvióse hacia él y apoyó la mano enguantada

sobre su brazo con suave presión, mientras murmuraba en súplica llena de gentil dulzura que subrayaban los ojos de caricia:

—Julián, ¿quiere usted averiguar si encuentran mis baúles? ¡Se lo agradeceré tanto!...

Puso en la voz una húmeda y caliginosa ternura. Y como él, asombrado de oirse llamar por aquel nombre, volviese los ojos hacia ella, sonrióle en un relámpago de los dientes de nieve, y explicó:

—No me tome usted por una bruja adivinadora... Sencillamente oí a su amigo...

Julián, envalentonado, habló a su vez:

—Yo sí la conozco a usted. Es Corina Venetia, la gran artista...

Sin causa, la melancolía que aquejaba a la cantante acrecentóse por aquellas palabras banales de su interlocutor. ¡La conocía! ¿Dónde ir que no la conocieran? En todas partes era un homenaje entre rendido, admirativo e irónico. ¡La gran artista!, ¡la excelsa!, ¡la única! Y aquella admiración excluía la cordialidad, la simpatía, la ternura; era un homenaje frío y cruel. A ella no podían amarla más que por vanidad o por deseo. Las ternuras, los cariños alegres y bulliciosos como juegos de niños, las mil puerilidades que hacen el amor, la estaban vedados. Siempre todos los ojos fijos en ella, siempre obligada a moverse como en esce-

na... ¡Ah! ¡Qué cansada era la gloria! Parecía su existencia la de una persona condenada a vivir bajo la luz de los reflectores, que adivina en la sombra innumerables pupilas expiantes en ella, pero que no sabe nada de aquellos obscuros observadores que no pierden ni uno de sus gestos. ¿Y, al fin y al cabo, qué sabían? Llegarían hasta allí los ecos de un gran triunfo, de un escándalo mundial como el suicidio de aquel pobre Fritz Silva, pero nada más. ¡Saber! Mentiras, leyendas embusteras, *bluf* enormes, jactancias... Y una vez en el camino, no había sino seguir, seguir...

Y como tropezara aún con los ojos de Julián, sonrióle.

***

¿Estando ausente de ti,
qué vida puedo tener?
Sino muerte padecer,
la mayor que nunca vi;
lástima tengo de mí
por ser mi mal tan entero
«que muero porque no muero.»

La voz de Julián parecía derretirse en misterioso amor al contacto de los versos de la Madre Teresa de Jesús. Una dulzura fervorosa y apasionada ponía temblores en su acento y humedecía de ternura sus ojos. Y

era como si todo él se deshiciera en ternura.

Sentada a su lado en una mecedora, Corina Venetia escuchaba llena de melancolía. Un ropón monacal de lana blanca moldeaba su cuerpo con rígidas elegancias de estatua sepulcral en que había, sin embargo, tal vez por acechanzas del Malo, un carnal encanto, una sutil emanación de lascivia. El rostro, labrado en blanco manual, demacrábase mientras en atención casi macerante.

Ante la terraza del balneario, el paisaje, calmo y silencioso como un yermo pronto a llenarse de fantasmas, cobijábase bajo un cielo místico de luminoso zafiro en que la luna era la hostia de plata que pintaron los primitivos, la hostia de misterio en que se adivinaba un episodio de la Pasión de Nuestro Señor o la Coronación de la Virgen María.

Corina Venetia habló con su voz suave, cálida y triste:

—¡Qué hermoso debe de ser amar así! ¡Qué infinitamente bello no ser más que una hormiguita del Señor y en la humildad sentir todo el corazón inflamado de amor!

Con calor, con vehemencia, objetó él:

—Pero para amar así, para poder vivir un gran amor, divino o humano, hay que entregarse, que dejarse ir, que no ser frío y hermético.

Tuvo la Venetia un gesto de amargo escepticismo:

—¡A mí no puede quererme nadie! Se ama a los humildes, a los pobres, a los débiles, a los cobardes... A los fuertes no se les ama nunca. Tiene la fuerza, para el amor que es todo abnegación, algo de repeladora.

Callóse, sumida en un sueño de melancolía. Julián callaba también, la cabeza tronchada y el rostro oculto entre las manos. Al fin tuvo un impulso de resolución y habló:

—No sé si se la puede querer o no; sé que desde que la conocí la quiero, o por lo menos siento lo que jamás sentí: sentó una ansia de entregarme, ¡de morir!

Sonrió casi irónica:

—¿Y la pobre Nena?

Hizo el muchacho un ademán violento, como para apartar a una sombra inoportuna. Después fué cruel con el recuerdo:

—No la quiero ya. Nena era el complemento de mi pobre vida de entonces; pero tú —audaz la tuteaba ahora—me has mostrado otra vida y ya no podría ser feliz así. Quiero *vivir,* vivir de verdad, aunque cada hora sea un paso hacia la muerte.

Estaba transfigurado. Muy pálido, los ojos negros relucían en la sombra, y el rostro se aristocratizaba demacrándose, mientras los labios pálidos crispábanse en mueca casi doliente.

Corina Venetia objetó a continuación, tuteándole también:

—Haces mal. El amor humilde, manso, silencioso, dura toda la vida; el otro... Piensa que el humilde rescoldo es el que calienta; ¡las llamaradas queman y se apagan!

No halló él sino un reproche:

—¿Para qué te has puesto, pues, en mi camino?—y ocultando nuevamente el rostro, lloró en silencio.

Alzóse la artista de su asiento, y lentamente, pausadamente, fué a él y envolvióle en una caricia. Sus manos de icono, largas, exangües, marfileñas, enjoyadas de raras preseas, acariciaron los cabellos que azuleaban a la luz de la luna, y los labios, ardientes como brasas, bebieron las lágrimas y fueron a adormecerse en un beso sobre los labios del amado. La voz musical suspiró en un trémolo de infinita ternura:

—¡Pobre! ¡Pobre!

Después incorporóse y marchó a acodarse al barandal. Siguióla él. Con angustia interrogó:

—¿No te irás así? ¿Vendrás allá, a Valladolid a buscarme?

Ante la burguesa vulgaridad de la evocación, una sonrisa de sarcasmo crispó la boca maligna:

—¿Y me recibirás?

Sintió él claramente que habíase alejado ella nuevamente y no halló sino una banalidad que decirle.

—Como a la gran artista.

—Eso es—murmuró Corina sordamente—. ¡Como a la gran artista!

Intentó él cogerla una mano que pendía inerte sobre la baranda florida; pero la sintió tan fría, tan remota, tan extraña a él otra vez, que la dejó caer, y ambos permanecieron callados ante el piélago azul, profundo y místico.

***

Al salir de su casa para ir a la oficina en su *fábrica,* Julián vió venir al cartero y sintió que le daba un vuelco el corazón.

Hacía quince días que se había alejado de ella por veinticuatro horas, quince días que ella le prometiera su visita, la visita que *tal vez decidiera de su vida,* y no sabía nada de Corina. Triste, demacrado, prisionero del sortilegio, la vulgaridad de la existencia habíale recobrado sin embargo, y, aunque su alma estaba lejana, mecánicamente realizaba su vida.

El cartero entrególe dos cartas. Una de Nena, la pobre abandonada; la otra, de *Ella.* Sí, aquel era su papel esmeralda, aquella su letra alta y firme, aquel su perfume de jazmín y ámbar. Traía un sello de Inglaterra. Julián rasgó el sobre:

«¡Perdóname, Julián! En lugar de ahí, a tu

lado, estoy en el Carlton de Londres. En vez de vivir el divino sueño de nuestro amor, he vuelto a la glaciedad atroz de mi vida de gloria y lodo. Creo que la religión entre los que envía al infierno pone a los que han cometido atentados contra ellos mismos; de esos soy yo. ¿Pero qué hacer? Si me hubiese dejado llevar de mi corazón, si hubiese vivido las horas maravillosas que tu amor y tu juventud llena de generosidad me ofrecían, hubiese destrozado tu vida, y sin quererlo hubiese llegado el día en que tú destrozaras la mía.

No, Julián, no; las gentes como yo no pueden ser felices así; *no tienen derecho a ser felices así*. Para eso es preciso no tener pasado, y yo lo tengo. Tal vez olvidados en un rincón... ¿Pero nos hubiesen olvidado? No, a gentes como yo no se les olvida nunca. Su única defensa es el triunfo. En cuanto hubiésemos empezado a vivir... ¡Pero qué sabes tú de mí, pobre niño mío!... Un gran escándalo, una gran apoteosis... y nada más. De mi vida cotidiana, del misterio atroz de mis noches, de mis penas, de mis luchas, de mis alegrías, nada... Perdóname, Julián; te juro que te he querido, pero... ¡no puede ser!»

Al leer, sintió una angustia atroz, un dolor que le desgarraba el alma, y luego nada, una torpeza obscura y gris sobre la que flotaba la idea estúpida del deber.

LOS CASCABELES DE MADAMA LOCURA

I

EL MÁS ALLÁ

Una noche bajo el Terror.
Una aventura de amor.
La mano de la muerta.
La mueca del misterio.
Un cadáver sin identificar.
El hombre de plata.
Las tres máscaras del misterio.

II

LA MIRADA, LA SONRISA, EL GESTO

Los ojos de lady Rebeca.
Cómo se suicidó Alvaro.
La mirada de la muerta.
Los íncubos.
El hipnotizador.
El alma de la Pompadour.

III

PRÍNCIPES Y PRINCESAS DE ENSUEÑO Y DE DOLOR

El encanto de la ciudad sumergida.
La Infanta de España.
El pájaro maravilloso.

IV

ESTAMPAS LIBERTINAS

La ciudad del amor.
Los sátiros.

V

EL JARDÍN DE HÉCATE

Un amor de ultratumba.
La Muerte en los Toros.

VI

ARTIFICIOS Y AFEITES

La ironía del sacrificio.
La revancha.
Llamarada en la noche.

BIBLIOTECA HISPANIA

OBRAS PUBLICADAS

COLECCIÓN HISPANO-AMERICANA

Pesetas

Primera parte de la Historia del Perú, por Diego Fernández, el Palentino, tomos I y II, cada volumen en 4.º..... 7,50

Corona Mexicana.—Historia de los Motezumas, por el P. Diego Luis de Motezuma, en 4.º, 512 páginas..... 7,50

COLECCIÓN ROSA PARA LAS FAMILIAS

Genoveva, novela, por Alfonso de Lamartine, 378 páginas en 8.º..... 3,00

La Leyenda Dorada (Vidas de Santos), por Jacobo de Voragine, tomos I y II, cada volumen..... 3,00

Lámparas votivas, poesías, por Francisco Villaespesa..... 3,00

SECCIÓN GENERAL

Como buitres..., por Manuel Linares Rivas. 3,00

Pesetas

La fuerza del mal, por Manuel Linares Rivas 3,50
Obras completas, por Manuel Linares Rivas. Tomo I: *La Cizaña, Aire de fuera, Porque sí.* — Tomo II: *El Abolengo, María Victoria, Lo posible.* — Tomo III: *La estirpe de Júpiter, Cuando ellas quieren.... En cuarto creciente.*—Tomo IV: *La divina palabra, Bodas de plata,* cada tomo. 3,50
Tapices viejos, por Eduardo Marquina..... 3,50
Frente al mar, por José López Pinillos (Parmeno)..... 3,00
Coplas, por Luis de Tapia..... 2,50
Don José de Espronceda: su época, su vida y sus obras, por José Cascales Muñoz... 4,00
La Política de Capa y Espada, por Eugenio Sellés..... 5,00
La Negra, por Pedro de Répide..... 1,00
El horror de morir, por Antonio de Hoyos y Vinent..... 1,00
La Garra (segunda edición), por Manuel Linares Rivas..... 3,00
Barrio Latino, por Federico García Sanchíz. 3,00
La espuma del champagne, por Manuel Linares Rivas..... 3,50
La guerra palpitante..... 3,00
Una mancha de sangre, por Joaquín Belda. 1,50
El Monstruo, por Antonio de Hoyos y Vinent 3,00
La Cocina racional, por Magdalena S. Fuentes..... 3,00
Mi Venus, por Joaquín Dicenta..... 1,00
Fantasmas, por Manuel Linares Rivas..... 3,00
Fatal dilema, por Abel Botelho, tomos I y II, cada volumen..... 2,50
Años de miseria y de risa, por Eduardo Za-

Pesetas

macois..... 3,50
Presentimiento, por Eduardo Zamacois..... 1,50
La Leona de Castilla, por Francisco Villaespesa..... 3,50
El Paraíso de los solteros, por Andrés González Blanco..... 1,00
Al son de la guitarra, por Federico García Sanchíz..... 2,00
Toninadas, por Manuel Linares Rivas..... 3,50
Una vida ejemplar, por Diego San José.... 1,50
La enemiga, por Darío Nicodemi..... 3,50
El oscuro dominio, por Antonio de Hoyos y Vinent..... 1,00
En camisa rosa, por Felipe Trigo..... 3,50
El crimen de Avellanēda, por Atanasio Rivero..... 3,50
Al margen de la vida, por Baldomero Argente..... 2,00
Más chulo que un ocho, por Joaquín Belda.. 1,00
Rosalía Castro, por Augusto González Besada..... 2,50
Los cascabeles de Madama Locura, por Antonio de Hoyos y Vinent..... 3,50

ANTONIO
DE MOYOS
Y VINENT
Los Cascabeles
de
Madama Locura
HISPANIA
CID. 4
MADRID

HISPANIA

UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA
3 0112 055069881